

## RESEÑAS

J. BERGUA CAVERO, *Pronunciación y prosodia del griego antiguo. Guía práctica para la lectura de sus textos*, “Supplementa Mediterranea”, n.º 15, Ediciones Clásicas, Madrid, 2015, 122 pp.

El autor proporciona una guía para pronunciar el griego antiguo en el ámbito hispanohablante de una manera convencional y con un criterio uniforme, con el propósito de estimular la lectura en voz alta en el ámbito didáctico y académico. La guía se compone de una introducción, tres capítulos, unas breves conclusiones y un anexo con tablas sinópticas y bibliografía. El primer capítulo versa sobre la pronunciación de consonantes, vocales y diptongos. El segundo capítulo trata sobre la pronunciación de elementos prosódicos, deteniéndose en la acentuación. El tercer capítulo aborda la cuestión de la lectura en voz alta de textos métricos. De manera residual, hay interesantes observaciones sobre aspectos de fonética sintáctica, así como de cuestiones gráficas y de edición. Siendo una guía, la aportación del libro es eminentemente práctica: no es su objeto abordar teóricamente cuestiones fonéticas y prosódicas sobre la pronunciación del griego antiguo. Las variedades diacrónicas y diatópicas o dialectales no se consideran en la pronunciación propuesta. Ésta parte como base del ático del siglo IV a. C., aunque incorporando rasgos anteriores y posteriores, y se propone para una horquilla que abarca desde los textos homéricos hasta los siglos IV-V d. C.

En líneas generales, no se apuesta por los diversos intentos de reconstruir la pronunciación supuestamente original, sobre todo en lo que concierne a la lectura de textos métricos. Se plantea *grosso modo* mantener la pronunciación llamada erasmiana, acomodándola al castellano, evitando fonética ajena al español. Hay algunas excepciones que parecen aceptarse por tradición. Por ejemplo, para la pronunciación de la *v* se propone una *ü* del tipo del alemán o francés, aunque el fonema no esté presente en español. El fuerte carácter convencional que se asume para la pronunciación de las oclusivas sordas aspiradas ( $\chi$ ,  $\theta$ ,  $\phi$ ), la de los diptongos o dígrafos  $\epsilon\iota$ ,  $\omicron\upsilon$ , así como de la de otros elementos parece deberse a una cuestión de fondo sobre la pronunciación en griego antiguo en general que admite formularse reutilizando palabras del propio autor: “hay que saber mucha fonética y morfología para determinarlo sobre la marcha” (p. 35 n.16).

El segundo capítulo aborda en primer lugar la sílaba. Para las combinaciones de *muta cum liquida* se propone tautosilabismo por defecto ( $\pi\alpha\text{-}\tau\rho\acute{\omicron}\varsigma$  frente a  $\pi\alpha\tau\text{-}\rho\acute{\omicron}\varsigma$ , o más bien  $\pi\alpha\tau\text{-}\tau\rho\acute{\omicron}\varsigma$ ). Se pueden llegar a exceptuar contextos con algún tipo de frontera

morfológica (ἐκ-λύειν y no ἐ-κλύειν). Se propone pronunciar como heterosilábicos por defecto los grupos de oclusiva sorda o aspirada y nasal (τέκ-voν frente a τέ-κvoν), independientemente de la escansión.

A continuación, se propone la lectura del acento melódico como de intensidad, obviando las diferencias entre el acento grave, agudo y circunflejo. En otro apartado se enumeran las categorías y palabras consideradas proclíticas y enclíticas, examinando algunos de los principales problemas al respecto. En cuanto a las partículas, con algunas excepciones e independientemente del acento gráfico, el autor propone que sean átonas las monosilábicas con vocal breve (γε, νον, περ, τε, etc.). Serían acentuadas las partículas monosilábicas de vocal larga o diptongo (δίη, γοῦν, etc.) y las de más de una sílaba, incluyendo aglutinaciones (ἄρα, τοιγαροῦν, etc.). Las combinaciones de clíticos generan dificultades. Frente a la acentuación tradicional el autor propone hacer grupos átonos. Por ejemplo, de la suma de una proclítica seguida de una enclítica átona resultaría un grupo proclítico que se apoya en la palabra tónica siguiente: καὶ μου λαβόμενος sería *kai-mou-labómenos* en lugar de *kái-mou-labómenos* (p. 73). El autor aporta como argumento que los grupos de clíticos no repercuten en los *zeugmata* métricos. Es interesante la observación sobre los pronombres y adverbios indefinidos: son átonos en griego frente al español ‘uno’, ‘alguno’, ‘alguien’, etc.: καὶ τι ἔφη γελοῖον sin influencia del español se pronunciaría *kai-ti éfe gelóyon* y no *kai-tí éfe gelóyon*. En cuanto a elementos suprasegmentales de mayor nivel (entonación y modalidades de frase) se opta por acomodarlos al español.

El último capítulo se centra en cuestiones del ritmo en poesía. Tras pasar revista a distintos intentos de cantar o recitar la épica homérica, se propone una recitación rítmica acentual de los esquemas métricos griegos. Consiste en leer con acento intensivo la *princeps* larga del metro sin considerar los acentos gráficos de las palabras: el verso ὡς δ' ἄνεμοι δύο πόντον ὀρίνετον ἰχθυόεντα (*Il.9.4*) se pronunciaría ὡς δ' ἄνε-μοί δυο-πόντον ὀ-ρίνετον- ἰχθυο-έντα (p. 92). Se recupera con ello una práctica escolar que se aplicaba ya en la lectura de metros latinos desde el siglo IV. El autor explica con mucha claridad por qué unos ritmos se adaptan mejor que otros a esta lectura y reconoce que es demasiado exigente trasladar al esquema acentual los esquemas métricos *ad hoc* de la lírica coral, incluyendo los epodos dramáticos. Quizá otro inconveniente de este tipo de lectura consiste en que se puede ocasionar sensación de alterar el corte silábico, generando palabras fonéticas sin sentido en la cadena hablada.

Se aconseja respetar la cesura en la pronunciación, pero no la pausa en los encabalgamientos. Quizá con respecto al encabalgamiento se podrían haber incorporado aportaciones que permitieran profundizar en la comprensión de este fenómeno, ya se opte por un punto de vista cognitivista (cf. E. J. Bakker, “Discourse and Enjambement: A Cognitive Approach” *TAPhA* 120 (1990) 1-21) o generativista (K. P. Dugan, *Generative approach to Homeric enjambment: benefits and drawbacks* [Georgia 2012]). Eliminar la pausa en el encabalgamiento es precisamente lo que puede anular posibles efectos buscados en la composición (e. g. S. Ant. 409-410, cf. Dik 2007: 210 [H. Dik, *Word order in Greek tragic dialogue* (Oxford 2007)]), a diferencia de lo que parece postular el autor (p. 104).

Resulta un verdadero acierto recoger en la bibliografía una selección de grabaciones y páginas web con acceso a reproducciones en audio de textos leídos según diversas propuestas. Cada recurso listado cuenta con una descripción. En la sección “libros” de

su página web (<http://jorgebergua.com/libros.html>), el autor proporciona ejemplos prácticos de la lectura que propone en esta guía. Hay audios de ejecución propia (*Il.* 9, 1-28, Tyrt. fr. 9 Diehl 1-14; Archil. fr. 7 Diehl, Hdt. 1. 1-5; Pl. *Smp.* 189c-193d, Luc. *Somn.* 1-5), así como de otros autores.

Este libro es bienvenido para todos aquellos que aprecien beneficios en la lectura en voz alta para el aprendizaje y comprensión de los textos, y quieran adoptar un sistema convencional, pero, gracias a ello, coherente y sencillo.

SANDRA R. PIEDRABUENA

L. BRASSOUS, A. QUEVEDO (eds.), *Urbanisme civique en temps de crise. Les espaces publics d'Hispanie et de l'Occident romain entre le II<sup>e</sup> et le IV<sup>e</sup> siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2015, 388 pp.

Dedicada a la memoria de Bertrand Goffaux, quien tantos esfuerzos dedicó a aspectos que tocan directamente los intereses aquí expuestos, esta obra reúne los resultados de una reunión científica internacional celebrada en Cartagena en 2012 y patrocinada por la Casa de Velázquez, la Universidad de la Rochelle y la Universidad de Murcia con el objetivo de establecer una imagen actualizada y coherente de la evolución de los espacios cívicos en las provincias romanas occidentales entre los siglos II y IV.

El paradigma historiográfico dominante desde los estudios de Gibbon, Seek y Rostovtzeff e imperante hasta hace pocas décadas ponía el acento en una idea de crisis focalizada en el siglo III que habría afectado radicalmente todos los dominios de la vida humana y cuyas causas combinarían diferentes fenómenos –huida de las elites ciudadanas, invasiones y guerras generalizadas, impacto de pestes, hambrunas y desertización, presión fiscal y empobrecimiento generalizado– para justificar la idea de la desaparición de la vida urbana y el agostamiento del imperio. En las últimas décadas, y desde una pluralidad de enfoques, el discurso historiográfico ha reaccionado contra este modelo sobre la base del mantenimiento de la *ciuitas* y la permanencia global de la vida municipal como marco fundamental de la vida de los provinciales, insistiendo a su vez en la necesidad de evaluar acertadamente el retroceso de las fuentes informativas sobre las que se había construido el paradigma tradicional. Efectivamente, la disminución del hábito epigráfico desde mediados del siglo III y la rarefacción de la información literaria para la historia local y provincial, en combinación con una documentación jurídica tardía rica pero de escasa relevancia en esas escalas, han puesto sobre el tapete la necesidad de valorar en todas sus posibilidades la capacidad discursiva de una documentación arqueológica siempre en continua actualización, tanto metodológica como en sus resultados.

Bajo estos presupuestos, son muchos los interrogantes que condicionan la reflexión de los autores de esta obra. ¿Crisis urbana de carácter global, o más bien transformación de la práctica cívica con la consiguiente repercusión en la utilización de los espacios comunitarios? Como bien señalan los editores, su intención no es proporcionar una respuesta definitiva y unívoca a esta compleja problemática, sino proveer de elementos de reflexión a partir de la evaluación actualizada de las novedades de la investigación arqueológica reciente, poniendo el acento en la escala local, la diversidad de escenarios y la variabilidad de los ritmos del proceso según áreas, momentos y sectores sobre los que

impacta. Para percibir esta evolución *sur la longue durée* sin caer en la trampa reductora de focalizar el análisis en el siglo III se hace necesario igualmente romper el marco cronológico tradicional y apreciar hasta qué punto los primeros síntomas de los procesos de cambio pueden detectarse ya en el registro arqueológico urbano provincial, de forma precoz, en el siglo II. Es esta una de las ideas matrices que guía la reflexión de muchas de las aportaciones presentadas.

El libro se estructura en tres bloques que organizan las diecisiete contribuciones que componen la obra, con un sesgo claramente hispano por cuanto la mitad de ellas corresponden a este ámbito geográfico. El primero de ellos, bajo el epígrafe “Historias provinciales”, incluye cinco aproximaciones de carácter sintético que tienen como marco una provincia, un *conuentus* o una región específica. B. Pichon [“Les espaces civiques dans l’ouest de la Gaule Belgique (II<sup>e</sup>-IV<sup>e</sup> siècles)” (pp. 9-27)] analiza los espacios cívicos del oeste de la *Galia Belgica* –fora, grandes santuarios y recintos amurallados– con un interés particular en las ciudades de Bavay, Reims y Amiens, mostrando la evolución diferencial y funcional en cada una y las mutaciones que operan en sus grandes equipamientos urbanos a partir de la segunda mitad del siglo III. En una aportación apoyada en una documentación arqueológica muy renovada en los últimos años, J. M.<sup>a</sup> Macías Solé, [“Querer y no poder: la ciudad en el *conventus Tarraconensis* (siglos II-IV)” (pp. 29-46)] realiza una valoración global de las transformaciones de las ciudades del *conuentus Tarraconensis* –con *Tarraco* como eje de la reflexión–, un entorno de potente y temprano urbanismo en el que los procesos regresivos ya son perceptibles con anterioridad al siglo III, y donde las nuevas concepciones del espacio cívico y las realidades socioeconómicas condicionan la diferente evolución de cada núcleo urbano. Por su parte, el trabajo de M. Heijmans [“Les espaces civiques dans les villes de Gaule Narbonnaise, II<sup>e</sup>-IV<sup>e</sup> siècle” (pp. 47-61)], partiendo de una situación similar en cuanto a la precocidad del urbanismo, pone el acento en el mantenimiento de las funciones y ubicación topográfica de los centros cívicos de la provincia narbonense en contraste con el declive de termas y edificios de espectáculos, una evolución condicionada por los cambios geopolíticos y la traslación del centro económico a la *Galia septentrional*. En contraste con las dos anteriores contribuciones, la evolución de los espacios públicos en *Britannia*, objeto de atención de S. Esmonde Cleary [“Public buildings in the cities of Roman Britain: successes or failures?” (pp. 63-82)] parte de una urbanización débil y tardía y una difícil percepción del impacto de la crisis del siglo III en comparación a la realidad continental. Revisando la panoplia de edificios públicos, el autor pone de relieve la preferencia de las elites provinciales en invertir en sus residencias urbanas y en los recintos amurallados frente a los espacios y edificios públicos privilegiados en el alto Imperio. En fin, se cierra el bloque de las aproximaciones generales con la contribución de M. Cavalieri [“Études des complexes monumentaux en Italie du nord entre le II<sup>e</sup> et le IV<sup>e</sup> s.: ruptures, continuité ou transformation?” (pp. 83-102)], centrada en las ciudades de la *Galia Cisalpina* encuadradas en las *regiones* II a XI. En su síntesis, el autor revisa los datos arqueológicos para poner de relieve el mantenimiento de la vitalidad urbana, con los necesarios matices diferenciales de una ciudad a otra, ligada a la permanencia de un tejido social apoyado por el poder imperial. La continuidad de los espacios públicos y sus funciones, con todo sujeta a un pausado ritmo de transformación, está vinculada a su vez con la función estratégica y geopolítica que la administración imperial asigna a la región a partir del siglo III.

Un segundo bloque reúne un más extenso conjunto de aportaciones bajo el epígrafe común de “trayectorias singulares”, un variado caleidoscopio de aproximaciones particulares a un conjunto de comunidades urbanas que busca poner de relieve la casuística que subyace al desarrollo general de las transformaciones del urbanismo cívico y la diversidad de trayectorias y destinos históricos que se documentan cuando la escala de análisis se sitúa en el nivel local. Con dos excepciones, el análisis se centra en ciudades hispanas de la *prouincia Hispania Citerior*. Se abre el bloque con el trabajo de J. Morín de Pablos y A. Ribera i Lacomba [“Los foros de *Valentia* y *Ercavica*. Dos modelos de crisis urbana a finales del Alto Imperio” (pp. 105-125)], quienes contrastan la diferente trayectoria de estas dos ciudades, cuyos destinos dependen en gran medida de la realidad logística en la que se sitúan, una como ciudad portuaria y bien comunicada, lo que le permite superar las turbulencias de la segunda mitad del siglo III, la otra una comunidad interior en progresiva degradación desde esas mismas fechas hasta su abandono final. Con el trabajo de M. Kasprzyk [“Les espaces civiques d’*Augustodunum* (Autun, S.-et-L.) du milieu du II<sup>e</sup> à la fin du IV<sup>e</sup> siècle” (pp. 127-144)] el foco se desplaza a la *Gallia Lugdunensis*. El autor aprovecha la circunstancia excepcional de poder contrastar la información urbanística reflejada en los discursos de los panegíricos latinos con la documentación del registro arqueológico para poner de relieve la transformación regresiva de los espacios cívicos en el siglo III, compatible sin embargo con una cierta y provisional recuperación urbana en época tetrárquica, que antecede al desmantelamiento de los equipamientos cívicos desde fines del siglo IV. Volviendo a la Península Ibérica, los casos de *Lucentum* [A. Guilabert Mas, M. Olcina Doménech y E. Tendero Porras [“*Lucentum* (Tossal de Manises, Alicante). Estudio de caso de un *municipium* de la Tarraconense sur” (145-160)] y *Carthago Nova* [A. Quevedo, S. F. Ramallo Asensio, “Dinámica evolutiva de *Carthago Nova* entre los siglos II y III” (pp. 161-177)] muestran evidentes paralelismos en cuanto a su trayectoria histórica en estos siglos. Para la primera se materializa en un lento declive de sus equipamientos urbanos y monumentales desde el siglo II, rastreado incluso en la centuria anterior, hasta su colapso y desaparición a inicios del III, en última instancia resultado de la competitividad económica de otras ciudades portuarias del entorno como *Ilici*, *Allon* o *Portus Ilicitanus*. Por su parte, Cartagena, desvanecida su relevancia comercial y política de época republicana apoyada en la explotación minera, conoce desde fines del siglo II y durante el III una acentuada recesión, bien perceptible en el colapso de su entramado urbano y el empobrecimiento y ruina de muchos espacios públicos, situación que solo parece empezar a superarse con la reorganización provincial de la mano de Diocleciano. Un panorama de degradación semejante se documenta en *Augusta Raurica* de la mano de T. Hufschmid [“De l’apogée à la crise. Essor et déclin d’une ville provinciale romaine en Germanie. Les transformations urbaines d’*Augusta Raurica* du I<sup>er</sup> au IV<sup>e</sup> s.”, (pp. 179-197)]. Esta colonia a orillas del Rin muestra un floreciente desarrollo urbano y comercial desde época Flavia que entra en crisis desde fines del siglo III para iniciar un acentuado declive que se materializará en el siglo IV en su conversión en una pequeña aldea fronteriza vinculada a los vecinos establecimientos militares. Las últimas tres contribuciones de este bloque se ocupan de ciudades ubicadas en el centro de la Península Ibérica que ofrecen diferentes escenarios de materialización de la evolución de sus espacios cívicos. En *Bilbilis* [C. García Villalba, J. C. Sáenz Preciado, “*Municipium Augusta Bilbilis* ¿paradigma de la crisis de la ciudad julio-claudia?” (pp. 221-235)], se constata ya a fines del siglo II la degradación de sus funciones cívicas y al desmantelamiento de los conjuntos públicos cuyos materiales alimentan una activa industria de fabricación de cal *in situ*. Por

su parte, el pequeño municipio de *Tiermes* [C. Pérez González, E. Illarregui Gómez, P. Arribas Lobo, “*Tiermes* en los siglos II-IV. Evolución del poblamiento y del urbanismo de una ciudad de la cuenca del Duero” (pp. 237-251)] que ha conocido una intensa actividad edilicia hasta mediados del siglo II, experimenta desde esas fechas una reducción del perímetro urbano y diferentes remodelaciones en sus espacios públicos y privados, compatible sin embargo con un cierto tono vital en la Antigüedad tardía. En marcado contraste con la realidad de las ciudades anteriores, *Complutum* [S. Rascón Marqués, A. L. Sánchez Montes, “*Complutum*: modelo urbanístico para una ciudad romana privilegiada en los siglos III-IV” (pp. 199-220)] presenta un modelo diferente y alternativo caracterizado por un importante desarrollo urbano entre los siglos III y V, patente tanto en la vitalidad de sus edificaciones públicas y residencias privadas como en el desarrollo de sus áreas periurbanas, quizá consecuencia del nuevo papel asignado a la ciudad en el entramado político y administrativo del centro peninsular.

El último bloque de contribuciones –“Destinos transversales”– dedica su atención a la evolución de ciertos espacios cívicos de la ciudad romana altoimperial y a la eventual transformación de sus funciones. En el caso del *campus*, un espacio urbano de carácter plurifuncional íntimamente ligado con la formación de los *iuvenes*, A. Borlenghi [“*Le campus* dans les provinces occidentales de l’Empire : rôle et fonctions d’un espace public de la ville romaine entre le II<sup>e</sup> et IV<sup>e</sup> s.” (pp. 255-271)] se interroga sobre su papel cívico y monumental en época altoimperial y la progresiva pérdida de sus funciones en favor de los complejos termales, evolución que culminará con su abandono definitivo a lo largo del siglo IV. La evolución en esta fase temporal de teatros, anfiteatros y circos hispanos y la eventual transformación de sus dimensiones cívicas y representativas constituye el objetivo de la aportación de L. Brassous [“*Les édifices de spectacles d’Hispanie* entre le II<sup>e</sup> et IV<sup>e</sup> siècles” (pp. 273-288)]. Tras una revisión crítica de la documentación relativa a estos importantes conjuntos edilicios matizando los procesos de abandono, degradación o restauración que experimentan, el autor constata el mantenimiento en época tardía de los *ludi* y los edificios que los acogen, y la necesidad de considerar a nivel local la continuidad o no de su papel como marcadores de la vitalidad de cada comunidad. Cierra el bloque la aportación de P. Diarte Blasco [“*La convivencia de lo público y lo privado: el establecimiento de unidades domésticas y artesanales en los espacios cívicos hispanos*” (pp. 289-307)], centrada en la evolución de los foros hispanos y sus transformaciones en época tardoantigua. Se pone de relieve en ella la continuidad en el siglo III de sus funciones políticas y judiciales características, así como las mutaciones de estos complejos arquitectónicos derivadas de los usos privados que conllevan la instalación en su seno de espacios domésticos y actividades artesanales, fenómeno, no obstante, cuyo impacto no es uniforme en todas las ciudades.

Se cierra esta obra con la aportación conclusiva de J. Arce [“*La inscripción de Orcistus* y las preocupaciones del emperador” (pp. 311-323)], que toma como punto de partida la conocida carta de Constantino a los habitantes de *Orcistus* en Frigia en la que se muestra la preocupación de los emperadores por la supervivencia de las ciudades y el mantenimiento de las curias urbanas. El autor expone de forma certera y sucinta las líneas principales de la reflexión derivadas de los estudios recogidos en el volumen –la fecha de inicio de los procesos de mutación, el impacto diferencial en el interior de las ciudades, la diversidad de ritmos y situaciones particulares dentro de la general continuidad de las funciones administrativas y judiciales y de la vitalidad de los grandes centros– y

se interroga a su vez sobre la multiplicidad de las causas que están detrás de estas complejas dinámicas.

La actualidad de los temas aquí contemplados queda confirmada por la coetánea aparición en el paisaje editorial relativo a las Hispanias de varias obras orientadas en una línea similar, que vienen a complementarse mutuamente y a enriquecer sustancialmente el panorama de la investigación en este campo (D. Vaquerizo, J. A. Garriguet, A. León [eds.], *Ciudad y territorio: transformaciones materiales e ideológicas entre la Antigüedad Clásica y el Alto Medioevo* [Córdoba 2014]; S. Ramallo, A. Quevedo [eds.], *Las ciudades de la Tarraconense oriental entre los siglos II-IV d. C. Evolución urbanística y contextos materiales* [Murcia 2014]; J. Andreu Pintado (ed.), *Oppida Labentia. Transformaciones, cambios y alteración en las ciudades hispanas entre el siglo II y la tardoantigüedad* [Uncastillo 2017]). Pienso a este respecto en la llamativa ausencia de ciudades béticas o lusitanas en la sección de estudios específicos del volumen que comentamos. Al margen de ello, no queda sino felicitar a autores y editores por haber puesto en manos de la comunidad científica un instrumento tan útil y enriquecedor para abordar esta compleja temática.

SALVADOR ORDÓÑEZ AGULLA

J. A. CORREA RODRÍGUEZ, *Toponimia antigua de Andalucía*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2016, 576 pp.

Esta monografía es el último trabajo del Profesor Correa, una de las figuras más importantes de los estudios paleohispánicos a nivel internacional y probablemente el mayor especialista en la epigrafía y la lengua tartesoturdetanas. Constituye una suerte de catálogo toponímico en el que se incluyen los topónimos documentados en la Antigüedad y localizables dentro de los límites de la actual Andalucía. El catálogo, además de la información pertinente sobre su documentación, tanto numismática como epigráfica y literaria, incluye el estudio lingüístico de cada topónimo, así como información sobre su evolución posterior y los datos históricos y arqueológicos que permiten su localización. Los datos son, por tanto, muy numerosos y variados, pues abarcan tanto lo relativo a las lenguas indígenas de la zona, como al latín, clásico y tardío, al romance, al árabe o al fenopúnico.

El libro consta de una extensa introducción, en la que se determinan los criterios seguidos, se enumeran las fuentes y se proporciona un estudio lingüístico de carácter general, el catálogo propiamente dicho con los topónimos ordenados alfabéticamente, mapas con la localización de los topónimos cuya identificación es segura o probable e índice de los nombres geográficos mencionados. La bibliografía precede a la introducción junto con la lista de las abreviaturas y grafías usadas.

La toponimia andaluza antigua no había recibido anteriormente un estudio sistemático como el que aquí se presenta, por lo que se hace imprescindible su consulta si se busca información sobre cualquiera de los topónimos de la región en la Antigüedad. En este sentido, ha de tenerse en cuenta que los topónimos son una de las principales fuentes de información para conocer la lengua tartesoturdetana, por lo que esta obra constituye un título de referencia para quien quiera acercarse a su estudio o profundizar en él. Pero

también debe serlo para todos aquellos que quieran estudiar la toponimia actual de la región, pues no pocos de los topónimos tienen continuidad en nuestros días y son convenientemente identificados. Debe insistirse en que la principal virtud frente a otras obras similares, como la *Iberische Landeskunde* de Schulten y Tovar, es la sistematicidad con que se estudian los topónimos.

Poco más puede decirse dada la pulcritud y minuciosidad con que se presentan los datos. Sí que faltan las conclusiones que en este tipo de estudios suelen ofrecerse sobre la geografía lingüística del territorio cuyos topónimos se tratan: el libro se centra en los topónimos en cuestión y solo se señala su carácter tartesoturdetano, ibérico, fenopúnico, céltico, griego o latino sin que se proyecte esa información a ningún mapa; solo en el mapa 12 se localizan los topónimos mencionados por Ptolomeo con indicación de la etnia a la que se adscriben. En este sentido, llama la atención la diversidad lingüística que presentan los topónimos del sector oriental del Valle del Guadalquivir, cf. *Castulo*, *Vrgauo* o *Viuatia*, topónimos indígenas no ibéricos junto con otros ibéricos como *Iliturgi*, *Ilorci* o *Itikirkka*, o el reflejo de la convivencia de tartesoturdetano e ibérico en Porcuna a través de la dualidad toponímica *Obulco* / *Ipolka*. A ello se añade el presunto carácter indoeuropeo de algunos de los topónimos estudiados. Dicho carácter es indudable en el caso de los topónimos latinos y griegos, pero cuestionable en el de los indígenas, pues Andalucía forma parte de lo que se ha denominado la *Hispania* no indoeuropea. En el catálogo se da cumplida cuenta de este pequeño conjunto y se señalan las dificultades a la hora de adscribir según qué topónimos. El carácter indoeuropeo y céltico de *Arialdunum*, *Segida*, *Segouia* y *Turobriga* es indudable y responde, sin duda, a movimientos de población desde el interior de la Península que han debido de ser relativamente recientes. Menos clara es la adscripción de *Roda* y *Saguntia*, aunque no su carácter indoeuropeo. En otros casos, ese carácter es muy cuestionable, pues se basa en el análisis de segmentos breves de difícil adscripción, como *Malaca* (¿derivado con el sufijo \*-ko/a- de \*mel-?) o *Maenuba* (¿derivado de \*mei(n)- + uba?)<sup>1</sup>. En algunos, la comparación parece aportar elementos concluyentes, pero no deja de haber problemas, caso de *Ebora* o *Vrius*. *Ebora*, identificable con el Cortijo de Évora (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), se ha puesto en relación con \*eburo- ‘tejo’, fitónimo céltico que se documenta en *Hispania*, cf. *Ebora*, la actual Évora en el Alto Alentejo portugués<sup>2</sup>, *Eburo-brittium*, situada por Plinio entre *Olisipo* (Lisboa) y *Collippo* (Leiria), o antr. *Ebursunos* (K.1.3, Botorríta), además de en

<sup>1</sup> Las dos propuestas son de de Villar-Prósper y Villar respectivamente y parten de la identificación de series hidronímicas en toda Europa. Las raíces en cuestión llaman la atención desde un punto de vista indoeuropeo: \*mel- con el sentido propuesto de ‘sobresalir’ es, más bien, una raíz sei \*melh<sub>3</sub>-, por lo que una vocalización con timbre a supondría la confusión de ese timbre con un timbre o original; \*mei- es una raíz verbal que Pokorny identifica en la hidronimia europea bajo la forma \*mein-, moin-, min-, en relación con lat. *meāre* ‘avanzar, atravesar’, gal. med. *mynet* ‘pasar’ y formas eslavas como pol. *mijać*, ch. *mijeti* o a. esl. *minoti* ‘pasar, transcurrir’ para reconstruir \*mei- ‘caminar, ir’, si bien es preferible entender que se trata de derivaciones semánticas de \*mei- ‘cambiar’ con el sentido de ‘cambiar (de lugar)’, por lo que resulta llamativa la comparación propuesta con let. *maiņa* ‘pantano’, que debe de ser arcaico o dialectal, pues el término significa ‘cambio, canje’ en letón estándar; *uba* derivaría de \*h<sub>2</sub>ep- ‘agua’ con sonorización de la oclusiva y un grado o que no es el habitual, cf. scr. *áp-*, Toc. B *āp* ‘agua’, a. prus. *ape* ‘corriente’, a pesar de lit. *ùpė*, let. *upe* ‘río’, cuyo vocalismo no ha sido aún explicado de forma convincente.

<sup>2</sup> Esta ciudad no está muy lejos de *Salacia*, actual Alcácer do Sal, donde hubo una ceca tartesoturdetana.



la Galia, cf. *Eburo-dunum* (Yverdon-les-Bains, Suiza), *Eburo-briga* (Avrolles, Francia), etc. Más allá de consideraciones sobre la presencia o no de tejos en la zona de la desembocadura del Guadalquivir y de su simbología en el mundo celta, *Ebora* entraría dentro de la serie de topónimos tartesoturdetanos en *-ora*, cf. *Batora*, *Bora*, *Epora*, *Ipora*, *Sabora*, si bien no hay más testimonios para una base *eb-*. *Vrius* es el nombre antiguo del río Odiel, un hidrónimo demasiado corto para poder hacer precisiones y solo documentado por Plinio. Se ha puesto en relación con *urium* ‘lodo’, palabra hispana del campo léxico de la minería documentada asimismo por Plinio. La continuidad en el hidrónimo actual Odiel, por intermediación de ár. *Wādī Wīrū* (> cast. Guadiel), y su situación en territorio tartesoturdetano, invita a ser prudentes, pues tampoco se puede determinar con seguridad si existe relación entre el hidrónimo y el apelativo. Por lo demás, el hidrónimo puede relacionarse con la raíz indoeuropea para el agua, *\*u<sub>h</sub>er-*, compárese el topónimo mesapio *Vria* (Oria, Italia), pero también con el término patrimonial vasco para designar el líquido elemento (*h*)ur.

Con respecto a los topónimos documentados por autores griegos, las principales fuentes son Estrabón, Ptolomeo y Esteban de Bizancio. Esteban de Bizancio recoge algunos de los topónimos que transmitió Hecateo de Mileto, logógrafo de la segunda mitad del s. VI a. C. y principios del V a. C. que escribió una descripción de las costas conocidas, con información geográfica, etnográfica y mitológica, en la que se incluían las andaluzas. Llama la atención que la mayor parte de los topónimos atribuidos a Hecateo sean difícilmente relacionables con los que se transmitirán después de la conquista romana en la Segunda Guerra Púnica a finales del s. III a. C. Me refiero a *Elibúrgē*, *Kaláthē*, *Íbulla* y *Mainóbōra*. En el libro se opta por recogerlos como topónimos independientes, pero cabe preguntarse si se trata de ciudades desaparecidas antes de la conquista romana o si son la adaptación al griego de topónimos indígenas que probablemente Hecateo ni siquiera oyó de labios de sus habitantes, con la consiguiente deformación.

Por último, me gustaría señalar que al menos un topónimo se ha escapado de la lista: me refiero a *Tader*, el nombre del río Segura en la Antigüedad<sup>3</sup>, topónimo indígena que hace referencia a un río que nace en Andalucía, aunque la mayor parte de su curso se prolongue fuera de los límites de esta región. Un descuido menor que en nada desluce las virtudes de una obra que, sin duda, está llamada a convertirse en título de referencia para los estudios de toponimia hispana.

JOSÉ MIGUEL JIMÉNEZ DELGADO

J. FABRE-SERRIS, A. KEITH (eds.) *Women and War in Antiquity*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2015, 341 pp.

Fruto del mayor interés científico por rescatar la figura de la mujer como sujeto histórico nace la presente obra, basada en el simposio sobre mujer y guerra en la Antigüedad que tuvo lugar entre los días 4 y 6 de diciembre de 2009 en la Universidad de Charles de Gaulle-Lille, en el marco del lanzamiento de *la European Network on Gender in Antiquity* (EUGESTA).

<sup>3</sup> Plin. *H. N.* 3, 9, 3 y 3, 19, 8.

Motivado por la escasa preocupación por estudiar la relación entre mujer y mundo bélico en la Antigüedad, tanto por parte de las fuentes clásicas como por la historiografía, el presente estudio ofrece un modelo de análisis que permite acercarnos al fenómeno de la guerra en el mundo antiguo desde una perspectiva de género. Como se señala en la introducción, este simposio internacional supuso una gran oportunidad para reunir a especialistas de distintas áreas de conocimientos, como son la Literatura, la Filología y la Historia, que desarrollan nuevas perspectivas sobre los roles de género en la Antigüedad. Es destacable, por tanto, el pretendido carácter multidisciplinar con el que se indaga la concepción por parte de los antiguos del papel de la mujer en los conflictos bélicos, entendiendo por esto no sólo su participación directa, sino su implicación desde un segundo plano como consejeras o espectadoras.

Una de las principales aportaciones de este trabajo es desbancar la idea arrastrada desde la Antigüedad de que la mujer, al no participar directamente en la guerra como combatiente, no forma parte del conflicto en el que se ve involucrada la comunidad a la que pertenece. Ciertamente, como vemos a lo largo del libro, aunque las fuentes se han centrado en el aspecto emocional, su participación también es visible a través de sus opiniones y consejos en un campo como el bélico que, *a priori*, les estaba vetado. Por tanto, tenemos la gran desventaja de que las fuentes no han jugado a favor. En primer lugar, porque esos otros modelos de mujeres han sido tradicionalmente criticados y censurados por transgredir las convencionales reglas de género. Por otra parte, porque no podemos olvidar que las fuentes con que disponemos para su estudio son totalmente parciales: están escritas por y para hombres, lo que implica, fundamentalmente, la defensa de principios y valores de carácter androcéntrico.

El volumen se encuentra estructurado en 16 capítulos precedidos por una introducción (pp. 1-12) y seguido por un repertorio bibliográfico (pp. 303-327) e índices (pp. 329-341). Son dos las partes en las que se divide la obra. La primera se titula “From Words to Deeds: Between Genres” y la segunda “Women and War in Historical Context: Discourse, Representation, Stakes”. En ambas el lector puede apreciar como predomina, sobre todo, el análisis y estudio de las fuentes literarias teniendo aún mayor protagonismo las de origen griego frente a las de origen latino. Así, a pesar de haber algún artículo centrado en el análisis de la cultura material, no es un enfoque con fuerte presencia en la obra, predominando, además, una perspectiva más iconográfica que arqueológica.

Tanto el capítulo primero, “War, Speech and the Bow are not Women’s Business” (pp. 15-33) de Philippe Rousseau, como el segundo, “Women and War in the *Iliad*: Rhetorical and Ethical Implications” de Marella Nappi (pp. 34-51) parten del análisis de algunas figuras femeninas en las obras homéricas. En la primera, se examinan dos pasajes de la *Odisea* que están ligados a la *Iliada* por la repetición de algunos de sus versos y que interesan por su carácter educacional o normativo con respecto a las mujeres. En este sentido, se analiza el comportamiento de la esposa de Héctor, Andrómaca, como rompedora de las reglas de género y, además, se rechaza la tradicional interpretación que se ha hecho acerca de la prohibición de Héctor sobre la participación de las mujeres en la guerra (*Il.* 6. 490-3). Por su parte, Nappi se centra de manera más genérica en el papel que desempeña la mujer en la *Iliada*, en la que, aunque no aparezcan como combatientes, también participan de la narrativa épica a través de sus consejos, opiniones, predicciones sobre las consecuencias del conflicto, etc.

El tercer capítulo titulado “Teichoskopia: Female Figures Looking on Battles” (pp. 52-70) viene de la mano de Therese Fuhrer quien se acerca al papel de la mujer como espectadora del conflicto, prestando especial atención a sus reacciones, las cuales se convierten en objeto del comentario literario y que surgen de la relación de estas con los combatientes. Para ello, Fuhrer selecciona diferentes pasajes de las *Odas* de Horacio, la visión de Helena en el tercer libro de la *Iliada*, la de Antígona en la *Tebaida* de Estacio y la de Medea en la *Argonáutica* de Valerio Flaco. La autora nos ofrece así la visión de la guerra a través de los ojos de las mujeres que la observan.

En el cuarto capítulo “Women Arming Men: Armor and Jewelry” (pp. 71-81), François Lissarrague nos trae un acercamiento a la relación entre mujer y guerra totalmente diferente a los dados con anterioridad. Se trata de un estudio de vasos áticos en los que se presenta al guerrero marchando a la batalla y al papel que desempeñan las mujeres en este tipo de escenas, la mayoría de las veces como madres y no como esposas. Es el único capítulo en el que se hace un acercamiento a la cuestión desde el punto de vista iconográfico, describiendo desde esta perspectiva los roles de género.

En la misma línea que los anteriores capítulos se encuentra “Women and War. From the Theban Cycle to Greek Tragedy” (pp. 82-99) de Louise Bruit Zaidman. La autora analiza el papel desempeñado por hombres y mujeres en *Los siete contra Tebas* de Esquilo y en *Las fenicias* de Eurípides, yendo más allá de la simple división de roles y defendiendo un papel activo de la mujer en estas obras. En el siguiente, “Women after War in Seneca’s *Troades*” (pp. 100-118), Jacqueline Fabre se adentra en el tratamiento de la figura de la mujer que hace Séneca en sus obras *Las troyanas*, *Consolación a Marcia* y *Consolación a Helvia*. En primer lugar, repasa algunos tópicos en Séneca sobre la debilidad de la mujer, tal y como quedan recogidos en *Consolación a Marcia* y *Consolación a Helvia* y contrapone esto con el carácter de Andrómaca, Políxena y Hécuba, que aparecen en *Las troyanas* como mujeres virtuosas por ser capaces de controlar sus emociones.

Seguidamente, Federica Bessone en “Love and War: Feminine Models, Epic Roles, and Gender Identity in Statius’s *Thebaid*” (pp. 119-137) examina cómo el sentimiento de amor que siempre se ha ligado a la personalidad femenina le ha servido a los autores clásicos para proyectarlas como los seres más temerosos o, por el contrario, los más valientes. Así nos muestra cómo, a partir de la figura de Argia, se produce un nuevo modelo de heroísmo femenino que aúna algunas virtudes consideradas masculinas sin alejarse del rol tradicional de la mujer.

Cierran esta primera parte del libro los capítulos titulados “Elegiac Women and Roman Warfare” de Alison Keith (pp. 138-156) y “Warrior Women in Roman Epic” de Alison Sharrock (pp. 157-178) en los que el punto de partida pasa a ser la literatura latina. En el primer caso, es especialmente interesante ver cómo el centro de atención de la autora es la influencia de mujeres y amantes en la política imperialista de Roma, lo cual nos viene a demostrar la ambigua relación entre mujer y guerra en la elegía romana. En el segundo, se revisa el papel de la mujer romana en el género épico, especialmente aquellos modelos de mujeres-soldados, siendo la Camila de Virgilio el único ejemplo de mujer guerrera presentada como tal. Sharrock, no obstante, no pierde de vista la influencia de las amazonas de la épica griega de las que al mismo tiempo quiere diferenciarla. Por otra parte, se detiene en analizar cómo autores posteriores como Ovidio, Estacio, Silio Itálico

o Valerio Flaco han tratado la imagen de la mujer guerrera prestando especial atención a la complejidad de los roles de género.

La segunda parte del libro la abre Stella Georgoudi con “To Act, Not Submit” (pp. 200-213). Georgoudi se acerca a la figura de la mujer desde una perspectiva más realista, reconsiderando los roles de género a partir del examen de las fuentes literarias para desacreditar así la idea de “anormalidad” o “inversión” cuando estas participan en los conflictos bélicos. Más adelante, Pascal Payen en “Women’s Wars, Censored Wars? A Few Greek Hypotheses (Eighth to Fourth Centuries BCE)” (pp. 214-227) hace una reflexión acerca de cómo los autores antiguos comprendían la relación entre guerra y mujer y sobre la teorización de los roles de género que ya se ha venido discutiendo con anterioridad. Continúa Violaine Sebillote, quien propone en “The Warrior Queens of Caria (Fifth to Fourth Centuries BCE): Archeology, History and Historiography” (pp. 228-246) que cuando nos referimos a la relación entre mujer y guerra debemos hacerlo teniendo en cuenta la ideología y la intención vertida en las fuentes con las que trabajamos, en este caso, las literarias. Ello nos permitirá no caer en visiones simplistas y generales acerca de la división de roles entre ambos sexos.

Los tres últimos capítulos están centrados en el ámbito romano. En el primero, “Fulvia: The Representation of an Elite Roman Woman Warrior” (pp. 247-265), Judith Hallett nos brinda la visión del modelo de mujer guerrera y las connotaciones negativas que se pueden observar a partir de las fuentes históricas contemporáneas, así como su influencia en autores posteriores fruto de su tratamiento en la literatura elegíaca y epigramática romana. Posteriormente, Stéphane Benoist nos trae “Women and Imperium in Rome: Imperial Perspectives” (pp. 266-288) donde se ofrecen ejemplos de mujeres que, por encarnar valores masculinos, han sido vistas como arrogadoras del *imperium militiae*, poniendo así en cuestión la legitimidad de los hombres que gozan de esa prerrogativa. Por último, “The Feminine Side of War in Claudian’s Epic” (pp. 289-302) viene de la mano de Henriette Harich-Schwarzbauer quien, siguiendo la senda del capítulo anterior, busca en la obra de Claudiano elementos ligados a la mujer y a la feminidad que beben de la épica romana y que el autor adapta al género panegírico.

Podemos concluir diciendo que la obra tiene un perfil muy definido, pues los distintos capítulos están dedicados, en su mayoría, al mundo griego y, en menor medida, al mundo romano. En este sentido, cabe destacar que no se aborda la temática desde las fuentes para el Próximo Oriente o Egipto lo que le resta una visión más global a la obra, máxime teniendo en cuenta el título del volumen. Por otra parte, se echa en falta el trabajo con fuentes de carácter arqueológico o epigráfico que, de igual manera que las fuentes literarias, sirvan para abrir nuevas perspectivas en este tipo de estudios. El tratamiento de las fuentes literarias es muy acertado aunque quizás, en ocasiones, puede crear en el lector la sensación de que más que un estudio histórico es un estudio literario. No obstante, debemos señalar que siempre son interesantes todas aquellas propuestas que rescaten a la mujer como sujeto histórico en parcelas que tradicionalmente la historiografía les ha vetado.

MARTA ÁLVARO BERNAL

J. FRANCE, J. NELIS-CLÉMENT (eds.), *La statio. Archéologie d'un lieu de pouvoir dans l'empire romain*, Bordeaux, Ausonius Éditions, 2014 (Scripta Antiqua 66), 389 pp.

La presente obra, coordinada por dos eminentes especialistas en el mundo de la historia fiscal y social del Imperio Romano, J. France y J. Nelis-Clément, recoge las once contribuciones resultantes de una reflexión colectiva efectuada en el marco de un programa de investigación del Instituto Ausonius –“La Vie de l'État dans le monde romain”– centrado en el funcionamiento del poder del Estado en sus realidades prácticas y locales, con un interés particular en el mundo provincial. El objetivo declarado es estudiar el lugar funcional que focaliza los contactos más inmediatos entre los representantes del poder de Roma y las poblaciones de las provincias, la *statio*. En la introducción de los editores se plasman claramente las dificultades que plantea el tema, condicionado fundamentalmente por la polisemia del término tanto en sus expresiones antiguas como en sus traducciones en lenguas modernas. Porque, efectivamente, la ambigüedad semántica y la variedad de significaciones que se ofrece de este término en las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas se sitúa como principal limitación para una correcta y adecuada comprensión del alcance histórico de su realidad histórica. Efectivamente, su ambivalencia resulta evidente cuando se observa que el vocablo se emplea en multitud de contextos y situaciones, espaciales y temporales, sea en su acepción más directa de estabilidad y duración, detención entre dos destinos, etapa, estado o posición en la vida, como en otras más concretas vinculadas con su realidad material como destacamento militar, lugar de atraque de una flota, emplazamiento o edificación de carácter público o privado, sede o edificio específico de alguna rama o servicio de la administración. Contribuye a las dificultades de caracterización del término y a su realidad multiforme la estrecha vinculación existente con otros empleados en contextos similares, como *mutatio* o *mansio*. En cualquier caso, se privilegia en la obra un acercamiento desde la perspectiva de la *statio* como “lugar de poder”, como espacio material concreto donde se materializaba el contacto más directo, cotidiano y regular, entre las poblaciones provinciales y los representantes del poder romano, y donde se podía hacer más evidente la dominación romana, el carácter de su naturaleza y los mecanismos de su aplicación práctica. Por todo ello, una obra como la presente encuentra su justificación como reflexión de conjunto derivada de aproximaciones diversas y metodológicamente combinadas, tanto textuales y literarias como materiales e históricas. Bajo estos presupuestos, el volumen combina contribuciones en las que la reflexión parte de una perspectiva material centrada en las aportaciones de la arqueología como otras más vinculadas con la naturaleza y dimensiones administrativas, jurídicas y sociales del fenómeno de la *statio*, añadiéndose también algunos expedientes que se aproximan a este fenómeno desde una perspectiva regional. La reflexión viene condicionada a su vez por la disponibilidad de nuevos documentos que vienen a precisar, matizar o poner en cuestión las visiones historiográficamente admitidas del Estado romano, de su funcionamiento y prácticas administrativas.

Partiendo de una perspectiva arqueológica, Ph. Leveau (“Stations routières et *stationes viarum*. Une contribution à l'archéologie de la station en Gaule Narbonnaise et dans les provinces alpines voisines”, pp. 17-55) aborda el sentido polisémico de *statio* como lugar de poder al borde de la ruta terrestre y las posibilidades y limitaciones de reconocer arqueológicamente de forma objetiva un edificio o conjunto de ellos al pie de una vía

como espacios reservados para el uso de agentes estatales autorizados. Su aproximación está marcada por la característica impronta metodológica que es regla en todos sus trabajos, especialmente visible en la insistencia en el problema terminológico que presentan las fuentes escritas antiguas (*statio*, *mansio*, *mutatio*, *horrea*, *praetorium*, *taberna*, etc.), la traducción a las lenguas modernas de estos vocablos –lógicamente, en francés aquí– (“station routière”, “relais”, “vicus routière”, “ferme-auberge”, “station du *cursus publicus*”, “station fiscale”, etc.) y las posibilidades de identificación arqueológica de todo ello con la evidencia disponible en la Galia Narbonense y las provincias alpinas, espacio concreto donde se desarrolla el estudio.

Muy vinculado con la aproximación anterior, el estudio conjunto de F. Wiblé y Ph. Leveau (“La station routière et le ‘téménos’ de Martigny”, pp. 57-73) es uno de los varios *case-studies* específicos recogidos en esta monografía. En concreto, se analizan aquí los resultados de la excavación de la estación de Martigny (Suiza), junto al antiguo *Forum Claudii Vallensium*, en los Alpes Peninos, sito en un cruce de comunicaciones entre Galia, Germania e Italia. Allí se documenta un conjunto en la periferia urbana conformado por un sector de funcionalidad religiosa con un santuario como eje, y otro anejo –tipo “caravansérail”, en torno a un gran patio– destinado al albergue de viajeros y sus mercancías, que probablemente fue objeto de atención preferente por parte de la municipalidad o sus elites en atención a los beneficios que podía reportar.

En la misma línea de análisis específico de una realidad arqueológica concreta se sitúa la aportación de Ch. Sireix (“L’auberge de la Cité judiciaire à Bordeaux”, pp. 75-84). El objeto concreto de estudio se ubica en un sector suburbano de Burdeos, en el que un espacio artesanal es transformado a fines del siglo I d. C. mediante la edificación de un complejo articulado en torno a un patio porticado en el que se disponen ámbitos de almacenamiento, talleres y cocina, y que estaba servido por el sistema público de abastecimiento hídrico y evacuación. El lugar, asociado a la prolongación de uno de los *cardines* urbanos, estaba bien comunicado con el núcleo urbano, y parece tener una funcionalidad vinculada con el albergue de viajeros de paso y depender a su vez de la autoridad municipal de *Burdigala*.

Un caso más de estudio concreto de orden arqueológico es el ofrecido por B. Steidl (“Une *statio* des *beneficarii consularis* de Germanie Supérieure à Obernburg sur le Main”, pp. 85-111). Se presenta aquí una síntesis de los estudios desarrollados a lo largo de la década de 2000, especialmente la excavación de 2007, en la *statio* de Obernburg, ubicada en las cercanías del fuerte auxiliar de esta localidad. El lugar estaba destinado al alojamiento y dependencias de servicio de los *beneficarii* del *legatus* en Germania Superior. Se trata de un entorno fundamental porque proporciona elementos de juicio bien fundamentados arqueológicamente sobre la disposición arquitectónica y organizativa de una *statio* de *beneficarii*, categoría de legionarios con un papel relevante en los *officia* de gobernadores y *procuratores* en lo tocante a las funciones de control y mantenimiento del orden. El lugar se estructuraba en dos áreas; por un lado, un espacio residencial y de trabajo en torno a un patio rectangular porticado, incluyendo estancias calefactadas con triclinio, cocina, bodega y archivo de documentación; por otro, un área cultural en la travesera de la edificación anterior, donde se disponía un notable conjunto –evaluado en torno a 160– de altares votivos elevados por los *beneficarii* en el momento de su relevo, en el tiempo en que estuvo en uso la *statio*, entre 141/144 y 230/240 d. C.

Desde una perspectiva léxica y sintáctica, G. Flammerie de la Chapelle (“Note sur le sens de *portus* et *statio* dans *Digeste*, 50.16.59”, pp. 113-116) aborda en su contribución un texto fundamental en el contexto de este estudio, el discutido pasaje de Ulpiano relativo a las definiciones respectivas de *portus* y *statio* y al sentido que historiográficamente se les ha dado, decantándose por una interpretación material vinculada con la infraestructura portuaria.

Las aportaciones de la papirología al dossier de la *statio* se encuentran bien representadas en el estudio que H. Cuvigny (“Le système routier du désert Oriental égyptien sous le Haut-Empire à la lumière des ostraca trouvés en fouille”, pp. 247-278) desarrollado a partir de los *ostraca* recuperados en las excavaciones efectuadas en el desierto oriental egipcio. A partir de esta documentación particular la autora ofrece un panorama sobre la disposición del sistema viario altoimperial en el desierto de Berenice y los *metalla* a los que sirve, tanto en su vertiente material sobre el terreno como en sus aspectos organizativos y administrativos. Especial interés se aplica al estudio de la red de *praesidia* —ésta es la denominación preferente en la documentación— y sus ocupantes, así como en el control por parte del poder de la circulación sobre las rutas mediante salvoconductos, el correo oficial y la movilidad de personas, animales y mercancías.

Desde una perspectiva netamente provincial, P. Le Roux (“Les provinces ibériques et la question de la *statio*”, pp. 279-287) revisa con detalle el dossier epigráfico de las provincias hispanas relativo a la *statio*, un conjunto documental escaso y limitado —solo nueve textos—, concentrado además cronológicamente en la segunda mitad del siglo II. El estudioso insiste en la necesidad de situar estos testimonios en un contexto netamente local, así como en las precauciones metodológicas que deben contemplarse a la hora de vincular el concepto de *statio* con el de representación del poder y la autoridad.

Al contrario que en las provincias hispanas, la documentación africana sobre la *statio* y los agentes del poder estudiada por St. Guédon (“*Statio et stationarius*: le dossier africain”, pp. 289-305) pone de relieve el abundante conjunto documental procedente de esta región, en este caso no limitado de forma exclusiva a los aportes de la epigrafía, sino nutrido igualmente por referencias literarias especialmente relevantes en la Antigüedad tardía. Sobre esta base, es posible distinguir la evolución de los objetivos de los *stationarii*, también aquí figura que personaliza el poder del estado en el ámbito diario y cotidiano. Así, si a inicios del imperio las facultades policiales y coercitivas reconocidas a estos militares se enfocaban preferentemente a la lucha contra *latrones* y enemigos del orden público, posteriormente serán empleados en la represión del cristianismo y, finalmente, a partir de inicios del siglo IV, actuarán como punta de lanza en la lucha oficial contra el paganismo. En este contexto, resultan evidentes las precauciones metodológicas con las que debe abordarse una documentación dependiente en gran medida de la literatura apologética cristiana.

La reflexión de S. Crogiez-Pétrequin (“*Statio, stationarius et cursus publicus*”, pp. 307-317) se orienta al análisis en las fuentes jurídicas, particularmente en el Código Teodosiano, del papel de la *statio* en relación al servicio de transportes del estado, el *cursus publicus*. Como en todos los autores de esta monografía, también en esta aportación resulta relevante la preocupación metodológica e historiográfica por determinar en lo posible la diferenciación entre *mutatio*, *mansio* y *statio*, estableciendo las características de

esta última como infraestructura destinada a asegurar el servicio oficial de transportes y su relación con los *stationarii* en sus funciones de control y seguridad de las vías.

Finalmente, la contribución de K. Sion-Jenkis (“*Stationes des cités d’Asie Mineure à Rome*”, pp. 319-338) presenta una singularidad dentro del tratamiento de la *statio* en este volumen al ocuparse del dossier específico de un grupo de *stationes* establecidas en la capital del imperio por un grupo de ciudades de Asia Menor cerca del Foro republicano, en un sector bien delimitado de la *Via Sacra*. Partiendo de un dossier ciertamente limitado, la autora revisa los fundamentos arqueológicos y epigráficos de la localización de las *stationes* y subraya el carácter institucional de estas organizaciones como entidades dependientes de las ciudades que las impulsan, analizando las posibles razones de su implantación –vinculadas a la intensificación de las relaciones de las comunidades urbanas minorasiáticas con la figura imperial bajo Antoninos y Severos–, las condiciones de financiación y la multiplicidad de funciones que podían desarrollar en su beneficio, entre las cuales no sería la menor la de la expresión clara y definida de la integración económica, cultural e ideológica de sus élites dirigentes en el Imperio Romano.

Mención aparte merece el trabajo conjunto de los dos editores de este volumen, J. France y J. Nelis-Clément (“*Tout en bas de l’empire. Les stationes militaires et douanières, lieux de contrôle et de représentation du pouvoir*”, pp. 117-245). Si bien se encuentra ubicado a mitad del volumen, por su extensión –128 páginas–, la profundidad del tratamiento, el número de argumentos implicados en la discusión y el carácter sistemático de la misma, quizá habría sido conveniente que se hubiese ubicado al final de la obra, como síntesis global de la materia que se ha tratado de forma particular en las diferentes aproximaciones del resto de autores. La riqueza y amplitud de la documentación manejada y la sistematicidad de sus planteamientos harán sin duda de este trabajo una referencia inexcusable en el futuro. El acercamiento privilegia la consideración de las *stationes* militares y aduaneras como lugares de control y representación del poder, especialmente en relación a los contactos cotidianos y comunes entre el personal asignado a ellas y la población provincial. Con una ordenación tripartita, los autores se ocupan inicialmente de los aspectos terminológicos y de vocabulario con una evaluación de la presencia del término *statio* en las fuentes literarias, epigráficas y papirológicas, tanto de los *beneficiarii* que operan en las *stationes* de militares como de los empleados de los servicios fiscales que trabaja en las del *portorium*, recabando de forma precisa y sistemática la información de que disponemos sobre su organización. En un segundo momento, y bajo el epígrafe “*la statio dans ses murs*”, se pone el foco en la realidad material de la *statio*, en su funcionalidad y disposición topográfica, así como en los aspectos logísticos de su inserción en las redes territoriales. Las prácticas de trabajo de los agentes destinados en las *stationes* son también objeto de atención de los autores, que intentan aproximarse a cuestiones tan relevantes, por ejemplo, como las diversas categorías del personal empleado en ellas, sus carreras, funciones y procedimientos operativos específicos y grado de competencia profesional, o su nivel cultural y espíritu corporativo. A todo ello se añaden consideraciones sobre la imagen pública y privada que estos agentes del poder querían proyectar de su vida familiar y profesional, su autorrepresentación, así como de la percepción que de la misma tenían aquellos que tenían necesidad de entrar en contacto con ellos, incluyendo también, obviamente, la de la *statio* como “lugar de abuso de poder”.



En definitiva, nos encontramos ante una monografía que sin duda viene a establecer un hito fundamental en el estudio de los mecanismos de control administrativo del estado romano en su escalón más bajo, el más inmediato a los administrados.

SALVADOR ORDÓÑEZ AGULLA

A. GARCÍA Y BELLIDO, *Ejércitos, guerras y colonización en la Hispania romana*, con un estudio preliminar de Javier Arce, Pamplona, Urgoiti editores, 2015, I-XL-VIII + 241 pp.

La Editorial Urgoiti prosigue su magnífica colección de *Historiadores* con un volumen dedicado a la figura del insigne arqueólogo e historiador de la antigüedad Antonio García y Bellido (1903-1972), que desempeñó la cátedra de Arqueología en la Universidad Central de Madrid desde 1931, con 28 años, hasta su muerte en 1972, con 69 años. En esta misma línea podemos recordar que en un número anterior de esta revista (*Habis* 37, 2006) llevé a cabo la reseña de tres obras de contenido histórico-arqueológico publicadas por la misma editorial Urgoiti, a cuyos comentarios generales remito: Pedro Bosch Gimpera, *Etnología de la Península Ibérica* (reed. Pamplona 2003, con un estudio introductorio de J. Cortadella), Adolf Schulten, *Historia de Numancia* (reed. Pamplona 2004, con un estudio introductorio de F. Wulff) y José Ramón Mélida, *Arqueología Española* (reed. Pamplona 2004, con un estudio introductorio de M. Díaz-Andreu).

En este caso se trata de un “título ficticio” para acoger la reedición de cuatro artículos de Antonio García y Bellido en los que se ocupa del análisis del proceso de romanización en *Hispania* y otras cuestiones relacionadas con la presencia romana desde una base documental de contenido textual, numismático y epigráfico. Corresponde a los trabajos originales: “Bandas y guerrillas en sus luchas con Roma” (*Hispania* V, 1945), “Las colonias romanas de Hispania” (*Anuario de Historia del Derecho* XXIX, 1959), “La latinización de Hispania” (*Archivo Español de Arqueología* XL, 1967) y “El ejército romano en Hispania” (*Archivo Español de Arqueología* XLIX, 1976). Esta elección y la redacción del estudio preliminar la lleva a cabo Javier Arce, que destaca que “son cuatro de los principales trabajos históricos de Antonio García y Bellido, fundamentales todos ellos para conocer la historia de la dominación romana” (p. 3), quien asimismo incorpora algunas notas que actualizan la reedición, así como una bibliografía esencial del autor.

El análisis de J. Arce se articula en tres apartados: la “semblanza biográfica”, su faceta como “historiador” y el análisis del “presente libro”, es decir la valoración historiográfica de los cuatro trabajos en la trayectoria personal del investigador y del propio desarrollo de la Historia Antigua en España. En efecto, de manera intencionada Javier Arce nos remite a la figura de García y Bellido como historiador de la Antigüedad, más que como arqueólogo, pero no podemos olvidar que para él, según definía en un trabajo publicado en 1951 en la revista *Archivo Español de Arqueología* (de la que fue fundador en el marco del Instituto de Arqueología “Rodrigo Caro” del CSIC): “Es natural que la arqueología clásica se cultive en estrecho contacto y en íntima convivencia con aquellas disciplinas afines por sus relaciones de sujeto, tiempo y lugar; es decir, con la historia antigua (en primer lugar), con la numismática y con la epigrafía antiguas, con la filología y la lingüística clásicas, con las instituciones, con la literatura y filosofía antiguas, etc., etc. Para la arqueología, todas ellas son disciplinas auxiliares, así como para cualquiera de

ellas la arqueología es una disciplina subsidiaria. Todas juntas, empero, lo son en última instancia para la historia” (A. García y Bellido, “El Instituto de Arqueología y Prehistoria Rodrigo Caro”, *AEspA*, 24, 1951, p. 163).

En los últimos tiempos se ha analizado bastante la figura de García y Bellido en diversos trabajos colectivos, destacando, especialmente, el coordinado por Ángel Morillo, Victorino García y Carmen Fernández-Ochoa, *Imágenes de arqueología leonesa. Antonio García y Bellido y el Noroeste peninsular en la Antigüedad* (León, 2002), así como –más extensos– los editados por Manuel Bendala, Carmen Fernández-Ochoa, Rosalía Durán y Ángel Morillo, *La arqueología clásica peninsular ante el tercer milenio en el centenario de A. García y Bellido (1903-1972)* (Madrid, 2005) y por Juan Blánquez y María Pérez, *Antonio García y Bellido. Misceláneas* (Madrid, 2004), pero aún es necesario consultar –y especialmente en este caso– el breve pero atinado trabajo que escribió el propio Javier Arce en las actas del Congreso Internacional *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)* (Madrid, 1991), bajo el título “Antonio García y Bellido y los comienzos de la historia antigua en España”.

Como presentación de los cuatro artículos reeditados, el estudio preliminar de algo más de 30 páginas de Javier Arce, uno de los últimos discípulos de Bellido, es de enorme interés y aporta claves para valorar la figura del autor como historiador. Así, destaca J. Arce el determinante carácter positivista en el trabajo de García y Bellido, con la elaboración de catálogos como base para estudios posteriores (como ocurre en el artículo de las colonias), “con el completo dominio de la documentación antigua” (p. XXXII), según un método aprendido en Alemania, donde estuvo becado por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. También se destaca la vinculación ineludible de la arqueología clásica que él cultivaba con la historia antigua, la numismática y la epigrafía –como se decía arriba–, lo que justificaría la elección del primero de los trabajos (“Bandas y guerrillas...”) para discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, en 1945, aunque sería publicado como artículo científico en la revista *Hispania* ese mismo año. O bien “su idea de la continuidad de la identidad del español, de lo español, referido a la historia de la Hispania antigua” (p. XXVII), que deriva en cierto modo del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal y de una tradición propia de la historiografía española. Hasta llegar a cuestiones más anecdóticas como “la aversión de Bellido a los manuales” (p. XXVI). También se destaca un “vacío en su currículo” entre 1956 y hasta 1972, para lo que Arce reconoce que “No sé qué puede significar ello, pero está claro que Bellido no participó en la organización ni en la administración de la España franquista” (p. XXI).

Es, pues, este libro referente importante por la figura que analiza, ya que Antonio García y Bellido ha sido el principal impulsor de la Arqueología Clásica y la Historia Antigua en la España de los dos cuartos centrales del siglo XX, “maestro” de ambas disciplinas hoy plenamente desarrolladas en el entramado científico español. Lo que se une a la forma atractiva y cuidada de la edición del libro, de formato menor a las anteriores, acorde con los tiempos, y que se remata con un índice onomástico que facilita siempre la consulta.

JOSÉ BELTRÁN FORTES

M. GÓMEZ-MORENO, *Adam y la prehistoria*, con un estudio preliminar de Juan Pedro Bellón, Pamplona, Urgoiti editores, 2015, I-CCLXIV + 197 pp.

Un nuevo título de la serie *Historiadores* se une a esa escogida nómina de libros reeditados de la historia de España que lleva a cabo desde hace ya bastantes años la Editorial Urgoiti (*cfr.*, por mi parte, otra reseña incluida en este volumen y las tres recogidas en el volumen 37, de 2006, de esta revista *Habis*). En este caso incorpora a una figura trascendental en la historia de la arqueología española, Manuel Gómez-Moreno Martínez (1870-1970), cuya biografía de 100 años cubre desde fines del siglo XIX y durante los tres primeros cuartos del siglo XX. En este caso se reedita su libro *Adam y la prehistoria*, que fue publicado en Madrid en el año 1958, y que se acompaña con un extenso estudio de Juan Pedro Bellón, de cerca de 250 páginas, sobre el personaje, la obra y, como referente, el desarrollo de la prehistoria española durante la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Supera, pues, lo que habitualmente se puede considerar un prólogo o estudio introductorio, para convertirse realmente en una monografía de contenido historiográfico sobre el tema del desarrollo de la prehistoria en España siguiendo el hilo conductor de la trayectoria vital de Gómez-Moreno.

Según indica de manera justa J. P. Bellón, el libro en sí es un producto que podríamos considerar “anacrónico” para la época en que fue escrito por su planteamiento, más propio de los prehistoriadores españoles pioneros de la segunda mitad del siglo XIX, al querer conciliar en 1958 razón y fe (católica), con el objetivo “de fabricar todo un programa cosmogónico que articulaba el creacionismo con la universalidad” (p. VIII), y donde destacaría el protagonismo peninsular hispano, en la línea del tradicional esencialismo de la historiografía española anterior. En un adecuado análisis historiográfico, J. P. Bellón justifica ese hecho –en primer lugar– por la propia trayectoria personal e intelectual de Gómez-Moreno, “cuando ya jubilado y al margen de la universidad cumplía 88 años de edad y estaba inmerso en el proceso de mitificación de su persona y su obra, el cual ha continuado vigente hasta finales del siglo XX” (p. VII), y –en segundo lugar– por el contexto político y social de aquellos años en España, cuando el régimen franquista se decantaba por la apertura al bloque occidental encabezado por EE. UU. en el marco de la guerra fría (frente al comunismo soviético) y la “recuperación” por parte del régimen de personajes destacados en la trayectoria cultural y científica española previa a la guerra civil de 1936-1939 y que habían quedado en cierto modo olvidados en la primera etapa autárquica y más fuertemente ideologizada del franquismo.

El extenso y bien elaborado análisis historiográfico de Bellón se interesa, en primer lugar, por el autor, el “sabio” Gómez-Moreno, siguiendo las fases que estableciera ya en su análisis sobre su maestro el profesor Juan de Mata Carriazo (1899-1989), formado en el Centro de Estudios Históricos (CEH) y catedrático de la Universidad de Sevilla desde 1927, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia: *El maestro Gómez-Moreno contado por él mismo* (Madrid, 1977). Aquellos períodos establecidos por Carriazo Arroquia fueron: 1) formación (1870-1899); 2) exploraciones (1900-1909); acción colectiva (1910-1939) y retracción individual (1940-1970). En efecto, fue el tercer período el de más “éxito” académico, desde su posición de director de la sección de arqueología del CEH, creado en 1910 en el marco de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Suponía la transformación de un anticuario formado en la disciplina decimonónica a la modernidad positivista del nuevo siglo XX en el marco de la institución con la que se pretendía actualizar la ciencia española (o al menos una elite científica) a los parámetros

Europeos de vanguardia. Según ha defendido Margarita Díaz-Andreu, se constituyó un segundo núcleo de “poder académico” en la arqueología española, con sus discípulos (“acción colectiva”), enfrentado a la escuela de José Ramón Mélida formada en torno a su cátedra de Arqueología en la Universidad Central, hasta 1931 en que fue sustituido por Antonio García y Bellido (M. Díaz-Andreu, estudio preliminar en la reedición del libro de J. R. Mélida, *Arqueología Española*, Pamplona, Urgoiti, 2004). Por el contrario, el período de “retracción individual”, la “torre de marfil”, sobreviene tras su jubilación en 1934 y la guerra civil de 1936-1939: “Guerra civil, jubilación, cese de actividades de la Junta y del CEH, así como su avanzada edad –setenta años al acabar la guerra–, son los elementos que reconducen su labor profesional y su actividad investigadora hacia otra etapa de retraimiento personal, lejos de la acción colectiva” (p. CXII). Será nueve años después de la finalización de la guerra en 1939 cuando dará a la luz el libro que nos ocupa, caracterizado por Bellón, junto a otras dos obras escritas previamente por Gómez-Moreno, *La novela de España* (Madrid, 1928) y *Guía de la Humanidad* (Madrid, 1953, aunque escrita ya en 1931), como “su tríada de publicaciones más personales e insólitas” (p. CXI).

En *Adam y la prehistoria*, que pudo ser publicada gracias al Premio de la Fundación Juan March concedido en 1956, “defendía, como base histórica común a toda la humanidad, la validez del Génesis, como marco de referencia para su edificio narrativo con una intención también divulgativa, al igual que lo fuera su *Novela de España*” (p. CXL). La segunda parte del estudio de J. P. Bellón se centra en el análisis del libro, cuyo argumento básico es la idea de evolución progresiva no unidireccional, que afecta tanto a la perspectiva universal (origen del hombre fruto de la creación divina, según resultado de “una fe razonada”) como a la nacional-regional (prehistoria peninsular), destacando la existencia de “la Cultura Hispánica o Arte Hispánico, como última manifestación implícita de independencia de nuestro genio nacional” (p. CLXXV).

El último gran apartado del estudio preliminar de J. P. Bellón hace referencia a “los iberos y los nacionalismos en España” (pp. CLXXIX y ss.) entre el siglo XIX y el XX, en el marco del ascenso de los nacionalismos periféricos en los primeros decenios del siglo XX y del enfrentamiento entre los planteamientos ideológicos del “iberismo” y del “celtismo”, que se impondrá finalmente con el triunfo del franquismo, en los planteamientos –por ejemplo– de las teorías panceltistas de Julio Martínez Santa-Olalla. Asimismo apunta J. P. Bellón el uso de la imagen de *Tartessos* en los primeros decenios del siglo XX para la conformación de la teoría política de Blas Infante en su *Ideal Andaluz* (Sevilla, 1915) (p. CCXI), aunque ésta aparece más claramente definida y con un empleo más activo de la arqueología tartésica, como clave de desciframiento de lo andaluz, en sus *Fundamentos de Andalucía*, que quedaron inéditos a su muerte en 1936 (*cf.*, J. Beltrán, “Nacionalismo andaluz y arqueología. La figura de Blas Infante, ‘padre de la patria andaluza’”, *Revista de Historiografía*, 17, 2013, pp. 47-64).

El concienzudo estudio preliminar de J. P. Bellón se ha hecho dentro de la línea de trabajo en historiografía arqueológica que se desarrolla en el instituto universitario de investigación en arqueología ibérica de la Universidad de Jaén, y se ha consultado (aparte de la bibliografía recogida en las pp. CCXLI-CCLXIV) los fondos documentales del Instituto Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez Acosta de Granada, así como del archivo de la Fundación Menéndez Pidal. Se cierra el volumen con el habitual índice onomástico.

JOSÉ BELTRÁN FORTES

F. J. GONZÁLEZ PONCE, F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, A. L. CHÁVEZ REINO (eds.), *La letra y la carta: descripción verbal y representación gráfica en los diseños terrestres grecolatinos. Estudios en honor de Pietro Janni*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá - Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla, 2016, 374 pp.

Con motivo de la celebración del octogésimo aniversario del profesor Pietro Janni, sale a la luz este libro, que inaugura, igualmente, la colección monográfica de la asociación internacional *Geography and Historiography in Antiquity* (GAHIA).

Tal como explican los editores científicos, el volumen se estructura en cuatro partes. La primera de ellas, titulada “Letra vs. Carta: presupuestos básicos”, actúa a guisa de introducción y contiene un único trabajo firmado por A. Podossinov. En él, su autor presenta una reflexión sobre la contribución del profesor Janni a los estudios sobre la percepción geográfica en las culturas de la Antigüedad, haciendo hincapié en su interés por subrayar la tensión entre la representación verbal y la representación gráfica del espacio.

La segunda parte de la monografía aborda la temática “Tensión letra-carta en la literatura grecorromana”. La abre el profesor D. Marcotte con unas páginas dedicadas a Democedes de Crotona. Comisionado por Darío como *katáskopos* en tierras griegas, las observaciones de este galeno de la corte persa habrían quedado registradas en una *apographé*. Y, aunque los indicios conservados son muy escasos, tanto las concomitancias terminológicas como de contenido hablan de una clara vinculación entre este “inventario geográfico” de las costas helenas y los subsiguientes periplos. Cambiando de registro, R. Nicolai se interesa por la construcción del espacio en la poesía trágica. Sobre la base de algunos ejemplos, espigados, mayormente, entre los versos de Esquilo, este investigador muestra cómo en el teatro la geografía de los confines viene caracterizada por la indefinición y por la falta de indicaciones y medidas precisas, siendo estos territorios sede de relatos míticos. A continuación, S. Bianchetti aborda el *topos* de las Amazonas y sus distintos tratamientos en la historiografía clásica. De este modo, junto a la vulgata que nos transmite el encuentro, en clave amorosa, entre Alejandro y la reina de estas guerreras, estaría una tradición, de marcado cariz político-geográfico, en la que las Amazonas habrían funcionado como puente para identificar a Pompeyo con Alejandro y, por extensión, equiparar a todos los niveles las ramificaciones de sus conquistas orientales. Siguiendo con el monarca macedonio, F. J. Gómez Espelosín dedica su intervención a subrayar el contraste entre la visión global e integradora que Alejandro tendría de los territorios que iba conquistando, frente a aquella imperante en el imaginario colectivo de los hombres a su mando, de marcado carácter acumulativo y hodológico y envuelta en un halo épico de superación constante de obstáculos. L. Canfora, por su parte, vuelve sobre la figura de Simonidis, quien habría realizado una copia de un tratado de pintura del siglo XVII —obra del monje Dionisio de Furna— modificándolo intencionadamente para hacerlo pasar por un manuscrito bizantino del XIV. Las concomitancias entre esta copia y el Papiro de Artemidoro resultan, a su juicio, palmarias a la hora de demostrar la falsedad de este último documento. A continuación, M. Albadalejo Vivero abunda en el tema proponiendo una comparación entre las medidas estimadas por Artemidoro para el contorno costero de Iberia y las recogidas en el Papiro. A su entender, el conjunto de medidas manejado por el efesio corregía y mejoraba notablemente la propuesta cartográfica de Eratóstenes, siendo el más acertado y cercano a una imagen real de la península. Esta corrección no se observa, empero, en los datos proporcionados por el Papiro y resulta, en

opinión del autor, elemento de peso al entrar a valorar la autenticidad del mismo. En el capítulo siguiente, el texto de Diodoro sobre las satrapías (XVIII, 5-6) es objeto de análisis por parte de F. Prontera. Este investigador considera que el marco geográfico que se desprende de esta descripción se corresponde con un estadio temporal post-eratosténico, fechable en torno a la paz de Apamea –por la que Roma exigió, en 188 a. C. a Antíoco III el abandono de los territorios “a este lado del Tauro”– y que Diodoro habría tomado de una fuente tardo-helenística, quizás Posidonio. F. J. González Ponce evalúa, por su parte, el peso de la tradición periplográfica en el texto estraboniano. Una pormenorizada comparación entre este corpus y la *Geografía* le lleva a proponer a Eratóstenes como el principal intermediario y transmisor siendo, precisamente por ello, el de Cirene también responsable de la valoración altamente negativa que Estrabón tiene de muchos de estos testimonios, valoración que se explicaría en el marco de la crítica general que el de Amasia hace de su ilustre predecesor. Tomando como ejemplo el problema historiográfico de Tarteso, G. Cruz Andreotti presenta la necesidad de que todo acercamiento a las fuentes literarias geohistóricas pase por un enfoque crítico que destierre apriorismos esencialistas y tenga en cuenta los mecanismos procesuales en la construcción y descripción de las etnias en la literatura grecorromana. Por lo que respecta a la siguiente aportación, P. Moret presenta una exhaustiva recensión de las distancias que Plinio proporciona, en los libros III y IV, para *Hispania*, Galia e Italia. Acto seguido, a partir de su valoración y de la proposición de distintos procedimientos metodológicos para solventar las incongruencias y/o errores atribuibles a Plinio o a sus transmisores, traza un mapa virtual que vendría a recoger “la vulgata cartográfica” en tiempos augusteos. El dibujo resultante no permite elucidar, por el momento, el papel de Agripa en este diseño aunque sí descartar definitivamente a Estrabón y a Artemidoro como modelos del naturalista romano. S. Belfiore se detiene en la sección 54 del *Periplo del mar Eritreo*. A través de su comparación con la imagen que, del Sur de la India, ofrece la *Tabula Peutingeriana* y de las condiciones geohidrológicas del área de Kerala conjetura obviar la corrección propuesta por Müller (*GGM*, I, 1855) y restituir el texto original. Continuando con la problemática de la transmisión textual, K. Geus desarrolla en su artículo un doble objetivo. Por un lado, propone una reordenación del contenido del *Paradoxographus Vaticanus*; por otro, pone de manifiesto el principio hodológico que destila y que lo convierte en ejemplo de cómo los paradoxógrafos se sirvieron del criterio espacial para dotar de cohesión a la heterogénea materia que nutría sus composiciones. En la siguiente contribución, P. Counillon se centra en el difícil encaje entre geografía y poesía logrado por Dionisio en su *Periégésis*. Para ello, se detiene en la recuperación que el autor hace de determinados rasgos del género épico que convienen al relato geográfico y, de manera recíproca, en la capacidad del alejandrino para adaptar el lenguaje científico a las exigencias del hexámetro. A continuación, J. Desanges explora la oposición de los términos bajo (=inferior) y alto (=superior) en las descripciones geográficas de África en la literatura grecorromana y valora las distintas cargas, no sólo meramente descriptivas y de ubicación espacial, sino también ideológicas, que adquieren los términos en distintos contextos.

La tercera parte del volumen se titula “Otros testimonios extraliterarios” y está compuesta por dos trabajos. En el primero de ellos, H.-J. Gehrke pone de relieve cómo la red viaria ha de ser estudiada desde su vinculación con las *coloniae* y los miliarios como instrumentos de expresión de poder imperial, al tiempo que subraya la conexión de ambos elementos con los mapas mentales romanos. En el segundo, R. J. A. Talbert propone una nueva y sugestiva interpretación de la expresión *digito demostrem* empleada por Claudio

en su discurso ante los habitantes de *Lugdunum* en el Senado. Alejándose de la interpretación tradicional según la cual la frase reflejaría la gesticulación del emperador hacia los galos, defiende que ésta, en realidad, hace referencia al uso, por parte de Claudio, de un mapa sobre el que estaría señalando para ilustrar su argumento.

El colofón lo pone D. Dueck con una aproximación a la tradición medieval que se presenta como la cuarta parte de este homenaje. En ella, aplicando el criterio hodológico conceptualizado por el maestro Janni al léxico geográfico de Boccaccio, esta investigadora saca a relucir los ecos de Mela, Plinio, los poetas latinos y las Sagradas Escrituras en el mundo pergeñado por el genial literato renacentista.

Terminado ya el recorrido por los contenidos del volumen reseñado, un doble apunte se impone como cierre a estas páginas. En primer lugar, es de justicia hacer mención al notable esfuerzo realizado por los editores científicos de la obra y por todos los investigadores cuyas firmas integran el índice de la obra. El cuidadoso diseño, la esmerada presentación y la alta calidad científica de los contenidos auguran un futuro más que notable a esta colección monográfica y a su sostén científico: la asociación internacional *Geography And Historiography In Antiquity* (GAHIA). En segundo lugar, no podemos sino sumarnos al respeto y la admiración demostrado por todos los participantes en este homenaje hacia el profesor Janni y al reconocimiento público de la deuda que, para con sus escritos, tenemos contraída todos aquellos que, en mayor o menor medida, hacemos de la geografía antigua nuestro objeto de estudio.

ENCARNACIÓN CASTRO-PÁEZ

J. M. JIMÉNEZ DELGADO, *Sintaxis del Griego Micénico*, Editorial Universidad de Sevilla, 2016, 264 pp.

Han pasado 65 años desde que Michael Ventris anunciara que la lengua de las tablillas escritas en lineal B era griega, una afirmación que terminaría dando lugar un año más tarde, en 1953, y en colaboración con John Chadwick al famoso “Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives” (*JHS* 73, 84-103). Desde entonces, las publicaciones sobre el que en los años siguientes al desciframiento dio en llamarse griego micénico crecieron exponencialmente, espoleadas, además, por hallazgos de nuevas tablillas acaecidos con cierta regularidad. Sin embargo, a pesar de valiosísimos manuales como los de Vilborg (1960), Bartoňek (2003) o Bernabé y Luján (2006) y de numerosos artículos de investigación, lo cierto es que la bibliografía dedicada expresamente al estudio de la sintaxis del griego micénico no es tanta, en comparación, y la existente o bien trata sobre cuestiones precisas, o bien forma parte de volúmenes con objetivos más generales. Así lo reconoce el autor al comienzo de este magnífico libro, en una exhaustiva recopilación de los títulos más relevantes publicados al respecto, que constata su dominio sobre el tema. Estamos ante la primera sintaxis del griego micénico. Su artífice, José Miguel Jiménez Delgado, profesor de griego antiguo en el departamento de Filología Griega y Latina de la Universidad de Sevilla, es autor, además, de casi una treintena de publicaciones sobre lingüística griega, especialmente sintaxis, de las que una buena parte atañe al micénico. A él se debe, también, el taller de griego micénico que, con el patrocinio de la Sección de Sevilla-Huelva de la SEEC, se ha venido celebrando anualmente entre los meses de noviembre y diciembre y que el año pasado alcanzó su cuarta edición.

Ya desde las primeras páginas queda en evidencia que el autor no sólo posee un profundo conocimiento en la materia, sino la voluntad de ser pedagógico. El volumen abre con una breve introducción en la que se adelanta la estructura general del libro y se explican las directrices seguidas en la útil transliteración al griego alfabético de los textos citados. A continuación, un capítulo de generalidades enumera, como decía antes, las publicaciones más importantes sobre la sintaxis del griego micénico aparecidas hasta la fecha y describe las principales dificultades de su estudio, las particularidades del *corpus* emanadas del propio sistema de escritura y de la naturaleza administrativa de los textos. En lo restante, el autor procede siguiendo el esquema tradicional en un manual de sintaxis. Los capítulos II a IV estudian la sintaxis nominal, los accidentes gramaticales de número, género y caso, la concordancia, la determinación, la sustantivación y la clase pronominal. Son especialmente interesantes, por las implicaciones de estos fenómenos en la historia posterior de la lengua, las páginas dedicadas al uso del dual en micénico (pp. 29-32), como indica el autor, aún consistente, pero con incipientes síntomas de la futura sustitución por el plural acaecida en el griego del primer milenio a. C. (concordancia de sustantivos en dual con adjetivos en plural, por ej. en KN Sd 4415.b, o uso del plural por dual, en PY Ub 1318.1, Ub 1318.3 ó KN Ai 739.1); también, aquellas en las que se examinan las implicaciones de la ausencia del artículo, tanto en la caracterización de las posiciones atributiva y predicativa (pp. 42-44), quizá marcadas mediante el orden de palabras (en PY Sh 736 y Ep 539.5), como en lo que respecta a los supuestos casos de sustantivación, que pueden reinterpretarse como elipsis de sustantivos (en PY Ea 803, Ep 704.7 y Es 644.2). El autor finaliza esta sección sopesando las posibilidades de que aún siguieran existiendo de manera autónoma y funcional los antiguos ablativo, locativo e instrumental (pp. 86-91) mediante el análisis de algunas formas que por su contexto sintáctico son susceptibles de ser interpretadas como restos de aquellos casos. Por ejemplo, los nombres temáticos de meses terminados en *-o* con los que se fechan algunas tablillas pueden analizarse como ablativos, pero, aclara el autor, también como genitivos de tiempo o, incluso, nominativos de rúbrica. El manual continúa con un capítulo dedicado al estudio de la sintaxis de adverbios, preposiciones, partículas y conjunciones subordinantes. En él destaca el minucioso análisis de las preposiciones (pp. 114-127), en el que, tras esbozar algunas particularidades de su uso en micénico (por ejemplo, que el régimen generalizado sea el dativo, exceptuando *a-pu* y *e-ne-ka*, construidas con genitivo, y *pe-da*, con acusativo), se detallan los sentidos propios y derivados de las documentadas en las tablillas, comparándolos frecuentemente con los conocidos en el griego del primer milenio e indicando los casos en los que aquellas preposiciones aparecen en composición o en usos adverbiales. Es igualmente exhaustivo el estudio de las partículas (pp. 128-146) aparecidas en los textos, en concreto, *-de*, *-jo/-o*, *o-de-qa-a<sub>2</sub>/o-da-a<sub>2</sub>/o-a<sub>2</sub>*, *-qe* y *o-u-qe*, donde se procede del mismo modo, determinando los valores con los que son usadas y estableciendo comparativas con su uso en el griego alfabético. En los capítulos VI y VII se trata de la sintaxis del verbo en micénico, esto es, de los accidentes de voz, aspecto, tiempo y modo (pp. 149-172), y de las formas no personales (pp. 173-184). Entre otras muchas cuestiones, se analiza en estas páginas el uso impersonal de la tercera persona (por ej. en PY Tn 316), la heredada indiferencia a la voz del tema de perfecto (en KN Ak 611.1 ó L 871.b), que convive con el incipiente uso de las desinencias medias en los participios de este tema para expresar la diátesis pasiva (en PY Ta 641.1 ó KN So 4429.a), o la posibilidad de que secuencias como *pe-re-ke* (en KN L 520.1) y *wo-ke* (en KN L 698.3 y PY Sh 736) reflejen aoristos pasivos, un hecho que haría retrotraer la aparición de esta forma al



segundo milenio. El libro finaliza con dos capítulos dedicados a la sintaxis oracional (pp. 185-192) y al orden de palabras y la elipsis (pp. 193-205), respectivamente.

En todos los casos el profesor Jiménez Delgado acompaña su exposición de pertinentes referencias a bibliografía especializada y a aquellas tablillas en las que se documenta el fenómeno en cuestión, como explicaba antes, transliterándolas a continuación al griego alfabético y proponiendo una traducción. Debido a la conocida mala adecuación de la lineal B al griego, muchos de los textos mencionados son susceptibles de ser analizados desde varias perspectivas y de recibir distintas interpretaciones. Estas posibilidades son siempre tenidas en cuenta y sopesadas por el autor.

El volumen contiene tres útiles índices: el primero, de palabras, está dividido en cuatro secciones dedicadas, respectivamente, a las formas citadas en griego micénico, griego del primer milenio, antiguo indio y raíces indoeuropeas; en el segundo se enumeran los textos citados en otras tres secciones, según pertenecieran al griego micénico, al literario o a textos epigráficos; el último recoge las materias tratadas en el manual.

En resumen, el profesor Jiménez Delgado tiene el mérito de haber compilado en este libro la primera sintaxis del griego micénico, un estudio que, aun siendo minucioso y documentado, es claro y pedagógico, razones por las que no sólo resulta recomendable para los especialistas en micenología, sino accesible a cualquier interesado en la historia de la lengua griega.

FRANCISCO RODRÍGUEZ GARCÍA

T. KAUFMAN, *Notes on the Decipherment of Tartessian as Celtic*, Washington D. C., Institute for the Study of Man, Inc. (Journal of Indo-European Studies Monograph Series, nº 62), 2015, 526 pp.

La lengua tartesoturdetana es una lengua indígena del suroeste de la Península Ibérica de documentación fragmentaria. De ella conservamos unas noventa inscripciones, denominadas tartesias por ser anteriores al periodo turdetano, escritas con un semisilabario creado a partir del alfabeto fenicio y la mayor parte procedentes del sur de Portugal, además de algunos grafitos contemporáneos a estas, una larga serie de topónimos y una serie no tan larga de antropónimos documentados en fuentes grecolatinas, amén de en inscripciones y amonedaciones generalmente en escritura y lengua latina. Los problemas para su interpretación son muchos y, desde un punto de vista lingüístico, derivan fundamentalmente de la apariencia no indoeuropea de lo conservado.

No obstante, desde hace unos años ha surgido una corriente interpretativa de las inscripciones tartesias que ha querido ver en ellas una lengua indoeuropea de la familia céltica. Esta corriente fue iniciada por John Koch, dentro de una visión más amplia que considera la cultura celta una cultura configurada en la fachada atlántica del oeste de Europa, cf. J. Koch, *Tartessian: Celtic in the South-west at the Dawn of History*, Aberystwyth 2009, y *Tartessian 2: The Inscription of Mesas do Castelinho. ro and the Verbal Complex. Preliminaries to Historical Phonology*, Oxford 2011. El libro que aquí se reseña es continuación de dicha corriente y, de hecho, su autor pretende corroborar y corregir la lectura de las inscripciones en cuestión desde el punto de vista céltico. En este sentido, debe señalarse que la interpretación de la lengua de las inscripciones tartesias

como una lengua celta parte, en primera instancia, de una serie de estudios hechos por José Antonio Correa hace más de veinte años. El profesor Correa encontraba en estas inscripciones algunos antropónimos indoeuropeos y apuntaba la posibilidad de interpretar algunos elementos como propios de una lengua indoeuropea, cf. J. Correa, “Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del SO. (o tartesia)”, *Veieia* 6 (1989), pp. 243-252, y “La epigrafía tartesia”, en D. Hertel y J. Untermann (eds.), *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter*, Köln 1992, pp. 75-114. No obstante, el propio Correa ha insistido posteriormente en que dichos antropónimos son probablemente exógenos y que si aquellos elementos son realmente indoeuropeos, ello supondría que la lengua en cuestión habría sufrido una evolución fonético-fonológica desconocida en otras lenguas indoeuropeas contemporáneas. Y es que lo primero que debe decirse de este pequeño corpus epigráfico es que se trata de un corpus muy antiguo, fechable entre los siglos VIII/VII-V a. C. No obstante, el libro objeto de reseña apuesta por la hipótesis celta y acepta, a pies juntillas, que la lengua de las inscripciones tartesias sería una lengua céltica con una evolución temprana comparable en muchos aspectos con la del antiguo irlandés, el bretón o el galés, lenguas de documentación mucho más tardía. Sería, por tanto, una lengua en muchos aspectos más evolucionada que otras lenguas célticas más cercanas en el tiempo, especialmente el celtibérico, documentado en la Península Ibérica en los siglos II-I a. C. y con el que no estaría relacionado.

El libro presenta la siguiente estructura por capítulos: introducción; celticidad del tartesio; sistema de escritura tartesio; cuestiones metodológicas; características lingüísticas; clasificación dentro de las lenguas célticas; una serie de capítulos breves sobre todo tipo de cuestiones (otros desciframientos del tartesio como lengua céltica, topónimos y antropónimos transmitidos en fuentes grecolatinas; elementos precélticos y “paravasco”; nombres, etc.); textos transcritos y analizados; vocabulario; reconstrucción de las raíces indoeuropeas para ‘lobo’ y ‘zorro’ (!); abreviaciones; bibliografía.

En estos capítulos se mezclan una serie de secciones totalmente peregrinas y difíciles de justificar, que dan la sensación de que el autor, al que no se le pueden negar conocimientos muy amplios, aplica todo aquello que piensa podría apoyar sus hipótesis. Llaman especialmente la atención las dedicadas a la reconstrucción del nombre fenicio de las letras del alfabeto (3.1), a la influencia morfosintáctica del egipcio reciente sobre las lenguas antiguas de la cuenca del Mediterráneo (5.5.2) o al elemento toponímico -uba (8.3), que nada tiene que ver con las inscripciones. Especialmente llamativo resulta el último capítulo en el que, a modo de epílogo, ofrece unas reflexiones personales sobre los motivos que le llevaron a estudiar el tartesio, incluidas sus relaciones familiares con ancestros provenientes de zonas de cultura céltica. Este tipo de comentarios personales aparecen aquí y allá, y si la mayoría versan sobre cómo el autor ha llegado a determinadas conclusiones o a dedicarse al estudio de las lenguas célticas o de las inscripciones tartesias, están fuera de lugar en una obra de carácter científico.

Por otro lado, debe advertirse que las transcripciones que se ofrecen en el libro son peculiares, pues, en contra de la práctica común, se separan los valores de los signos mediante guiones, no se tiene en cuenta la redundancia vocálica y se proponen nuevos valores para algunos signos. Por ejemplo, la transcripción habitual de **u-a-r-bo-o-m4-i** es **uarb<sup>o</sup>o-Ṣi**. Todavía más llamativas resultan las notaciones de los fonemas, recogidas en pp. 512-513; a título de ejemplo, se emplea kv en lugar de k<sup>w</sup>, b<sup>o</sup> en lugar de b<sup>h</sup>, 9 en lugar de η / ng, etc.

Con todo, el principal problema de este libro, y de los intentos de interpretar el tartesoturdetano como una lengua céltica, son los retruécanos metodológicos que hay que hacer para dotar los escasos datos con que contamos de apariencia céltica. Las principales críticas a esta corriente interpretativa se han centrado, como el propio autor reconoce en pág. 59: en lo evolucionada que estaría la lengua si fuera céltica, por ejemplo, la secuencia **ri-no-e-bo-o** se leería /ri: noibo/ a partir de proto-céltico *\*friyo-newiyo-bos* ('for the free new/young ones'), **u-a-r-bo-o-m4-i** /warbomi[nei/ a partir de *\*ufer.am.o-mig-ne-i* ('on the uppermost lip/edge'), **n-a-z-ke-e-n-<n>-a-i** /nazgen na:i/ o /nazgen (w)ai/ a partir de *\*en=ad=rig/seg-ent sinda:i* o *wai*, **u-(ti) BEY-a : i** /uti beya: i:/ a partir de *\*uti bey-a: i-:ns* ('so that I might strike them'), etc.; en lo extrañas que resultan las traducciones, véase abajo; en la falta de paralelos para los antropónimos que se proponen, como boudo=haro- 'warning-bestowal', bou-wiro- 'cow-man', kaz-nero- 'blame-hero', etc. Me gustaría añadir la extrañeza que provocan determinadas convenciones gráficas que se atribuyen al semisilabario tartesio para poder sostener determinadas interpretaciones, como la representación de /w/ con **u u o** cuando se conservaba, cf. **m3-u-tu-u-i-r-e** /mutwirei/ y **o-o-z-o-i-r-e** /ozwirei/, y de /y/ con **i o e**, cf. **a-z-a-i-u-i** /aza:yu:i/, **be-e-an** /beya:n(t)/ y **bo-o-ti-i-e2-a-na** /boudi=ya:na:/. No obstante, estos fonemas están bien documentados y su representación se realizaba fácilmente mediante el uso de **u e i** respectivamente, cf. **uarb\*an**, **uak\*<sup>e</sup>**, **uarb\*oiir**, **ioua-**, **t\*urk\*aiio**. Resulta llamativo que se afirme que /w/ se perdía en posición inicial y, por ejemplo, en **uarb\*an** se propone que la grafía es el resultado de la reducción de proto-célt. *ufer-* en /war-/ , prefijo que, a su vez, derivaría de PIE *\*uper-*, mientras que proto-célt. *\*ufo-*, de PIE *\*upo-*, se representaría como **o-**, cf. **o-te-e-r-ka-a** /oderka:/ a partir de *\*ufo=derk-a:* y **o-i-r-a** /owi:ra:/ a partir de *\*ufo=wi:ra:*. Totalmente innecesaria es la atribución de un sonido /z/ (¿"retroflejo"?) al signo que se transcribe convencionalmente como **í** a partir de una supuesta semejanza con la letra fenicia *zayin* y de un error de escritura en **naírke-** en lugar de **naírke-**, que, según el autor, indica una pronunciación retraída. Todavía más extrañeza causa la interpretación de determinados signos como logogramas, especialmente del signo [ **Ⓓ** ] que, según el autor, se creó a partir de la letra fenicia *pē* [ **Ⓔ** ] y que interpreta como BEY, logograma con el significado de 'to smite' usado como la correspondiente raíz verbal (!). Profundamente sorprendentes resultan las traducciones que se proponen para los textos de las inscripciones. Para la mayor parte de ellas no hay contexto arqueológico, pero en algún caso parece que el contexto era de tipo funerario. Se trata, por lo general, de inscripciones breves, por lo que si eran funerarias se esperaría la información habitual en estos casos: nombre del difunto, contexto familiar, edad y, opcionalmente, causa de la muerte y algún dato relativo a su vida o al enterramiento. Sin embargo, las traducciones reflejan formulaciones llenas de simbolismo, con numerosos anacolutos y braquilogías, que cuadran poco con lo que se observa en inscripciones funerarias de otros lugares, como las inscripciones ogámicas de los s. IV-VI d. C. procedentes de las Islas Británicas, cuya formulación suele ser muy simple, tipo ANM X MAQI Y (Nombre X hijo de Y), X CELI Y (X seguidor de Y), X KOI MAQI MUCOI Y (aquí yace X hijo de la tribu Y), etc. Véase, por ejemplo, la traducción de J.17.2 "with a hen I bequeathe a dwelling | it has borne | they are burying" (igual de oscura resulta la traducción de Koch: "Invoking the divine ?Kuiarairi: ... [the grave] has received. They are bound, unmoving"). Lo mismo puede decirse de las de carácter supuestamente honorífico, tipo en el que se suele identificar a la persona, divinidad o entidad honrada, sus virtudes y al oferente. Nada más lejos, como puede verse, por ejemplo, en la traducción de J.10.1: "whenever you have plowed

back (and) forth | whenever he should drive down under | you smite back down | with/in a lion-like/related one/place you have reproached | he/it was plundering (OR used to plunder) in backward | I stand”.

Corresponde a los expertos en lenguas célticas evaluar la gran cantidad de datos que en relación con estas se ofrecen y su verosimilitud. A mí me gustaría terminar mi recensión recordando que el contexto y las características lingüísticas del tartesoturdetano apuntan, sin duda, a una lengua no indoeuropea o, como poco, no céltica. El propio autor llega a reconocer que el semisilabario tartesio fue creado por gentes de lengua no indoeuropea, como evidencia la toponimia turdetana. Sin embargo, considera que la lengua de esas gentes, a la que denomina “hipónico” (por los topónimos en *-ippo*), estaba emparentada con el vascoaquitano (!) y que se vería sustituida por la lengua céltica documentada en las inscripciones a partir del s. VIII a.C. Efectivamente, en la zona se han producido movimientos de población reflejados por las fuentes y por la toponimia (recuérdese a los *Celtici* situados en la Beturia o topónimos como *Lacobriga*, *Mirobriga*, *Nertobriga* o *Turobriga*). Pero nada apunta a la presencia de una lengua vascoaquitana en el suroeste de la Península Ibérica, así como también se observan diferencias claras con la zona lingüística ibérica de la mitad oriental de Andalucía y el Levante y con la zona indoeuropea del centro de la Península y de Lusitania. En este sentido, la toponimia y la antroponimia tartesoturdetanas presentan características propias y bien definidas. José Antonio Correa ha observado cómo en las series toponímicas y antroponímicas tartesoturdetanas se observan características lingüísticas específicas que las separan del ibérico (y del vascoaquitano), cf. J. Correa, “Identidad, cultura y territorio en la Andalucía prerromana a través de la lengua y la epigrafía”, en F. Wulff y Manuel Álvarez (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Sevilla-Málaga 2009, pp. 273-296, y *Toponimia antigua de Andalucía*, Sevilla 2016. Algunas de estas características son la presencia de la aproximante /w/, cf. top. *Aspauia*, *Bursauo*, *Ventipo*, antrop. *Velaunis*, *Velgana*, **uekoeki**; los grupos *muta cum liquida*, cf. top. *Abra*, *Baedro*, *Cedrippo*, *Ilipla*, *Ipagram*, antrop. *Ildróns*; la aspiración, tanto inicial, cf. top. *Hasta*, *Hispal*, como tras consonante, cf. antrop. *Chilasurgun*, *Insghana*, *Irthi*; la presencia de la nasal bilabial /m/, cf. top. *Carmo*, *Maenuba*, *Munda*, *Munigua*; la presencia de /p/, contraria a la celticidad de la lengua, caso de los topónimos en *-ippo* o de *Astapa*, *Epora*, *Ipolcobulcula*, *Salpensa*, *Vrgapa*; así como la ausencia de *d-*, *g-* y *p-* iniciales (los top. *Detumo* y *Detunda* serían el resultado de una disimilación *t...t > d...t* y el top. *Paisoûla*, documentado por Ptolomeo, probablemente un error por *\*Baesula vel sim.*). Otras características son difícilmente indoeuropeas, como los topónimos terminados en *-i*, cf. *Arucci*, *Iptuci*, *Ossigi*, *Sosontigi*, *Vcubi*, así como los antropónimos documentados en la ceca de Porcuna **bekoeki** (probablemente forma iberizada de **uekoeki**), **šibibolai**, **sikaai**, **tuitubolai** y **urkailbi** (o **urkailtu**) al igual que **kankinai** de una ceca desconocida y tartesio **b<sup>e</sup>etisai**, si se trata realmente de un antropónimo; el prefijo *ili-*, cf. *Ilipa* e *Ilipula*, así como antrop. *Ildróns*; los antropónimos y topónimos terminados en *-t* como antrop. *Venet*, top. *Callet*, *Osset*, *Lascut*; la falta de flexión de muchos antropónimos en fórmulas latinas como *Vrchail Atitta f(i)lius* o *Igalghis Ildróns f(i)lius*, donde *Atitta* e *Ildróns* no cambian su forma a pesar de funcionar como genitivos sintácticamente; etc. Es cierto que es difícil contrastar esas características en los textos de las inscripciones conservadas, así como que buena parte de la toponimia y la antroponimia de la zona del sur de Portugal y la Beturia céltica es indoeuropea en época turdetana. Pero también lo es que los antropónimos documentados en la ceca de *Salacia* (Alcácer do Sal), donde se usa un sistema gráfico derivado del semisilabario

tartésio junto al alfabeto latino, son claramente tartesoturdetanos, caso de *Candnil* (con una acumulación de consonantes visible, por ejemplo, en el antropónimo *Icstnis*, documentado en Torreparedones, *Binsnes*, documentado en La Rambla, y en el gentilicio *Castlosaic*, derivado de **kaštilo**), *Odacis* (cf. **otakiis** u **otatiis** en una moneda procedente de Porcuna), *Sisbe*, *Siscra*, *Sisucurhil* (estos tres con un elemento inicial *sis-* presente en *Sisirem*, en una moneda de Porcuna, *Sisanna*, documentado en Belalcázar, *Sisean* o *Siseanba*, en Torreparedones, *Siseia*, en Cazlona; *Sisucurhil* contiene un grupo consonántico presente en *Urhela*, antropónimo documentado en Belalcázar), como probablemente también lo sea el nombre de la ceca, que aparece como **+beuibun** y que, aunque la interpretación del signario es dudosa, se puede relacionar con los topónimos en *-ippo*. Por lo demás, es muy difícil extraer datos lingüísticos claros de las inscripciones tartesias, pero lo que se observa no parece indoeuropeo (véanse las características lingüísticas apuntadas por Jürgen Untermann en *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Bd. 4. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997), caso de los antropónimos terminados en *-oir*, cf. **oofoir**, **soloir**, **uarb<sup>o</sup>oiir**, o en *-ea*, cf. **b<sup>o</sup>ot<sup>i</sup>iea**, **nemunt<sup>u</sup>urea**, **saruneea**, **šut<sup>u</sup>uiirea**; del final de antropónimos como **aark<sup>u</sup>uioir**, que podría relacionarse con *Arquius*, **aiburis**, cf. *Aebura*, o **uursaar**, cf. *Vrsius*, *Vrsacius*; del sufijo de **t<sup>i</sup>irt<sup>o</sup>osne** (**t<sup>i</sup>irt<sup>o</sup>os** es un antropónimo probablemente indoeuropeo, véase también **ak<sup>o</sup>osioš** / **ak<sup>o</sup>olioš**, **anb<sup>a</sup>atia** y **t<sup>u</sup>urk<sup>a</sup>aio**), cf. **rok<sup>o</sup>olione**, **ert<sup>a</sup>aune**, **li<sup>r</sup>niene**; o de lo que parece una forma verbal propia de una fórmula funeraria y que presenta diversas alternancias de significado desconocido, **na<sup>r</sup>k<sup>e</sup>ent<sup>i</sup>**, **na<sup>r</sup>k<sup>e</sup>enii**, **na<sup>r</sup>k<sup>e</sup>eii**, **na<sup>r</sup>k<sup>e</sup>enai**, **na<sup>r</sup>k<sup>e</sup>en**, **na<sup>r</sup>k<sup>e</sup>e**, a la que se ha atribuido carácter indoeuropeo a partir del final en *-nti*, si bien los finales **-nii**, **-ii**, **-nai** y **-n** son difíciles de relacionar con la morfología verbal indoeuropea. En ocasiones, aparecen elementos que podrían ser indoeuropeos, como el final **-on** de lo que parecen antropónimos, cf. **b<sup>a</sup>aruai<sup>o</sup>n**, **ju<sup>r</sup>nib<sup>e</sup>lison**, **t<sup>a</sup>ariel<sup>o</sup>n**, **t<sup>a</sup>alain<sup>o</sup>n** (¿cf. *Talaus?*), pero no son fáciles de interpretar desde una óptica indoeuropea.

En definitiva, si bien es lícito tratar de interpretar los textos de las inscripciones tartesias a partir de un sistema bien conocido como es el de las lenguas célticas, debemos resignarnos y reconocer que, dadas las limitaciones del corpus, lo más probable es que este refleje un sistema lingüístico que, con los datos de que disponemos hoy en día, no es relacionable con ninguna de las demás lenguas que conocemos.

JOSÉ MIGUEL JIMÉNEZ DELGADO

E. KAVANAGH, *Estandartes militares en la Roma antigua. Tipo, simbología y función, Anejos de Gladius* 16, CSIC-Polifemo, Madrid, 2015, 640 pp. + CD Rom.

Exhaustivo. Esa esa es, en mi opinión, la palabra que mejor define el libro sobre los estandartes militares romanos del que es autor Eduardo Kavanagh. Fruto de una Tesis Doctoral, la monografía se presenta dentro de *Anejos de Gladius*, que se ha convertido en una serie de referencia con sus trabajos consagrados a aspectos de historia militar en el mundo antiguo. El autor utiliza con competencia la documentación literaria, epigráfica y numismática, así como los datos aportados por la arqueología, especialmente desde el punto de vista iconográfico. El arco cronológico abarca toda la época romana, desde el período republicano hasta el bajo imperio, lo que permite una visión en perspectiva de este tipo de elementos, tan importantes para los ejércitos de todos los tiempos

y, como se ha dicho, buscando la exhaustividad. Este amplio marco cronológico, la cantidad de documentación disponible, no exenta de problemas, y los propios objetivos del estudio, nos sitúan ante una obra ambiciosa, llena de información y de la que se puede aprender mucho. Es tal la variedad de los aspectos tocados, que son abundantes los apartados dedicados a conclusiones parciales, que permiten ir recapitulando y procesando la información.

El libro comienza con un análisis terminológico (capítulo I) en el que se analizan las complicaciones derivadas de la polisemia y la aparente ambigüedad de algunos de los términos utilizados por los romanos para designar a los estandartes militares, especialmente *aquila* o *signum*, que parecen ser los más problemáticos a la hora de ser definidos con precisión. A continuación (capítulo II), se hace un análisis pormenorizado de los estandartes de tipo simbólico dentro del ejército romano (*aquila*, *imago*, estandartes zoomorfos, *simulacrum* y, ya en el siglo IV, *labarum*). En general se sigue un esquema de exposición fijo, que estudia el origen y la evolución tipológica y cronológica de cada estandarte, acompañada de dibujos y tablas temporales para ilustrar mejor estos aspectos y de un repaso a los ejemplos conservados o documentados de cada uno, así como su encuadramiento dentro del ejército. Además, el autor aborda la problemática historiográfica que va unida a todos estos términos. En el caso del *aquila*, por ejemplo, revisa su consideración por parte de algunos autores como un elemento táctico y no simbólico, el problema de la disolución de la unidad en caso de pérdida, y su naturaleza totémica y apoteósica, ligada al emperador con el tiempo. Del mismo modo, se para en diversos aspectos relativos a las *imagines* o efigies imperiales y su valor diferente ya fueran exentas o estuvieran en el interior de un *signum* (una situación que también se documenta en el caso de las *aquillae*), realizando un notable esfuerzo en el estudio de la evolución cronológica de este tipo de estandartes, en la cuestión del idealismo o el realismo de los retratos imperiales que representaban, su valor como elementos sagrados y su posible incompatibilidad con el cristianismo, desapareciendo en el s. IV, quizás sustituido por el *labarum*, también analizado en el libro.

Los capítulos III y IV se centran en los estandartes que tuvieron un carácter eminentemente táctico (*signum*, *draco*, *uexillum*, *cantabrum* y otros). Es especialmente interesante el análisis del *draco*, el estandarte con cabeza metálica de serpiente y manga de viento que los romanos adoptaron de pueblos enemigos (sármatas o persas, no está del todo claro), posiblemente en el s. II, y que pervivió hasta finales del imperio, siendo utilizado tanto en la caballería como en la infantería, y que podían indicar la presencia del propio emperador cuando eran purpúreos. Posteriormente se examina el *uexillum*, su origen, evolución, sus diferentes tipos (hasta once) y, de nuevo, su encuadramiento en un número variado de unidades, su función y su simbolismo. El capítulo IV, por su parte, repasa los elementos de los estandartes compuestos (moharra, tridente, mano, águila, creciente, animales diversos, borla, centella, corona, fálera...). En todos ellos, como ya se ha dicho, el autor revisa toda la documentación escrita y arqueológica y aporta dibujos y tablas cronológicas para poder seguir mejor la evolución de los diversos elementos y sus tipos, haciendo alusión al posible significado simbólico que también pudieron tener, como sucede en el caso de la mano, el creciente o la fálera, interpretados de diversa manera según los investigadores.

Tras el extenso examen de los tipos de estandartes y sus elementos, el autor pasa a estudiar otros aspectos relativos a los estandartes romanos. Por una parte, su número, distribución y función dentro de las diversas unidades militares, en las legiones, *alae* y los

diversos tipos de *cohortes* de caballería, infantería y pretorianas (capítulo V), para tratar posteriormente el lugar que ocupaban estos estandartes dentro de los campamentos (capítulo VI), bien custodiados en una *aedes* o *sacellum*. El capítulo siguiente (VII) aborda la cuestión no sencilla del culto a las enseñas, haciendo hincapié en una serie de ideas para demostrar este hecho, como la consagración de los estandartes antes de su uso, su presencia en todos los rituales religiosos llevados a cabo por la unidad, el *sacramentum* que los reclutas debía realizar ante ellas, su custodia en una *aedes*, la celebración de su aniversario o *dies natalis*, su protagonismo en prodigios que indicarían su capacidad para transmitir la voluntad de los dioses o su naturaleza divina *per se*, especialmente en el caso de la *imago* imperial. Si el carácter sagrado de los estandartes parece evidente, en mi opinión, no todos los argumentos expuestos por el autor implican necesariamente un culto a los mismos, aunque, de nuevo, el tratamiento del problema es impecable.

A continuación, el trabajo se centra en el lugar que estos estandartes tendrían durante las batallas, exponiendo diversas hipótesis y llegando a la conclusión de que debió producirse una evolución temporal, aunque lo que parece claro es que se encontraban en una posición cercana al enemigo, a juzgar por las bajas, documentadas en las fuentes literarias, que se producían entre los portaestandartes. Con estos estandartes, se transmitían órdenes y se lideraba el ataque, complementados probablemente por las órdenes sonoras, ya fuesen a voces o a través de instrumentos musicales. De cualquier modo, la función táctica de los estandartes sería tan importante que su pérdida no sólo significaba un golpe a la moral y una humillación, sino que también disminuía la capacidad de maniobras de la unidad en cuestión. Por este motivo, la figura del portaestandarte, tratada en el cap. IX, se antoja fundamental dentro del ejército. *Signifer, aquilifer, imaginifer, uexillarius*... Todos ellos se distinguían jerárquica y visualmente del resto de los soldados, llevando una indumentaria peculiar, con elementos característicos (gorros, pieles, cascos...), así como elementos para poder sujetar mejor el estandarte que les estaba confiado.

En fin, el capítulo X intenta hacer una síntesis con las conclusiones principales de la obra, algo tremendamente complicado debido a la gran cantidad de aspectos tratados en ella y la riqueza documental en la que se basa el estudio y que se vislumbra en la amplia bibliografía utilizada y en el impresionante corpus de imágenes con sus correspondientes fichas explicativas contenidas en el CD Rom que acompaña a la publicación.

Sin duda estamos ante un libro imprescindible dentro de la temática que aborda y que tardará mucho tiempo en ser superado.

JOSÉ CARLOS SAQUETE

Y. LE BOHEC (editor general), *The Encyclopedia of the Roman Army*, Hoboken, NJ, Wiley - Blackwell, Malden MA - Oxford, 2015, 3 vols., LX + 1153 pp.

Una obra monumental, sin duda, esta enciclopedia del ejército romano de más de 1200 páginas a dos columnas distribuidas en tres volúmenes. El editor general, Le Bohec, es profesor emérito en La Sorbona, reconocida autoridad en el tema y bien conocido por el público español y no solo por los profesionales gracias a la traducción al castellano de algunos de sus libros (*El ejército romano* o *Breve historia de la Roma antigua*). Coordinados por él han trabajado en la organización de estos tres volúmenes cinco *associate*

*editors*, también prestigiosos investigadores: G. Brizzi, E. Deschler-Erb, G. Greatrex, B. Rankov y M. Redde. En la redacción de cada una de las entradas han intervenido, además de los ya señalados, más de ciento cincuenta especialistas de todo el mundo. La lengua única de toda la obra es el inglés.

En el primer volumen se suceden un índice general, las listas de entradas y de ilustraciones, la presentación de cada uno de los autores, un escueto *preface*, las abreviaturas y bibliografía, una cronología y un mapa con las defensas del Imperio. Por lo que respecta a esta parte y antes de tratar las entradas en sí, convendría resaltar el paupérrimo prefacio, que apenas cubre dos carillas y está dedicado fundamentalmente a explicar el éxito del ejército romano: solo los tres últimos párrafos, escritos presuntamente por Le Bohec, aclaran que primero redactó esta lista de entradas, después seleccionó a los editores y estos eligieron a los especialistas oportunos para cada uno de los lemas. Con otra advertencia sobre ciertos conceptos que, pese a ser anacrónicos, se han empleado por resultar útiles (*throne, crown, tribe*, etc.) y la indicación de que la obra es una enciclopedia y no un diccionario, por lo que no se han previsto entradas, por ejemplo, para cada batalla y cada militar de la historia de Roma, se da por finalizada la presentación del libro. Evidentemente, a lo largo de la lectura de este son muchísimas las preguntas que quedan sin contestar sobre los criterios editoriales que se han seguido en la selección y elaboración de cada parte. El siguiente apartado incluye básicamente abreviaturas de revistas, publicaciones, series y autores clásicos; de algunos de estos se concreta qué edición o traducción se ha seguido; de otros, nada. La bibliografía consiste en unas dos páginas de libros agrupados por temas: inútil comentar que se podría listar una amplísima relación de estudios que faltan aquí y que no se entiende muy bien el sentido de esta sección, que ni pretende obviamente ser exhaustiva ni servir para descargar de referencias pormenorizadas las entradas.

Cada una de las entradas está precedida, como parece lógico, por el nombre del investigador que la ha redactado y rematada por una serie de otros lemas relacionados con el tema tratado, unas *references*, que dan cuenta de obras citadas en el cuerpo del artículo y *further readings*. La presencia de estas últimas partes es notablemente irregular: hay entradas que presentan las dos, pero otras muchas cuentan únicamente con una u otra. La bibliografía en ambos casos está reducida al mínimo, unas tres o cuatro referencias en la mayoría de los casos y limitada generalmente a libros. Aun así y sin razón aparente, hay listados mucho mayores, como e. g. en *Iberian Peninsula* o *Cavalry e Infantry* durante el *Late Empire*, ambas de Philip Rance, en contraste con los mismos temas en *Republic* y *Principate*. Muchas entradas, en efecto, se dividen en *Republic*, *Principate* y *Late Empire*, lo que es no solo un acierto, sino en general absolutamente necesario. Los autores, por otra parte, parecen haber gozado también de amplia discrecionalidad en el manejo de las fuentes clásicas, puesto que en algunos casos se citan constantemente y en otros apenas se mencionan.

En general, la lista de entradas es bastante razonable y la inmensa mayoría está redactada con acierto y profesionalidad por un elenco de especialistas más que solvente. Citaría, por ejemplo, entre las mejores algunas de las fundamentales, habitualmente bien tratadas, como *Administration, Logistics, Training* o *Units* todas divididas en los tres períodos ya indicados. También destacan entre las que se ocupan de estudios más concretos *Civilian Settlements* o *Clothes*, por ejemplo. Hay algunas realmente curiosas, como *Biological and Chemical Warfare, Landing, Languages* (las dos) o *War Cry*; por otro lado,



quizá pueda parecer excesiva la atención otorgada a algunos objetos menores (*tribuli*) y no sé si es razonable que *litus Saxonicum* supere en extensión a *Punic Wars*. En varios casos, sin embargo, el desarrollo de las entradas es notablemente desigual: la batalla de *Alesia*, por ejemplo, está estudiada con bastante detenimiento en un largo artículo mientras que *Zama* aparece únicamente para remitir a las guerras púnicas. Quizá un personaje como Mario merecería un tratamiento más amplio y Pompeyo, claramente, una entrada propia. En general, se ha primado la presencia de yacimientos arqueológicos con restos de campamentos y otras construcciones militares romanas; los historiadores, en cambio, están agrupados en una entrada general.

Uno de los sentidos en los que esta enciclopedia es más irregular es en la presencia de ilustraciones, magníficas y numerosas en algunas entradas (e. g. *Camp, Defenses, Headquarters, Sword*), y completamente ausentes en otras en las que en principio hubieran sido muy deseables. Entre estas últimas figuran, por ejemplo, *Body Armor*, por lo demás magnífica, *Depictions (!)*, *Helmet, Rewards, Siege Warfare*.

Es una pena que, como se puede apreciar por determinados detalles, la labor de edición, en muchos sentidos encomiable, no haya conseguido más coherencia. La mayor parte de las ocasiones en las que alguien acuda a esta obra para buscar información sobre algún aspecto de la historia o el funcionamiento del ejército romano obtendrá un buen resumen y algunas referencias bibliográficas esenciales, pero no será del todo excepcional que en ciertas entradas apenas encuentre datos satisfactorios en uno u otro sentido.

La *Encyclopedia of the Roman Army* debe figurar sin duda en toda biblioteca especializada en Historia Antigua, Filología Clásica o Arqueología, pero, si se pretendía que fuera la obra básica y esencial de consulta sobre el ejército romano para estudiosos de estas ramas, hay que advertir que, a pesar del inmenso esfuerzo empleado en su realización, defraudará alguna que otra vez a quienes acudan a consultarla.

JUAN MARTOS

W. LIEBESCHUETZ, *East and West in Late Antiquity. Invasion, Settlement, Ethnogenesis and Conflicts of Religion*, Leiden-Boston, Brill, 2015, 477 pp.

Liebeschuetz emprende un singular recorrido a través de diferentes áreas temáticas unidas por el hilo conductor de la Antigüedad tardía. Ya desde los prolegómenos de su obra el autor advierte de los diversos temas que estructuran su obra, desde el ámbito de la gestión de residuos urbanos, hasta las luchas por el poder en el seno del primitivo cristianismo, pasando por el estado de las defensas en el *limes* del Danubio o la identidad cultural de los pueblos germanos. La separación entre el Imperio Occidental y el Oriental se establece a modo de línea divisoria principal en esta obra, entendida como un variado compendio de publicaciones, unidas siempre por el trasfondo de la Antigüedad tardía. La temática vuelve a fraccionarse en el interior de cada una de las dos partes. En lo que respecta a Occidente, el autor argumenta en primer lugar su opinión sobre el debate, en permanente revisión, de la crisis del siglo III, para pasar después a analizar las sociedades germánicas que se instalaron en el interior de las fronteras, incluyendo una amalgama de vertientes: la historiográfica, militar, económica, jurídica, antropológica y literaria. Para la segunda parte, el autor centra intensamente su atención en la provincia de Siria y su

entorno. Su análisis del dominio romano en la zona, la creación de organismos intermedios de poder, el asentamiento de pueblos nómadas foráneos y el impacto urbanístico en los principales núcleos urbanos irá seguido de una curiosa interpretación de las escuelas de comentaristas de la Biblia, del ascetismo y de la pervivencia pagana a través de las fuentes literarias. Como colofón, y ante la ausencia de un capítulo final que englobe las reflexiones de Liebeschuetz sobre las variadas cuestiones que trata, el autor prefiere llamar la atención sobre la necesidad de investigar la evolución del *limes* danubiano entre el siglo IV y el VI. La elección geográfica no es casual, ya que la zona balcánica se encuentra a medio camino entre Oriente y Occidente y, en base a ello, Liebeschuetz aprovecha para realizar un viaje cronológico que se inicia con Adrianópolis y culmina con la crisis de finales del siglo VI con la entrada de los ávaros. Así, el Danubio pasa a entenderse no sólo como límite geográfico entre dos grandes áreas cada vez más desvinculadas, sino también como frontera temática entre las dos secciones de la obra.

La perspectiva arqueológica, centrada en el análisis de las evidencias sobre la eliminación de residuos en las ciudades grecorromanas, domina el primer capítulo (pp. 3-18), en el que tampoco faltan reflexiones sobre las implicaciones que sobre la economía y el gobierno municipal tenía este fenómeno urbano. Los capítulos segundo y tercero (pp. 19-28 y 29-53) reflejan la opinión del autor acerca de la existencia de una crisis en el siglo III y la conveniencia de utilizar este concepto frente al de transformación. Liebeschuetz, en una línea similar a la de Alföldy y en clara contraposición a Strobel o Witschel, considera no sólo si existió tal proceso histórico, sino que ambos términos son correctos en tanto en cuanto se empleen como conceptos descriptivos y generalistas y no sugieran un modelo explicativo, imposible de aplicar. Tras el capítulo cuarto, en el que se exponen las consecuencias que este proceso tuvo en el medio rural, aún en un estado muy inicial de la investigación, el autor centra su atención en interpretar las evidencias sobre las tribus germánicas desde diferentes perspectivas. A lo largo de los capítulos quinto (pp. 66-84) a duodécimo (pp. 202-217), Liebeschuetz revisa las diferentes aportaciones que han contribuido a avanzar en el estado de conocimiento sobre las tribus que conforman la “sociedad bárbara”. Destaca, por ejemplo, el importantísimo papel que se atribuye entre los capítulos sexto (pp. 85-100) a noveno (pp. 151-166) a la etnogénesis de estos pueblos y a la pretendida existencia de un *corpus* de tradiciones y costumbres que los cohesionaban desde su interior. También cabe remarcar la discusión en torno al *habitus barbarus* que, en opinión del autor, no era sólo un tópico transmitido por las fuentes, o su reinterpretación de la *Getica* de Jordanes, que queda definida como la obra de un pesimista que actuó a modo de intermediario entre dos “naciones” –la romana y la goda– condenadas a entenderse. La primera parte concluye con la réplica de Liebeschuetz a la obra de Wickham (C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800* [Oxford, 2005]), donde afirma que la verdadera contribución de estos pueblos, y en especial la Francia de los merovingios, fue el desarrollo de una identidad cultural cohesionadora y una lealtad de los súbditos al poder central que terminaron fosilizándose en el reino medieval de los francos.

Para la segunda parte, Liebeschuetz toma el norte de Siria como modelo ejemplificador de la evolución y transformaciones que experimenta el Imperio Oriental desde el siglo III. El capítulo decimotercero (pp. 223-240) actúa a modo de introducción, estableciendo con claridad las principales secuelas del dominio romano en esta región fronteriza, como la difusión del sedentarismo, la enorme presencia militar o el firme y

constante crecimiento demográfico. A continuación, el capítulo decimocuarto (pp. 241-255) recoge el traspaso de las competencias sobre el control fronterizo entre el gobierno central y el organismo del Filarcado, mediador entre la administración provincial y los pueblos nómadas asentados en la zona. El momento posterior a la desaparición de esta oficina constituye el eje temático del capítulo decimoquinto (pp. 256-287), centrado en el paisaje urbano oriental entre los siglos VI y VII. Tomando como fuentes la epigrafía y la arqueología, el autor considera que, en claro contraste con lo que ocurrió en las provincias occidentales, en el paisaje urbano de Oriente no se produjo ningún cambio drástico con el advenimiento del dominio árabe, pero sí un irremediable cambio cultural que hizo virar su atención desde el Mediterráneo a las zonas de Mesopotamia, Arabia e Irán. El capítulo decimosexto (pp. 288-322) termina la serie de publicaciones sobre la evolución socioeconómica con la narración del ascenso al poder por parte de la dinastía Jafnida durante el siglo VI. Una vez más, el elemento de la identidad común y la perspectiva antropológica domina la opinión de Liebeschuetz, que hace recaer el éxito de la dinastía en su asimilación con el grupo étnico de los gasánidas. A partir del capítulo decimoséptimo, la cristianización pasa a ser el elemento central de la obra. El autor empieza haciendo un llamativo análisis de los himnos compuestos por Juliano el Apóstata (pp. 325-340), entendidos aquí como parte de su fallido proyecto de revitalización del paganismo, para pasar a examinar la situación de Antioquía entre los siglos IV y VI (pp. 341-369). Tomando otras fuentes literarias como base, esta vez la crónica de Juan Malalas o los escritos apologeticos de Juan Crisóstomo, Liebeschuetz sostiene que, aunque el conflicto entre cristianos y paganos es innegable, la situación a nivel individual es mucho más compleja y difícil de rastrear en las fuentes, al menos en Antioquía, donde la vida en las ciudades continuó al margen de los episodios de persecuciones. El capítulo decimonoveno (pp. 370-388) constituye otro elemento de sorpresa en la obra, pues deja de lado el detallado y enrevesado estudio de las fuentes cristianas para hacer un recorrido por los mosaicos suburbanos de Daphne, cerca de Antioquía, y los de Piazza Armerina, en Sicilia. El cambio en la temática de los pavimentos musivarios es tomado como un argumento que explica la llegada a Oriente de funcionarios de la administración a partir de Teodosio. Liebeschuetz va más allá y propone, a tenor de los paralelismos y semejanzas entre los dos grupos de mosaicos, que la pervivencia, aunque residual, de los temas paganos en la ciudad de Antioquía es síntoma de una coexistencia más o menos pacífica entre los seguidores de ambas religiones. El capítulo vigésimo (pp. 389-407) tiene a la obra apologetica *Graecarum affectionum curatio* de Teodoreto de Ciro como eje central. El autor traza un eje cronológico del que está considerado el último apologeta, empezando por un breve repaso por su vida como obispo de Ciro hasta llegar a la redacción de su obra, poco después del saqueo de Roma a manos de Alarico. Liebeschuetz se pregunta cuál era el objetivo de Teodoreto al escribir la *Curatio*, pues el género apologetico surge en el contexto de la persecución contra los cristianos, por lo que una cronología tan tardía parece sugerir otras motivaciones. La imposibilidad de responder a esta cuestión se enmaraña aún más con otra pregunta que Liebeschuetz lanza al final del capítulo, en la que cuestiona cómo un individuo de carácter moderado pudo escribir una obra apologetica en un momento en el que, no sólo ya no era necesaria, sino que contribuía a enrarecer aún más el ambiente de fanatismo intolerable en el que vivía. El capítulo vigesimoprimer (pp. 408-422), el último de la serie sobre el cristianismo, trata de aportar algo de luz al confuso mundo de los comentaristas de la Biblia que se desarrolló, con diferentes objetivos y peculiaridades, en torno a la Escuela de Alejandría y la de Antioquía. El autor consigue finalmente establecer vínculos

socio-económicos, e incluso religiosos, entre la Escuela de Siria y el cristianismo ascético de la zona mesopotámica. El último capítulo (pp. 425-464) ejerce, como ya hemos avanzado, de nexo de unión entre las dos partes del libro. A través de un estilo prácticamente narrativo, y utilizando un sentido cronológico que facilita su comprensión, Liebeschuetz desgrana los principales acontecimientos que tuvieron lugar en la zona del Bajo Danubio, frontera natural entre el Imperio de Oriente y el de Occidente. Partiendo de la existencia de una región altamente urbanizada y fortificada en el siglo IV, el autor destaca el establecimiento de los godos y, sobre todo, la llegada de los hunos a mediados del siglo V, como fuertes reveses que alteraron la vida económica de esta región. Su reconstrucción, al menos parcial, no llegó hasta los planes de Justiniano, que sólo contemplaban el refuerzo de la frontera, tal y como se describe en la obra de Procopio. Los esclavos volvieron a aumentar la presión sobre las fronteras danubianas hasta que, a finales del siglo VI, éstas se volvieron ineficaces ante el avance de los ávaros de Mauricio. La ausencia de investigaciones recientes sobre la *Moesia Inferior* y la *Dacia Ripensis* de finales del siglo VI suponen un obstáculo para continuar escribiendo la historia de una región con rasgos evolutivos aplicables a Oriente y Occidente.

Liebeschuetz propone una llamativa forma de revisar la Antigüedad tardía que, a simple vista, puede parecer inconexa y deslavazada. Sin embargo, es esta diversidad a la hora de analizar las sugerentes temáticas la que dota de una enorme originalidad a *East and West in Late Antiquity*. No sólo existe un claro trasfondo histórico que encauza las publicaciones seleccionadas por el autor, sino que, el orden en que éstas se presentan contribuye al entendimiento y la reflexión sobre una época contradictoria, con numerosas fuentes escritas y escasas evidencias materiales. El debate sobre el siglo III supone, de esta forma, una antesala para entender las motivaciones y el *corpus* identitario de los pueblos germanos, al igual que el contexto de las persecuciones contra los cristianos es de obligada lectura para comprender el proceso a la inversa en la Antioquía tardoantigua.

JUDIT MATA SOLER

R. LÓPEZ RODRÍGUEZ y M. J. BRAVO BOSCH (eds.), *Mujeres en tiempos de Augusto: realidad social e imposición legal*, Ed. Tirant Humanidades, Valencia, 2016, 660 pp.

Esta monografía fue concebida con el objetivo reunir una serie de trabajos que se llevaron a cabo para conmemorar el bimilenario de la muerte del emperador Augusto en 2014. A través de un tratamiento interdisciplinar, se estudia la situación de las mujeres que vivieron en el conocido como *Saeculum Augustum*. Las investigaciones llevadas a cabo se insertan dentro de disciplinas como la Historia Antigua, el Derecho Romano, la Historia Medieval, la Arqueología o la Historia del Arte. Las editoras de esta monografía han sido las profesoras R. Rodríguez (Universidad de Almería) y M. J. Bravo (Universidad de Vigo), ambas con una gran trayectoria en el estudio del Derecho Romano. En el prólogo de la obra se rinde un merecido homenaje a la profesora María Luz Blanco en el quinto aniversario de su fallecimiento.

La obra está dividida en siete grandes bloques temáticos en los que se reparten no equitativamente un total de veintiséis trabajos de investigación realizados por diversos especialistas españoles e italianos. El primer bloque, denominado “Derecho y mujer

durante el *Saeculum Augustum*”, cuenta con dos trabajos: “La posizione giuridica della donna in epoca augustea” de G. Coppola (pp. 27-52) y “Apunte sobre la legislación matrimonial de Augusto con base en la *Lex Municipii Troesmensium*” de R. Mentxaka (pp. 53-59). En el primero se aborda el trato de la mujer en la legislación augústea mientras que en el segundo se analiza un *commentarius* a la *Lex Iulia de maritandis ordinibus*, importante para comprender la posterior promulgación de la *Lex Papia Poppaea*.

El segundo bloque, titulado “Mujeres en los albores del siglo I a. C.”, incluye seis trabajos que abordan la vida de mujeres del periodo tardorrepublicano. L. Peppe en su trabajo titulado “Chelidone e Tertia. Donne, cortigiane e diritto effettivo nelle Verrine” (pp. 61-98) se centra en las *orationes* de Cicerón *In Verrem*, para estudiar el trato que da este político a una serie de mujeres de diversa condición social y relacionadas con un gobernador corrupto. A continuación, R. Mentxaka con “Turia. Un ejemplo de *mulier fortis* romana” (pp. 99-120) aborda el estudio de la *laudatio funebris* dedicada a esta aristócrata. La autora analiza las virtudes que debía tener una mujer romana según se recoge en el epígrafe. Además, el elogio fúnebre aporta detalles de la agitada vida de la homenajeadada tanto por la situación política como por su circunstancia personal. Seguidamente, V. Rodríguez expone el ejemplo de “*Servilia Cepionis*. Una estratega en la política de finales de la República” (pp. 121-144). Esta autora sabe analizar a la perfección el decisivo papel desempeñado por Servilia, amante de Julio César y madre de Bruto, y muestra cómo se convirtió en una de las mujeres con mayor influencia política de este periodo. El artículo de J. M. Piquer “Terencia. Un perfil de matrona romana (Cic. *Ad Fam.* XIV)” (pp. 145-170) muestra a una matrona romana a través de las cartas de Cicerón, su marido. En ellas J. M. Piquer incide en la capacidad de gestión del patrimonio que tenían algunas mujeres junto con otros datos sobre la económica doméstica. El siguiente trabajo, “Clodia Pulcra Tercia. ¿Ideal poético de Catulo y matrona impúdica?” de I. Iglesias (pp. 171-184) se centra en el estudio de esta aristócrata desde una perspectiva de género. La autora nos demuestra que Clodia tuvo unas ideas avanzadas para su época, incumpliendo el ideal de matrona romana y siendo duramente atacada tanto por su enemigo Cicerón como por su amante Catulo. Finalmente, se inserta el estudio de G. Polo: “Atia Balba Caesonia: Fiel transmisora y modelo de los valores republicanos” (pp. 185-208). A pesar de la escasa información que nos aportan las fuentes sobre ella, es un excelente trabajo para conocer a la madre de Augusto y, al mismo tiempo, comprender a su propio hijo al que educó en los valores tradicionales romanos.

En el siguiente bloque, llamado “Mujeres en tiempos de triunviratos”, se incluyen seis biografías de mujeres que fueron tratadas como piezas de ajedrez en las alianzas políticas, sociales y económicas de la época. Comienza dicho bloque con una figura muy relevante durante la crisis republicana: “Fulvia: Nemica di Ottaviano e prima principessa romana” de C. M. Doria y C. Cascione (pp. 209-236). Estos autores hacen un repaso exhaustivo por la vida de la que fue esposa de Marco Antonio y enemiga tanto de Cicerón como de Octaviano. En “*Porcia Catonis*: Imagen de la virtud estoica” de M. C. Pérez (pp. 237-250) se analiza a esta famosa mujer, célebre por su coraje y lealtad, prefiriendo suicidarse antes que vivir sin su marido. En este bloque también se incluye el estudio de “Cleopatra: La reina de las tres cobras” de J. Soto (pp. 251-286) realizado a través de la consulta de fuentes escritas de época medieval y centrándose en el recuerdo que quedó de la reina en la memoria del pueblo egipcio. Seguidamente, M. J. Bravo realiza un trabajo sobre una mujer bastante desconocida y maltratada por la historiografía: “Escribonia,

¿perfecta matrona romana?” (pp. 287-306). El objetivo de la autora es rehabilitar la imagen de la que fue esposa de Augusto y madre de Julia a través de un interesante estudio sobre su vida. A continuación, R. M. Cid aborda el estudio de una de las figuras más importantes de la vida de Augusto: “Octavia. La noble matrona de la *domus* de Augusto” (pp. 307-330). Al igual que otras mujeres de esta época, Octavia fue tratada como un instrumento político. Se convirtió en un prototipo ideal de matrona romana que fue muy utilizado por la propaganda augústea y recibió, junto con Livia, muchos privilegios que nunca antes se habían concedido a una mujer. Por último, M. Salazar se centra en la mujer que más debió de influir en el emperador con el artículo: “Livia: modelo de princesa imperial en el marco del poder de la dinastía Julio-Claudia” (pp. 331-365). La autora se ayuda en este trabajo de las numerosas fuentes que se refieren a ella y señala la imagen contradictoria con la que aparece en las mismas: en algunas es alabada pero en otras es duramente criticada. M. Salazar analiza acertadamente el papel que tuvo Livia en la consolidación de la *domus* imperial y cómo se convirtió en el modelo para otras princesas posteriores.

El cuarto bloque, “Mujeres en la cultura de finales de la República”, comprende dos casos de féminas destacadas dentro del mundo de la cultura de esta época. Por un lado, contamos con el trabajo de M. E. Ortuño: “Hortensia: su discurso contra la imposición fiscal femenina” (pp. 367-400). La autora hace hincapié en la educación y en el coraje de Hortensia que, saltándose la prohibición que tenían las mujeres de hablar en público, se presentó en el foro para dar un discurso en contra del edicto que pretendía gravar con impuestos a las mujeres más ricas. Por otro lado, A. Valmaña se centra en el estudio de “Sulpicia: El amor según una *docta puella*” (pp. 401-430). Esta autora se centra en la figura de la poetisa que participó en el círculo literario de su tío Valerio Mesala y analiza algunos fragmentos de su poesía amorosa.

El quinto bloque, “Mujeres en la *Pax* Augústea”, se inicia con el estudio de R. Rodríguez: “Julia *Maior*: La *auctoritas* de la *gens* Julia” (pp. 431-460). La autora estudia a la hija de Augusto como otra marioneta en el juego de los intereses dinásticos y el duro ataque que sufrió en la historiografía antigua por su comportamiento convirtiéndose así en la antítesis de matrona ideal. A continuación, J. R. Robles examina la figura de la madre de Séneca con su artículo: “Helvia. No pidió consuelo” (pp. 461-470). A través de la obra *Consolación* de Séneca, el autor repasa la vida y el comportamiento ejemplar de esta matrona hispana que recibió las alabanzas de su hijo. La hija de Marco Antonio y Octavia es la protagonista del artículo de M. I. Núñez: “*Antonia Minor*: más allá del *exemplum matronae*” (pp. 471-494). La autora presenta a Antonia como heredera de la dignidad y las virtudes de Octavia. Con ella vemos otro caso de mujer que, tras quedarse viuda de Druso, decidió tomar las riendas de su vida y administrar su patrimonio. Además, tras la muerte de Livia, se convirtió en la matriarca de la familia imperial. A otra princesa de la familia imperial se le dedica el siguiente trabajo de M. D. Parra: “Agripina *Maior*: el destino de un Imperio” (pp. 495-514). La autora analiza de manera acertada las ansias de poder de esta ambiciosa mujer que fue nieta de Augusto y esposa de Germánico. Para terminar el bloque, E. Ruiz presenta a la hija de Cleopatra VII y Marco Antonio: “Cleopatra Selene y los cultos de Isis y Serapis en *Carthago Nova*” (pp. 515-531). En dicho trabajo se estudia la vinculación entre la familia real nómada, a la que pertenecía Cleopatra Selene por su matrimonio, y la ciudad de *Carthago Nova* donde promovió el culto a dioses orientales.

El sexto bloque, “Mujer y ciudadanía augústea: religión, honor y muerte”, está encabezado por un trabajo de I. Piro: “*Augustus Cognatus Vestae*” (pp. 533-554) que se centran en las reformas religiosas llevadas a cabo por Augusto entre las Vestales. Le sigue un excelente trabajo de investigación de M. V. Sanna: “*Donne Honoratae*” (pp. 555-584). Esta autora refleja la división entre las mujeres *honoratae* con las que se podía contraer un matrimonio legítimo y aquellas *in quas stuprum non committitur*, con las que no había otra opción que vivir en concubinato. Cerrando este bloque se encuentra el artículo “*Honestas mors*. Suicidas y muertes inducidas de mujeres en la antigua Roma” de P. D. Conesa y R. González (pp. 585-611). En este trabajo se enumeran algunas muertes de mujeres conocidas, destacando los casos de Lucrecia y Virginia, a las que Tito Livio presenta como modelos del comportamiento que debía tener una mujer.

El último bloque, “Atuendo y ornato femenino en el *Saeculum Aureum*”, se inicia con el trabajo de J. M. Noguera: “Indumentaria de la matrona romana en el *Saeculum Aureum* y el siglo I: una visión desde la estatuaría femenina segobrigense” (pp. 613-634). El autor estudia el conjunto de estatuas de emperatrices o princesas imperiales de Segóbriga e ilustra la explicación con un elaborado conjunto de imágenes. El segundo y último artículo pertenece a J. Vizcaíno: “*Ornamenta muliebria* en época de Augusto. Una visión arqueológica del aderezo personal femenino desde la *Carthago Nova* altoimperial” (pp. 635-660). A través de la arqueología desarrollada en Cartagena, este autor analiza los elementos de ornato que utilizaron las mujeres de época augústea.

Con todo ello se puede ver que en la monografía se incluyen excelentes trabajos de investigación que se organizan mediante una adecuada distribución en varias secciones. Aunque la obra recoge numerosos estudios de diferente temática, hay un excesivo trato de mujeres pertenecientes a la élite romana y pocos son los trabajos que hacen referencia a mujeres no privilegiadas. A pesar de ello, en su conjunto la obra es interesante y útil para comprender cómo era la situación general de la mujer. Al mismo tiempo, hay que destacar la importancia de los diferentes estudios de casos concretos de mujeres en una época trascendental en la historia de Roma como fue el paso de la República al Imperio. En definitiva, la obra puede ser accesible para cualquier tipo de lector y cumple de manera satisfactoria el objetivo que se persigue con ella: dar a conocer la situación social y jurídica de la mujer en tiempos de Augusto.

FRANCISCO CIDONCHA REDONDO

J. G. MONTES CALA (†), R. J. GALLÉ CEJUDO, M. SÁNCHEZ ORTIZ DE LANDALUCE y T. SILVA SÁNCHEZ (eds.), *Fronteras entre el verso y la prosa en la literatura helenística y helenístico-romana. Homenaje al Prof. José Guillermo Montes Cala*, Bari, Levante Editori, 2016, 776 pp.

*Fronteras entre el verso y la prosa en la literatura helenística y helenístico-romana* es un homenaje en memoria del Profesor José Guillermo Montes Cala elaborado por sus discípulos y colegas Rafael J. Gallé Cejudo, Manuel Sánchez Ortiz de Landaluce y Tomás Silva Sánchez. Quien conozca la labor académica de J. Guillermo Montes Cala sabrá con toda certeza que no puede haber homenajes ni volúmenes suficientes para agradecerle su extraordinaria dedicación y aportación a la Filología en todos los variados y numerosos campos que dominaba.

Antes de analizar muy brevemente los diferentes capítulos que componen este extenso y enjundioso volumen hay que hacer mención de las emotivas palabras que Rafael J. Gallé Cejudo dedica a J. Guillermo Montes Cala (pp. 13-21), palabras a las que nos sumamos todos aquellos que tuvimos el privilegio de conocerlo. Expresa también el profesor Gallé su máximo agradecimiento a todos los miembros de la comunidad académica que le rindieron homenaje tras la trágica noticia y que decidieron aportar lo más granado de su ciencia para honrar en este erudito volumen a la persona de su maestro, colega y amigo. A continuación de estas palabras se recoge el “Currículum científico” del homenajeado, preparado por el profesor Gallé y M.<sup>a</sup> Paz Fernández Montañez, viuda del homenajeado. Un ligero vistazo a estas más de veinte páginas (pp. 23-43) sirve para entender la, como hemos dicho en líneas precedentes, extensa y variada producción científica que J. Guillermo Montes Cala desarrolló durante su carrera profesional y del enorme vacío que su pérdida ha dejado.

Los trabajos que los editores del volumen ofrecen la oportunidad de leer en la primera parte del libro, pertenecientes tanto al propio J. Guillermo Montes Cala como a ellos mismos, son fruto de la labor investigadora realizada en el seno del Proyecto de Investigación de la DGICYT HUM 2007-62489 “Fronteras entre el verso y la prosa en la literatura helenística y helenístico-romana”, que, como no podía ser de otra forma, da nombre al libro. Hay que hacer notar que a estos trabajos de investigación, y con el fin de rendir homenaje a J. Guillermo Montes Cala en un marco especialmente propicio, se han sumado al volumen los de otros investigadores invitados de universidades tanto nacionales como internacionales.

Encabezan el volumen tres artículos inéditos elaborados por J. Guillermo Montes Cala que dan muestra una vez más de su extraordinaria capacidad para abordar con el más alto nivel de conocimiento y erudición materias que comprenden desde la literatura helenística hasta el Humanismo renacentista. En “De Teócrito a Sannazaro: *ego loquens* en la bucólica” (pp. 45-68) J. Guillermo Montes Cala analiza la inclusión dentro de su obra de la narración personal o autodiegética. A diferencia de la visión alegórica que se daba por aceptada hasta hace algunas décadas y que es llevada al extremo en la teoría de Reitzenstein, J. Guillermo Montes Cala demuestra que los elementos personales insertos en la obra responden a la elaboración de determinados *topoi* y, por lo tanto, la identidad autobiográfica reflejada en la obra es ficticia. En el capítulo “Πολλὰ ψεύδονται ἄιοιδοί. Poesía o verdad: la gran escisión” (pp. 69-88) el autor traza un recorrido a través de la historia literaria del rasgo principal que ha diferenciado a la poesía de la prosa: la verosimilitud de la que siempre se ha supuesto carece la poesía. Sin embargo, como refleja el autor en palabras de Aristóteles, lo que debe entenderse por *ποίησις* es toda creación literaria ya sea en verso o en prosa. Y, en el último de los artículos, “La poética teocritea de las formas insertas” (pp. 89-135), J. Guillermo Montes Cala estudia la compleja estructura compositiva de los *Idilios* de Teócrito. Como es sabido, el idilio teocriteo posee una estructura mixta al estar constituido por un elemento narrativo o dramático y un elemento discursivo o lírico que lo dota de especial complejidad literaria.

Los trabajos de Rafael J. Gallé Cejudo (actual responsable del Grupo de Investigación), de Manuel Sánchez Ortiz de Landaluce y de Tomás Silva Sánchez miembros del Grupo de Investigación “Estudio filológico de textos griegos helenísticos y tardíos” (HUM 426) del Plan Andaluz de Investigación, fundado y dirigido por el propio J. Guillermo Montes Cala hasta su fallecimiento, se enmarcan dentro de las dos principales



líneas de investigación del Grupo: el estudio filológico de textos griegos de los períodos helenístico e imperial (edición de textos, traducción y comentario filológico-literario, estudios métrico-prosódicos, etc.) y la transmisión de la literatura y la mitología griegas.

El profesor R. J. Gallé Cejudo (pp. 137-168) desarrolla la hipótesis de que algunos capítulos de la obra en prosa de Partenio de Nicea pudieran ser fruto de un claro proceso de prosificación de textos poéticos helenísticos. A su vez M. Sánchez Ortiz de Landaluze (pp. 169-236) estudia en un extenso trabajo el género epigramático y va demostrando con gran profusión de ejemplos cómo las temáticas procedentes de otros géneros se han ido incorporando al epigrama. Mientras que T. Silva Sánchez (pp. 237-275) analiza también en un extenso estudio la inclusión en las obras de los Opianos (Opiano de Anazarbo y Opiano de Apamea) de elementos paradoxográficos que relatan fenómenos anormales o asombrosos del mundo animal.

La segunda parte de este enjundioso volumen la ocupan los artículos pertenecientes a los autores invitados a homenajear la memoria del profesor Montes Cala. Estos aparecen siguiendo una ordenación alfabética, por lo que puede resultar más útil un breve análisis en función de los campos de investigación y temáticas a los que pertenecen. Pese a la brevedad de los trabajos (por imposición editorial), la siguiente relación permite hacerse una idea de la variedad de las áreas de investigación presentes en el libro y de la profundidad científica con la que los temas han sido abordados.

Una serie de trabajos pueden ser englobados en un primer gran bloque de Poesía de época helenística e imperial. Aquí el artículo de F. De Martino (pp. 357-367) dirige su objetivo al análisis de la descripción (ἔκφρασις) de las fuentes del rey Eetes en la obra de Apolonio y las diferencias existentes entre la descripción en la épica de las *meraviglie d'elite* con el género de la comedia de masas. Sobre los elementos paratextuales, J. A. Clúa Serena (pp. 329-340) analiza este tipo de elemento (paráfrasis y escolios) en la *Alejandra* de Licofrón y cómo ayudan para la fijación del texto transmitido aportando variaciones a los manuscritos o refrendando la lectura propuesta. A la figura de *Calímaco* dedican sus trabajos Chr. Cusset (pp. 341-356), quien se encarga de estudiar la importancia de la presencia femenina en los *Himnos* de Calímaco. También el profesor J. Redondo (pp. 617-626) analiza a través del texto de la *Hécale* de Calímaco las claves de la composición poética del de Cirene para llegar a la conclusión, sumándose a las teorías de Montes Cala y cuestionando las atrevidas hipótesis de Hollis, de que los patrones compositivos y estéticos son aquí los mismos que en toda la obra calimaquea. Por su parte, J. L. López Cruces (pp. 457-468) aporta una nueva visión sobre la relación entre los poetas yámbicos Calímaco y Herondas con la exploración de la composición de los yambos iniciales de la obra de cada poeta, así como el supuesto enfrentamiento de ambos con el fin de erigirse en heredero de Hiponacte. En el campo de la Himnografía y poesía encomiástica destinada a performance (o de ejecución), la profesora Pordomingo Pardo (pp. 577-594) ofrece una visión de aquellas composiciones literarias de época helenística que fueron destinadas a la ejecución. Explica la helenista salmantina el origen de esta poesía que existía al margen de la gran poesía helenística, cuyos nombres de autores nos son completamente desconocidos y que tenía la finalidad de ser recitada públicamente. En lo tocante a la Poesía Bucólica, M.<sup>a</sup> T. Molinos Tejada y M. García Teijeiro (pp. 521-530) mediante el análisis y comparación métrica de los pocos fragmentos conservados del poeta Bión con los versos de Teócrito, muestran que la obra del de Esmirna sigue las reglas y planteamientos de la poesía bucólica pese a que lo conservado no presenta rasgos claros de tal tema.

Otro gran bloque temático estaría constituido por los capítulos relativos a la Lírica y el Drama Clásico. En el campo de la Poesía himnica, Á. Ruiz Pérez (639-648) hace un estudio del fragmento 32 del primer *Himno* de Píndaro, reconstruyendo el contenido del himno e interpretando el significado oracular de la música tocada por Apolo. La profesora Calero Secall (pp. 307-318) analiza los vocablos que Eurípides utiliza para expresar conceptos relacionados con el engaño. Tanto los términos referentes a actividades masculinas como femeninas poseen en la obra euripídea un doble uso para formular la acción de urdir un engaño. J. A. Fernández Delgado (pp. 379-390) estudia la composición del primer y segundo estásimo de la *Electra* de Eurípides en los que al autor mediante el recurso literario de la ékfrasis delinea los mitos principales del relato. Los profesores Morenilla Talens y Bañuls Oller (pp. 531-542) observan la caracterización de los personajes femeninos en la *Helena* de Eurípides con el estudio de sus coros. De la misma manera ponen fin al rancio debate sobre la calidad trágica o no de la obra, centrándose en lo importante, el análisis estructural de las escenas y del estilo. También a la obra euripídea dedica su capítulo A. Pérez Jiménez (pp. 553-566), elaborando un minucioso comentario léxico y estilístico del segundo estásimo de las *Suplicantes* de Eurípides, donde se nos hace partícipes del profundo dolor de las madres argivas ante la incertidumbre sobre el destino de los cuerpos insepultos de sus hijos caídos en la lucha contra Tebas. La profesora M. Quijada Sagredo (605-616) estudia, a su vez, otro pasaje de las *Suplicantes* de Eurípides: el debate entre Teseo y el heraldo Tebano. Desde el análisis de la oratoria reconstruye los discursos del rey ateniense defensor de la democracia y del representante tebano valedor de la tiranía. Y, por último, J. Pórtulas (pp. 595-604) presenta en su trabajo una figura mítica tradicional poco conocida, la de los *Arnodoi* de la ciudad de Argos. Estos rapsodas, herederos y deudores de Homero, eran participantes de recitales poéticos celebrados en determinada festividad de la ciudad, los días del cordero (los ἀρνηίδες ἡμέραι) de la cual posiblemente tomaron el nombre.

En el capítulo dedicado a la Religión, A. Bernabé Pajares (pp. 291-296) revisa las obras de Antímaco de Colofón (*Tebaida* y *Lide*) demostrando que, pese a la relación existente entre Dioniso y la ciudad de Tebas, al autor no parece estar especialmente interesado por la orientación dionisiaca. A su vez, E. Calderón Dorda (pp. 297-306) analiza la importancia y la riqueza semántica del vocabulario de la adivinación en obra de Sófocles, señalando la importancia de la mántica en la vida religiosa griega. Y el profesor Suárez de la Torre (pp. 679-692) ofrece a través del estudio de tres pasajes que narran las apariciones (epifanías) de la diosa Atenea a mortales un extraordinario panorama sobre cómo era la relación entre el hombre griego y la divinidad. También en el campo de la *Demonología*, la profesora Rodríguez Moreno de la Universidad de Cádiz (pp. 627-638) aporta el análisis sobre la naturaleza y categoría de las deidades intermedias o démones en la obra de Jámblico y la correlación entre el poeta de Calcis y Porfirio.

En otro de los campos especialmente gratos al profesor Montes Cala, el del Humanismo Cristiano, el profesor J. M.<sup>a</sup> Nieto Ibáñez (543-552) analiza la polémica existente desde la antigüedad iniciada con los Padres de la Iglesia sobre si los autores cristianos habían de emplear referentes de poetas paganos en sus obras. Centra el debate en los textos de San Pablo que defiende el uso de los mismos mostrando predilección en su obra por Epiménides de Creta.

En el campo de la Retórica J. Campos Daroca (pp. 319-328) muestra la recepción del estilo literario de Platón en la obra de rétores de Época Imperial como Dionisio de

Halicarnaso, Hermógenes de Tarso y Eunapio de Sardes. También el profesor Stramaglia (pp. 671-678) se plantea, a su vez, si el tema del que trata el pasaje 4.4 de las *Suasorias* de Séneca sobre los designios de Alejandro tiene vigencia y estudia las conexiones con la figura de Octavio y el debate sobre la divinidad de su nacimiento. Y, en el ámbito de la retórica escolar, los profesores A. Vicente Sánchez y V. Ramón Palerm (pp. 721-734) centran su interés en estudiar la composición literaria de las *Cartas* de Alcifrón, haciendo notar la presencia de la formación *progimnasmática* del autor a la hora de elaborar su obra literaria.

En el apartado de Geografía e Historiografía se incluyen otro importante grupo de capítulos. P. Fernández Camacho (pp. 369-378), discípula del profesor Montes Cala, analiza en su artículo las tierras míticas de Occidente que la literatura ha imaginado ricas en recursos y alimentos. Son las llamadas *Tierras de Jauja*, lugares utópicos comunes en varias civilizaciones. El profesor Iglesias Zoido (pp. 433-446) analiza la composición de los discursos del historiador Tucídides para concluir que a través del estudio de dos engarces narrativos, dos formas verbales, presentes en sus discursos se puede ahondar en las raíces homéricas de las mismas. J. Vela Tejada (pp. 707-720) recorre el género de la historiografía griega a partir del siglo V cuando se inició con Heródoto y Tucídides y esboza una imagen de la concepción del género de la historia en siglos y en autores posteriores. Y, por último, el profesor Schrader (pp. 649-653) hace una breve y precisa revisión histórica de la Paz de Calias que puso fin a la guerra entre la Liga de Delos presidida por Atenas y el Imperio Persa. En el ámbito de la *Historia de época imperial*, F. A. García Romero (pp. 391-398), miembro también del Grupo de Investigación HUM 426, centra el interés de su estudio en el recurso literario de la “máscara clásica” en historiadores de la Antigüedad tardía. Estos autores tienen como modelo a otros de los que les separan mil años y se dirigen al oyente como si fueran contemporáneos de ellos, mientras que Á. Urbán Fernández (pp. 693-706) aporta anotaciones sobre diversos aspectos (culturales, geográficos, literarios, sintácticos y lexicográficos) a catorce pasajes del *Discurso 6 (Diógenes o sobre la Tiranía)* de Dión Crisóstomo que ayudan definitivamente a una mejor comprensión del texto.

Los Estudios Léxicos y Etimológicos están representados por los capítulos de M. García Valdés (pp. 399-410), que analiza la historia, la métrica y el léxico del epigrama de Arión de Metimna que refiere cómo dicho poeta fue salvado del mar por un delfín para llegar a la conclusión de la inexistente fiabilidad histórica del epigrama y de los nombres que en él aparecen y el del profesor J. A. López Férez (pp. 469-478) que se centra en el estudio del verbo ἐκδίδωμι en Galeno. Recoge el origen de la forma verbal desde Homero y las variaciones semánticas que ha ido adquiriendo hasta llegar al que establece Galeno en su obra. Y, también en este campo, D. López-Cañete Quiles (pp. 447-455) estudia en profundidad las alusiones de Ovidio en sus *Tristia* sobre la etimología homérica de la palabra Ὀδυσσεύς.

En lo relativo al arduo ámbito de la Crítica Textual, L. A. Llera Fueyo (pp. 491-500) revisa los manuscritos más importantes que recogen la obra *De Natura Animalium* de Claudio Eliano y corrige y comenta los errores de lectura de los copistas sin menosprecio alguno, como dice, a la difícil labor que llevaban a cabo. El profesor Magnelli (pp. 501-510) demuestra en su capítulo que la corrección hecha por August Meineke al pasaje de Nono, *D.* 48.871, ha de ser tomada como correcta. Magnelli sustenta su argumentación en la imitación del texto noniano del pasaje de Teócrito, *Id.* 27.68, lo que ratifica

la corrección propuesta por el filólogo alemán. Por último, en un trabajo con su peculiar sello filológico Heather White (pp. 735-744) comenta varios pasajes de las *Sátiras* de Horacio para facilitar su lectura y comprensión, y el profesor Eugenio Amato (pp. 277-289) contribuye al volumen con la aportación del tercer artículo de una serie que plantea correcciones críticas y exegéticas a cuatro discursos de Coricio de Gaza. También trabajos de crítica textual, pero en el campo de la Epigrafía y Papirología son los de Á. Martínez Fernández (pp. 511-520), en el que presenta correcciones críticas a tres problemas de lectura e interpretación del *Himno a Zeus Dicteo* grabado en las dos caras de una estela en la localidad cretense de Palaikastro y el de las profesoras M.<sup>a</sup> Paz López Martínez y C. Ruiz Montero (pp. 479-489), que enriquecen este volumen con una nueva edición, traducción y un erudito comentario crítico de los fragmentos novelescos de la *Parténope*.

En el campo de la Tradición Clásica, uno de los ámbitos de investigación especialmente grato al homenajeado en este volumen, D. Hernández de la Fuente (pp. 423-431) examina la aceptación e influencia que el mito de Odiseo encontró en la literatura española, así como sobre qué aspectos del mito se ha centrado la atención. J. Solís de los Santos (pp. 655-670) realiza un recorrido por la historia del manuscrito copiado por Thomas Bitzimanos que recoge las obras de Demóstenes guardado en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla a la vez que ofrece un esclarecedor panorama de los estudios helénicos en la Sevilla de la Edad Moderna. Y L. M. Pino Campos (pp. 567-576) comenta las referencias que Ortega y Gasset realiza sobre el mito de la Atlántida. Aparte de la discusión sobre su ubicación geográfica, para el filósofo, la Atlántida de sus obras es una metáfora de diversos aspectos políticos y filosóficos que atañen a la sociedad y al hombre.

Finalmente, la Canción Popular Griega Moderna está representada por otro de los componentes del Grupo de Investigación HUM 426 que lideraba J. Guillermo Montes Cala. M. González Rincón (pp. 411-421) ofrece en este volumen la primera traducción al castellano y comentario de la balada popular griega, datable casi con seguridad en el siglo XV, *Jartzianis y Areti*.

Ponen colofón al libro un capítulo de *abstracts* (pp. 745-757), una pobladísima *tabula gratulatoria* (pp. 759-763) y un detallado y extraordinariamente útil índice de autores y obras (765-776).

Se hacen necesarias añadir unas últimas palabras a estas páginas como correspondencia a todas aquellas personas que, sin el menor atisbo de duda, decidieron tributar este homenaje al profesor J. Guillermo Montes Cala. Quien conociera a este gran heleanista sabrá con toda certeza el alto nivel científico que poseía sobre tantos y tan diversos temas, y por eso sus discípulos y compañeros ofrecen un volumen en consonancia con su persona, componiendo así un homenaje en el que un extraordinario elenco de investigadores nacionales e internacionales aportan al mismo unos trabajos caracterizados por la variedad temática y novedad científica. Hay que reconocer, además, el esfuerzo de sus discípulos, los profesores Rafael J. Gallé Cejudo, Manuel Sánchez Ortiz de Landaluce y Tomás Silva Sánchez, para dar a la luz un volumen tan minuciosamente cuidado, tal como reflejan el cuidado ortográfico, la calidad del papel o las reproducciones de las raras y hermosas piezas arqueológicas del Museo de Cádiz que lo ilustran y es de agradecer, sin duda, el esmero profesional de Levante editori, casa editorial encargada de publicarlo.

JOSÉ MARÍA CANDÓN ROMERO

V. PUYADAS RUPÉREZ, *Cleopatra VII: La creación de una imagen. Representación pública y legitimación política en la Antigüedad*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, 361 pp.

La presente monografía, adaptación de una tesis doctoral dirigida por las profesoras Almudena Domínguez Arranz y Rosa María Marina Sáez, fue defendida con éxito el día 7 de julio de 2013 en la Universidad de Zaragoza. El estudio de Vanessa Puyadas –gestado dentro de un Proyecto de I+D que, bajo el título de “Política y género en la propaganda en la Antigüedad: antecedentes y legado”, ha dado importantes frutos a través de numerosas publicaciones de notable impacto en la historiografía española– constituye un notable ejemplo de una historia que, partiendo no sólo de testimonios literarios, sino también artísticos y numismáticos, logra un acercamiento a las distintas reelaboraciones propagandísticas de un personaje, Cleopatra, sobre el que se han vertido auténticos ríos de tinta a lo largo de más de veinte siglos.

Fue esta una mujer capaz de seducir a dos de los romanos más importantes del siglo I a. C., y resulta especialmente interesante en tanto su muerte coincidirá, cronológicamente, con el establecimiento en Roma de una nueva forma de organización política que, con el tiempo, devendría en la concentración unipersonal del poder en la figura del emperador.

Estructuralmente, y en atención a la construcción de “dos Cleopatras”, la greco-egipcia y la romana, que mantiene la autora a lo largo de toda su obra, el libro se divide en sendos grandes apartados, situados tras una breve introducción. En el primero, “Cleopatra grecoegipcia: las fuentes egipcias y de otros territorios bajo el control de la reina”, se estudia la propaganda realizada por la reina ptolemaica en los distintos territorios que gobernaba. Partiendo de una división tripartita de su reinado basada en criterios puramente cronológicos, la autora analiza cómo, más allá de las diferencias coyunturales motivadas por las concretas situaciones a las que hubo de hacer frente, puede atisbarse un programa coherente basado en una serie de principios generales que contribuyeron a fijar la memoria histórica que la soberana dejaría entre sus súbditos egipcios, y que tan diferente sería de la legada por los autores grecorromanos.

El primer subapartado, titulado “Ascenso al trono”, estudia la imagen que de sí misma fomentó la propia Cleopatra desde el momento en que accedió al poder junto a su hermano tras la muerte de su padre Ptolomeo XII “Auletes”, en el 51 a. C., hasta la llegada de Julio César a Egipto tres años después. Para ello, se abordan cuestiones tales como la distinta titulación con la que se presentaba Cleopatra ante sus súbditos, en función de que estos últimos fueran egipcios o pertenecieran, por el contrario, a la minoría griega conquistadora, o las diferentes manifestaciones plásticas de la reina que, plasmadas en estelas, templos, monedas y papiros, permiten mostrarnos a la soberana egipcia como una mujer perfectamente consciente de la necesidad de crearse una imagen propia a través de la cual logró mantenerse en el trono en un período especialmente convulso que la llevó a tener que abandonar Egipto para salvar la vida y, posteriormente, buscar refugio en un Próximo Oriente desde donde reclutó un ejército para recuperar el poder.

El asentamiento definitivo de Cleopatra como reina de Egipto se analiza a lo largo de la segunda parte de este epígrafe que, con el título de “Cleopatra y Julio César”, estudia la propaganda emprendida por la faraona egipcia desde que conoció a Julio César (48 a. C.) hasta su famosa entrada en Tarso (41 a. C.). Así, tras un interesante análisis de las “supuestas”

representaciones escultóricas de la reina, se estudia cómo, a partir de los sucesos de los *idus* de marzo del año 44 a. C., Cleopatra inicia toda una serie de actuaciones destinadas a asociar a su hijo Ptolomeo XV, también vástago de César, al trono egipcio; para ello, además de proporcionarle una nomenclatura acorde a su futuro rango, comenzará a representarle –las más de las veces en su compañía– en monedas, esculturas y relieves. A través de este tipo de estrategias Cleopatra buscaba tanto prolongar su gobierno durante la minoría de edad de su hijo como, andado el tiempo, asegurarle una sucesión pacífica. También se aprecia cómo, en contraste con la política anterior –cuya propaganda estaba destinada, mayoritariamente, a resaltar la legitimidad de Cleopatra–, lo que la soberana buscaba en estos momentos en que ya se encontraba firmemente consolidada en el trono era “devolver a Egipto parte de su grandeza perdida y (...) ampliar sus territorios” (p. 55).

Al final de esta primera parte del trabajo, en “Cleopatra y Marco Antonio”, se analiza la última década de reinado de la ptolomea a través de su relación con el triunviro. Así, tras abordar las implicaciones de los conocidos binomios Cleopatra-Isis y Marco Antonio-Dionisos a través de monedas y esculturas, se estudia la muchas veces silenciada actuación política de Cleopatra, en tanto reina, sobre un Egipto, al parecer, tranquilo y bien gobernado pero que precisaba, por el contrario, someter a sus habitantes a un elevado esfuerzo impositivo de cara a mantener el enorme nivel de gastos derivados de la ambiciosa política exterior que la soberana egipcia estaba llevando a cabo en ese momento junto a un Marco Antonio que, al parecer, no se encontraba tan subyugado a Cleopatra como Dión Casio o Apiano transmitieron en sus obras.

Seguidamente, se estudian las figuras de los tres hijos que Antonio y Cleopatra tuvieron en común: Alejandro Helios, Cleopatra Selene y Ptolomeo Filadelfo a través de sus “supuestas” representaciones en el arte y del destacado papel que jugaron en unas famosas *Donaciones de Alejandría* que, lejos de constituir la muestra más palmaria de la sumisión absoluta de Marco Antonio respecto a Cleopatra, no constituían sino la típica e interesada reordenación de algunos territorios orientales llevada a cabo por parte de un dinasta romano. Para finalizar con este primer gran bloque de contenidos, la autora analiza la imagen legada a la posteridad por Cleopatra tanto en el propio Egipto como en aquel territorio que, unos años después, gobernará su hija Cleopatra Selene junto a su esposo Juba, Numidia.

En el segundo gran apartado del estudio, que lleva por título “Cleopatra romana. Las fuentes de ámbito romano y filorromano”, estudia, en cinco epígrafes, la evolución de la imagen de Cleopatra a través del tiempo en todas aquellas fuentes de la Antigüedad que se elaboraron en el mundo romano, independientemente de que procedan de autores propiamente romanos, griegos o incluso judíos.

En “Fuentes contemporáneas” se analizan las obras de César y la correspondencia de Cicerón a Ático, ya que constituyen los únicos textos que han salido de la mano de individuos que tuvieron la oportunidad, en vida, de conocer personalmente a Cleopatra. Si bien llama la atención el distanciado trato con el que el primero cita a su amante oriental, las cartas de Cicerón constituyen una fuente mucho más interesante, pues permiten observar una primera animadversión hacia la reina que sería reutilizada, posteriormente, por muchos otros autores.

A continuación, en “La época de Augusto: el círculo de Mecenas y otros autores coetáneos”, se estudia la construcción, por parte de la propaganda al servicio del primer

emperador, de una alteridad femenina que contribuyó a presentar a Cleopatra a ojos de los romanos como la mayor amenaza a la estabilidad que Augusto pretendía imponer en el naciente Imperio. Horacio, a través de sus *Odas* y *Epodos*, nos presenta una dicotomía que, a partir de este momento, tendría gran éxito: a un Octavio viril y romano contraponen una pareja *afeminada* y oriental que no buscaba sino derrotar y esclavizar a Roma para ponerla en manos de una reina extranjera. Propertio, otro de los integrantes del círculo de Mecenas, parte de una cierta empatía con la figura de Marco Antonio, en sus primeras *Elegías*, a comulgar por completo en las últimas con los ideales promovidos por los literatos puestos al servicio del nuevo régimen imperial. Así, no duda en presentarnos a un Antonio completamente subyugado por una Cleopatra que era la encarnación de todos los males asociados al concepto “Oriente”. Virgilio, por su parte, contribuye, a través de su *Eneida*, una de las obras clásicas más leídas a lo largo de la historia, a fijar en la memoria colectiva romana esa oposición entre Oriente y Occidente que tanta raigambre habría de adquirir en los siglos venideros, y que encontraba un peligroso precedente en la historia mítica de Roma en la famosa relación entre Dido y Eneas. Como rasgo común a los autores citados, Vanessa Puyadas hace notar en su estudio que ninguno de ellos nombra a Cleopatra directamente por su nombre, sino que aluden a ella mediante términos despectivos como *regina*, *ipsa* e *illa*; en cambio, estos no dudan en presentarla en sus obras como una amenaza de la magnitud suficiente como para poder elevar a Augusto a las más altas cotas de la virtud romana, haciendo de él un ser especial a todos los efectos y que resultaba, por tanto, merecedor de los más altos honores.

Este epígrafe, quizás el más influyente en cuanto a la conformación de la imagen *histórica* de Cleopatra se refiere, se completa con otros testimonios menores como los de Tito Livio, Estrabón, Ovidio, Manilio y el del autor del *Carmen de bello Actiaco*, que nos ofrecen ligeras variantes de interés para el estudio de la vida de la reina egipcia. Así, y a modo de ejemplo, Tito Livio será el único de los autores de la época que reconozca que había habido una guerra civil, y no sólo una confrontación con una reina extranjera oriental.

Seguidamente, se aborda el estudio de la imagen de Cleopatra durante los cincuenta años posteriores al fallecimiento de Augusto. Así, en “Las dinastías Julio-Claudia y Flavia”, se abordan las principales modificaciones que sobre la imagen de Cleopatra se van imponiendo en este momento debido a los cambios tanto sociales como culturales que se habían ido produciendo. Así, se hace destacar que Lucano, en su *Farsalia*, es el primer autor de la Antigüedad en reconocer de manera palmaria la relación entre César y Cleopatra, aspecto anteriormente silenciado por unas fuentes que no querían presentar al padre adoptivo de Augusto como “hechizado” por una reina egipcia que, además, constituía la manifestación de todas las “degeneraciones orientales”. Flavio Josefo, por su parte, nos muestra en sus obras a una Cleopatra muy interesada en la marcha de los asuntos políticos de las zonas que circundaban al territorio egipcio; su objetivo no era otro que contraponer la maldad de la reina de Egipto a las virtudes de un Herodes que se erige en el auténtico protagonista de su obra. El epígrafe culmina con el comentario de otros textos que, como los elaborados por Valerio Patérculo, Valerio Máximo, Lucio Anneo Séneca, Plinio el Viejo, Marcial y Estacio, suponen una vuelta de tuerca en el proceso de fijación de la imagen de Cleopatra en la mentalidad romana, en tanto en cuanto contribuyeron a difundir aún más una versión “canónica” de los hechos que llevaría aparejada una creciente demonización de la reina ptolemaica.

La imagen de Cleopatra vertida por autores del siglo II d. C. en adelante se estudia en un subapartado que, bajo el título de “Las fuentes más relevantes de los siglos posteriores”, analiza varios testimonios. Así, la autora constata que Plutarco es, a través sobre todo de sus *Vidas Paralelas*, el autor clásico que mayor información nos ha dado acerca de Cleopatra y que destaca, además de por demonizar a la reina ptolemaica, por mostrarla, si bien al final de su *Vida de Antonio*, como una mujer enamorada que daría pie a reelaboraciones posteriores de tanta fama como la de Shakespeare; Suetonio, por su parte, nos legó una información especialmente útil debido tanto a su acceso directo a las fuentes como a su gusto por las anécdotas y los rumores. De ahí que consignara en su *Vida de Augusto*, además de la propaganda elaborada por este último, algunas de las inyectivas que, desde el bando antoniano, se vertían sobre Octavio. A renglón seguido, se muestra el papel que un historiador alejandrino, Apiano, tuvo en la consolidación definitiva de la versión augústea de los hechos, aunque fue este uno de los pocos literatos de la Antigüedad en afirmar que, más que ocupar su tiempo en placeres y ocios, Antonio y Cleopatra gustaban de satisfacer, sobre todo, sus ambiciones culturales. El último de los grandes autores en conformar la imagen de Cleopatra, Dión Casio, será quien muestre las mayores cotas de animadversión hacia una reina que más que en ser humano deviene, en su *Historia romana*, en una especie de “estereotipo literario” capaz de seducir no sólo a dos de los hombres más importantes de su tiempo, sino a múltiples generaciones futuras que vieron en la ptolemaica un personaje fascinante que llegaría, incluso, a eclipsar la figura del propio Augusto. El epígrafe termina haciendo referencia a testimonios que, como los de Floro, Frontón, Claudio Eliano y Tertuliano, son los últimos en introducir variaciones respecto a esa “imagen canónica” de Cleopatra que se había ido construyendo a lo largo del tiempo.

El libro finaliza con unas conclusiones en las que la autora, aparte de resumir los principales elementos expuestos en el cuerpo del trabajo, viene a afirmar que la “verdadera Cleopatra” debe encontrarse en algún punto intermedio entre la propaganda elaborada por ella misma y las diatribas e invenciones de unos autores grecorromanos que gustaban de reducir la vida de la reina a un conglomerado de crímenes, manipulaciones y ambiciones de poder.

En resumen, nos encontramos ante una obra de notable utilidad, pues yendo más allá de una biografía al uso lo que aquí se analiza es tanto la imagen pública de Cleopatra en los dos “sectores” en que se dividía el Mediterráneo, un “occidental” ya prácticamente romanizado en su totalidad y otro “oriental”, que todavía se resistía a la dominación extranjera, como la fortuna crítica de este personaje a través de unas fuentes literarias, las del mundo antiguo, que fueron determinantes a la hora de fijar la imagen de la reina a través de los siglos. Estudios como el que aquí se reseña se erigen, en consecuencia, en nuevas formas de acercarse a unos personajes antiguos que deben ser revisitados por una historiografía que ha tendido, durante demasiados años, a ofrecer unas explicaciones embebidas en exceso de unas fuentes literarias que sólo en los últimos años están comenzando a verse seriamente criticadas por unos estudiosos que, por su innovadora metodología, van poniendo de manifiesto el interés de los propios autores antiguos por distorsionar los hechos en sus obras.

BORJA MÉNDEZ SANTIAGO



L. SANCHO ROCHER (coord.), *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2015, 336 pp.

Expresado en pocas palabras, el volumen que coordina la profesora Laura Sancho trata sobre la recepción e interpretación de la Antigüedad clásica en la historiografía moderna. Es un tema que ha tomado impulso en los últimos años en el mundo anglosajón, por ejemplo en los diversos volúmenes firmados por Neville Morley, y que recientemente centra también el interés de los historiadores en lengua castellana. Según podemos apreciar en el prólogo, el libro nace de las comunicaciones pronunciadas en un curso de verano de la Universidad de Zaragoza organizado por la propia autora quien, con buen criterio, decidió publicarlas. Desde mi punto de vista, la iniciativa coordinada por la profesora Sancho destaca por la amplitud y alcance de sus aportaciones. A diferencia de la tónica general en los estudios en lengua inglesa, este volumen recoge diferentes sensibilidades hacia el mundo antiguo contenidas en sendas escuelas historiográficas: inglesa, francesa, alemana, estadounidense e italiana; todo ello centrado en períodos históricos concretos. Paradójicamente falta la aportación de la historiografía española, lo que no desmerece en absoluto el trabajo.

A nivel formal el libro está bien editado, con cubiertas resistentes, papel de calidad y en general la apariencia es muy buena. Únicamente se encuentra a faltar un índice de nombres. Las diez contribuciones se dividen en tres secciones con los siguientes títulos: I) El arquetipo de las Repúblicas clásicas en los siglos XVIII y XIX, II) Las quimeras historiográficas del siglo XX y III) Esencialismos y ficciones contemporáneos. Seguidamente daré un breve repaso a las contribuciones que más me han llamado la atención, puesto que glosarlas todas con detalle excedería el límite de una recensión.

Desde el primer bloque se aprecia el tema nuclear del libro, esto es, la influencia de la ideología política en la hermenéutica de la Antigüedad. Una ideología que deforma en cada momento histórico el pasado grecolatino y lo transforma en un espejismo. En el primer capítulo César Fornis se encarga de plasmarlo, analizando la poliédrica interpretación de Esparta durante la Ilustración francesa en una contribución con título “Esparta como modelo y contramodelo en la Ilustración”. El autor ha publicado recientemente algunos trabajos sobre este tema en importantes revistas de prestigio internacional y ello se nota en el manejo de la bibliografía y los protagonistas analizados. El segundo capítulo titulado “El legado confederal griego en la constitución de los EE.UU.” de Clelia Martínez Maza es una original contribución a la interpretación y recepción del federalismo griego por los padres fundadores de Estados Unidos. Destacan como modelos: la liga aquea, la anfictiónía délfica y las grandes *póleis* de época clásica como Atenas, Tebas o Esparta. Ante la cuestión de cómo plantear un sólido estado federal, los fundadores utilizaron Grecia como *exemplum*, valorando sus aciertos y fracasos. El trabajo es claro en sus planteamientos y la autora nuevamente es una especialista en la materia, con diferentes artículos y un libro reciente sobre el tema. Desde mi punto de vista, este capítulo resulta llamativo porque evidencia la evolución ideológica en los Estados Unidos desde la inicial recepción del modelo federal griego hasta la asimilación del modelo imperial romano que rige en época reciente. De todo ello se habla en el segundo bloque dedicado al siglo XX en la contribución de Pedro López Barja. El tercer capítulo se traslada a la metrópoli, Inglaterra, analizando la singular figura de Georges Grote en una contribución titulada “La *Historia de Grecia* de Georges Grote y la Atenas de los liberales”, firmada

por la propia coordinadora. En este capítulo se nota especialmente el dominio y conocimiento de la autora sobre el complejo funcionamiento de la democracia ateniense. En este caso, el modelo político que siguen los liberales de la Inglaterra del XIX es la Atenas democrática. Me parece un tema muy bien escogido habida cuenta de la poca bibliografía en castellano sobre la obra de Grote. De hecho, sólo conozco un artículo previo del profesor Domingo Plácido publicado hace ya más de dos décadas. Además, el trabajo enlaza muy bien con el anterior, mostrando una Inglaterra burguesa y comercial que se refleja en la Atenas democrática frente a los EUA que toman el ejemplo de la Grecia federalista. En ambos casos se producen todo tipo de deformaciones de las fuentes antiguas para acomodarlas al discurso político. Finalmente, el bloque se cierra con la contribución de Mirella Romero Recio “Los mitos de Pompeya: arqueología y fantasía”. La contribución se aleja un poco de las tres anteriores pero resulta una lectura entretenida que aporta un toque distinto e interesante. Me ha gustado especialmente la introducción en el análisis del cine, entendido como elemento primordial que configura la imagen moderna de Pompeya.

El segundo bloque continúa la línea marcada por el primero avanzando hacia el siglo XX. Consta de tres contribuciones firmadas por buenos especialistas en la materia. El capítulo de Antonio Duplá “La Roma del fascismo” resulta una muy buena síntesis del vínculo entre fascismo y clasicismo. Asunto que, como señala el autor, cobró gran relevancia a raíz de la publicación en 1980 de *Ideologie del Classicismo* de Luciano Canfora y de los numerosos artículos de *Quaderni di Storia*. Duplá muestra un gran dominio de la bibliografía y del período histórico aunque me hubiera gustado ver alguna nota sobre la relación de los académicos italianos con el régimen de Mussolini. Por ejemplo, sería interesante alguna referencia a la reacción del profesorado universitario ante el famoso manifiesto de adhesión al régimen fascista de inicios de la década de los treinta, que sólo unos pocos profesores no secundaron. En cualquier caso, este es un detalle muy estudiado y conocido que no empaña la meritoria aportación de Duplá. El capítulo que firma Salvador Mas Torres “Roma nacionalsocialista” repasa las principales líneas interpretativas de la Antigüedad durante el nazismo, con especial atención a las guerras púnicas. Constituye una magnífica síntesis que, unida al trabajo de Duplá, ofrece una buena panorámica de la deformación que realizó el fascismo europeo del mundo antiguo. Finalmente, Pedro López Barja de Quiroga cierra el bloque con un trabajo titulado “Leo Strauss y la Antigüedad neocon”, una interesante reflexión sobre los vínculos que traza la extrema derecha norteamericana con la Antigüedad clásica. A diferencia de las anteriores contribuciones, López Barja extiende su análisis hasta nuestros días y explora la incidencia de la escuela de Leo Strauss en la formación de una corriente ideológica de extrema derecha. Una línea de pensamiento que entendía la guerra como algo noble y deseable, que toma como modelo el imperialismo antiguo y que se muestra beligerante con el mundo oriental. Esta ideología neocon, difícilmente definible, fundamentó el discurso belicista previo a la guerra de Irak en 2003; con este ejemplo López Barja muestra que las interpretaciones que se pueden hacer del pasado en general y de la Antigüedad en particular no son inofensivas.

El tercer y último bloque se aparta de la dinámica de los dos anteriores y entra en el terreno de las ficciones modernas y esencialismos sobre el mundo antiguo. El contenido es un poco más disperso y presenta los siguientes trabajos: “Cuando Hércules le espantaba las moscas a Buda. Negando el mundo grecorromano en la India” de Fernando

Wulff, que analiza la conexión entre Grecia y la India y las interpretaciones/deformaciones orientales y occidentales sobre la misma; “Mujeres en el cristianismo primitivo: entre la historia y el mito feminista contemporáneo” de Gonzalo Fontana Elboj y una contribución final sobre los estereotipos modernos del celtismo “Imposturas célticas: celtismo, estereotipos salvajes, druidas, megalitos y melancolías neoceltas” de Silvia Alfayé. Debido a mi ignorancia en estos temas no me extenderé en la valoración de este bloque. En el caso de Fernando Wulff se aprecia un discurso sólido y un manejo de bibliografía muy selecta. Asimismo sucede en el trabajo de Gonzalo Fontana, quien aporta un interesante punto de vista sobre las mujeres en los inicios del cristianismo, con gran dominio de las fuentes primarias. Finalmente, me parece especialmente sugerente la contribución de Silvia Alfayé por introducir en su análisis el impacto de las recreaciones históricas (*reenactment*) en la construcción de una imagen popular del mundo antiguo. A menudo estas reconstrucciones tienen una finalidad turística donde la Antigüedad no es objeto de conocimiento sino una mera excusa para organizar un negocio. Sólo remarcar que me parece que este bloque refresca y amplía los horizontes que marcaban los otros dos, superando la perspectiva habitual de los estudios sobre percepción de la Antigüedad en el mundo moderno.

En definitiva, considero muy recomendable la lectura de *La Antigüedad como paradigma* tanto por la calidad de sus contribuyentes y contribuciones como por la variedad temática del libro. Sin duda, el volumen es fiel al aforismo de Benedetto Croce: “toda historia es historia contemporánea”, en cuanto que la historia es una reconstrucción o deformación moderna del pasado.

CÉSAR SIERRA MARTÍN

A. K. STRONG, *Prostitutes and Matrons in the Roman World*, Cambridge University Press, 2016, 304 pp.

*Prostitutes and Matrons in the Roman World* es el primer libro publicado por Anise K. Strong, profesora del Departamento de Historia de la Western Michigan University. No obstante, la obra ha sido precedida en la última década por numerosos artículos, capítulos de libros y otras contribuciones científicas en los que la autora desarrolla aspectos relacionados con sus áreas de interés, la historia social y cultural de Roma, así como los estudios de género y de recepción.

En el caso del trabajo que ahora reseñamos, el objeto de estudio es el análisis de las figuras de la *matrona* y la *meretrix* en la Antigua Roma. Como Strong detalla en la introducción de la obra, uno de los aspectos fundamentales de la caracterización de una y otra es su percepción pública, aspecto que se explora a lo largo de los cuatro primeros capítulos de la obra. Así, el primero de ellos se centra en los roles más tradicionales, el de la esposa fiel y virtuosa de un lado, frente al de la prostituta avariciosa de otro. A través de la comparación de fuentes literarias (comedia, elegía, sátira y epigrama) y epigráficas, Strong lleva a cabo un estudio profundo y certero de los valores asociados a unas y otras, tomando además en consideración las semejanzas y diferencias con la situación de la mujer en el mundo griego, así como la pervivencia de los rasgos estudiados en la cultura occidental.

Este capítulo actúa, además, como base de la argumentación que se lleva a cabo en los tres siguientes, por lo que la transición entre unos y otros es lógica y coherente desde el punto de vista del lector. El segundo de ellos, *Good little prostitutes*, explora a través del análisis de cinco casos de sobra conocidos (Báquide en la *Hecyra* de Terencio, Híspala Fecenia en Liv. 39, 9, 5-39, 14, 3; 39, 19, 3-6; Ps. QUINT. *decl.* 14 y 15; SEN. *contr.* 2, 4, 1 y el epitafio de *Allia Potestas*, CIL VI, 37965) la subversión dentro de la propia mentalidad romana de los ideales asociados a uno y otro rol. En última instancia es el comportamiento moral de la mujer en relación con los hombres de su entorno lo que determina que reciba el apelativo de *meretrix* o alguna de sus variantes. Es difícil extraer conclusiones generales a partir de obras literarias, como la propia autora reitera varias veces a lo largo de la obra, si bien Strong realiza un esfuerzo en este sentido y proporciona al lector completísimos análisis de las figuras estudiadas, en los que además se toman en consideración aportaciones al tema de otros estudiosos, por lo que el resultado es global y enriquecedor (cf. particularmente el estudio sobre *Allia Potestas*, pp. 54-57, el de Cítérde, pp. 73-75, o el de Mesalina, pp. 107-109).

La metodología puesta en práctica a partir del segundo capítulo, basada en el análisis de personajes concretos más que en el de géneros literarios, como sucede en el capítulo primero, se extiende también al tercero y al cuarto, dedicados respectivamente a las concubinas con influencia y poder políticos y a las matronas que por su comportamiento son calificadas de *meretrices*. Destaca en especial en el tercer capítulo el espacio dedicado a Acte (pp. 80-84) y su contraposición a la figura de Agripina, si bien podría decirse que en la obra de Tácito la situación es inversa: Agripina es el personaje principal, cuyos defectos son puestos de manifiesto mediante la comparación con Acte.

En cierto sentido aquí se cierra la primera parte de la obra, pues cada uno de los cuatro capítulos restantes se dedica a un tema más o menos diferenciado, y en cualquier caso estos no se hallan tan interrelacionados como los de la primera parte del libro. Así, el número cinco se centra en la representación pictórica de las mujeres en el arte erótico romano, mientras que el siguiente se dedica al análisis de la posible ubicación de los burdeles en las ciudades romanas siguiendo la línea trazada, entre otros, por Thomas McGinn en su *The Economy of Prostitution in the Roman World* (2006). El séptimo ahonda en la participación de las prostitutas en distintas ceremonias religiosas y la posible significación de este aspecto, y el octavo y último profundiza en el origen y posterior transmisión en la cultura occidental de la etiqueta de 'zorra' para calificar a una mujer que se considere inmoral. La obra se completa con dos apéndices, el primero dedicado al texto completo y traducción (adaptada por la autora a partir de otras dos traducciones ya publicadas) del epitafio de *Allia Potestas*, el segundo a la figura de la mujer en la Biblia hebrea.

No puede pasarse por alto que quizás esta sea una obra más dirigida a un público general o no especializado. Decimos esto, además de por la propia naturaleza de los temas estudiados y el tratamiento que reciben, porque a lo largo de ella las fuentes clásicas se citan normalmente ya traducidas, proporcionando en algunos casos solo la referencia de la obra, en otros el fragmento o párrafo en cuestión. Dado que la mayoría de las veces esta información se aporta en las notas del volumen, recogidas de forma unificada al final (pp. 223-275), el manejo del libro tiende a ser poco práctico. Asimismo, no queda del todo clara la metodología de citas seguida, ya que a veces la referencia se aporta en el cuerpo de texto, a veces en nota. Sirva como ejemplo de este punto una de las escasas erratas del volumen: así, a propósito del epitafio de *Allia Potestas* (CIL VI, 37965) en la página 57

se repiten dos frases que ya aparecen en la página 54 (“In the last line, *Aulus* describes *Allia* as *haec titulo insignis* (...). While this may be simply a literal reference to the inscription on her gravestone and the fame that *Aulus*’ poem would confer upon her, a *titulus* can also refer to a sign or a label above a prostitute’s *cella*”). A continuación la autora cita para ilustrar este punto PETRON. 1, 7, pero curiosamente en nota en un caso (p. 54) y en el cuerpo de texto en otro (p. 57). Más allá de esto, las erratas son, como decimos, poco importantes y fácilmente reparables en futuras reediciones (e.g. la mención del *Corpus Tibullanorum* en lugar de *Tibullianum* en la p. 110). Estos pequeños detalles no ensombrecen ni mucho menos la calidad general del trabajo reseñado y que, como venimos diciendo, constituye una lectura de interés innegable tanto para el público general como para el experto en la materia.

VICTORIA GONZÁLEZ-BERDÚS

J. VILELLA MASANA (ed.), *Constantino, ¿el primer emperador cristiano?*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2015, 606 pp.

El presente volumen reúne las actas del congreso del mismo título celebrado en Barcelona y Tarragona entre el 20 y el 24 de marzo de 2012, con motivo de la conmemoración del 1700º aniversario de la victoria de Constantino en la batalla del puente Milvio del 312 d. C. Constituye, por tanto, una contribución española a la conmemoración de dicha efeméride, en la línea de numerosos congresos académicos, como los celebrados en las ciudades de Perugia, Sofía, Tréveris, York, Munich o la Ciudad del Vaticano, cristalizados también en publicaciones como la italiana *Costantino prima e dopo Costantino / Constantine before and after Constantine* (Edipuglia, Bari 2012), editada por G. Bonamente, N. Lenski y R. Lizzi Testa, o las alemanas *Konstantin der Große: Geschichte – Archäologie – Rezeption* (Trier, 2006), editada por A. Demandt y J. Engemann, y *Konstantin der Grosse: Kaiser einer Epochenwende* (Lindenberg, 2007), editada por F. Schuller y H. Wolff, entre otras<sup>4</sup>.

Se trata de un volumen de dimensiones considerables (606 páginas), que recoge más de 40 contribuciones centradas en la figura de Constantino y las transformaciones del periodo constantiniano. En ese sentido, tanto la talla del personaje y la trascendencia de sus acciones, así como las numerosas sombras historiográficas que todavía arrastra su figura, hacen innecesario argumentar la idoneidad de la publicación. En efecto, Constantino inaugura de manera efectiva la Antigüedad tardía. Su política religiosa marcó un hito en la evolución no sólo del Imperio Romano y Europa, sino de toda la humanidad, cambiando para siempre la historia posterior. No obstante, todavía hoy los historiadores no han llegado a un acuerdo sobre el verdadero carácter de la relación entre Constantino y la religión de la cruz. “Pragmatismo político”, “sincretismo religioso” o “conversión sincera” han sido algunos de los numerosos enfoques que se han manejado a lo largo de los años para interpretar la *svolta* del hijo de Constancio Cloro hacia el cristianismo, epicentro de las “cuestiones” o problemas historiográficos constantinianos, tan debatidos como

<sup>4</sup> Un resumen de toda la actividad académica (congresos y publicaciones) generada por la efeméride en R. Lizzi Testa “I Centenarii constantiniani e il peso della contemporaneità”, *Antiquité Tardive*, 22 (2014), pp. 13-26, y en G. Bonamente, N. Lenski y R. Lizzi Testa (eds.), *Costantino prima e dopo Costantino / Constantine before and after Constantine* (Bari, Edipuglia, 2012), pp. VIII-IX, notas 5 y 6.

irresolutos, que son el reflejo de una figura poliédrica y apasionante sobre la que los historiadores vuelven una y otra vez, como sucede en esta publicación<sup>5</sup>.

En relación con el contenido, el volumen comienza con un prólogo introductorio (pp. 11-17) del editor y presidente del congreso, J. Vilella Masana, quien sintetiza las principales contribuciones y recuerda la trascendencia histórica de Constantino, así como los persistentes interrogantes sobre su figura, aclarando que el propósito del trabajo es, ante todo, actualizar las discusiones al respecto.

Vienen a continuación los siete bloques en los que se reparte el contenido del volumen. Como no podía ser de otro modo, el primero, “Dos relatores coetáneos de la *svolta*”, está dedicado a la espiritualidad de Constantino (pp. 21-36), con dos intervenciones. En la primera, A. Marcone revisa la relación entre Constantino y Lactancio a través de los problemas compositivos de las *Divinas instituciones*, y en la segunda R. Farina retoma, a través de Eusebio de Cesarea, la eterna cuestión de la conversión de Constantino al cristianismo, equiparándola a la del Imperio, y considerando que ambas siguen un proceso gradual.

El segundo bloque, “‘Visiones’ y ‘conversión’” (pp. 39-95), se consagra a examinar, con nuevas perspectivas interpretativas, las visiones y supuestas circunstancias sobrenaturales que enmarcaron la controvertida “conversión”. Merecen destacarse en él especialmente dos intervenciones de tono semiológico. En la primera, J. Janssens aporta un exhaustivo examen de la evolución del monograma del nombre de Cristo –el famoso *caeleste signum* de la batalla del puente Milvio–, antecedentes paganos incluidos. No menos documentada es la segunda, a cargo de L. Canetti, quien acertadamente propone interpretar la famosa visión nocturna de Constantino dentro de la dinámica de las prácticas de *incubatio* mántica. El resto de las contribuciones tienen un trasfondo más político, como las de G. Bravo Castañeda, S. Castellanos García –que explora el uso del linaje como instrumento de legitimación imperial– o P. A. Barceló Batiste, quien confronta el monoteísmo cristiano y la aspiración de Constantino de ejercer el poder en solitario con la pluralidad de la tetrarquía y el paganismo.

El tercer bloque (pp. 99-180) está dedicado al mundo urbano de Italia y a las transformaciones que éste sufrió a raíz de la política de Constantino. Los tres primeros ensayos versan sobre temas urbanísticos. C. Panella analiza los cambios que la conversión de Constantino provocó en la topografía de la *Vrbs aeterna*, P. Pensabene, las causas de los mensajes iconográficos del arco dedicado al emperador en Roma, y J. Desmulliez el posible origen constantiniano de la financiación de las primeras basílicas cristianas de la región capuana. Eso aparte, el bloque finaliza con dos intervenciones dedicadas a cuestiones de gran trascendencia como son las consecuencias que para la ciudad de Roma tuvo la decisión de Constantino de fundar una nueva capital para el Imperio en Oriente. Primero, R. Lizzi dedica una interesante intervención –aunque sus conclusiones sean provisionales– a iluminar las no bien conocidas relaciones entre Constantino, el senado y la aristocracia senatorial, poniendo de relieve el trasvase de élites dirigentes de Roma al Bósforo que produjo la citada decisión. Después, D. Vera cierra el apartado examinando las consecuencias

<sup>5</sup> Puede encontrarse una síntesis de la evolución de las volubles posturas historiográficas sobre Constantino y su “conversión” en A. Cameron, “Introduction”, en S. N. C. Lieu y D. Montserrat (eds.), *Constantine: History, Historiography and Legend* (New York, Routledge, 1998), pp. 1-4; N. Lenski (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Constantine* (Cambridge, Cambridge University Press, 2006), pp. 5-10; Ch. M. Odahl, *Constantine and the Christian Empire* (New York, Routledge, 2013 [2004]), pp. 281-287.

comerciales y administrativas que produjo en el espacio italiano y norteafricano el desvío a Constantinopla del suministro annonario egipcio previamente destinado a Roma.

El cuarto bloque (pp. 183-268), “Iglesias y eclesiásticos”, está formalmente dedicado a los efectos que la conversión de Constantino supuso para los ministros cristianos, aunque, no obstante, la mayoría de sus contribuciones versan sobre el conflicto arriano. Así sucede con la de D. Abadías Aurín, centrada en el enfrentamiento entre Arrio y el obispo Alejandro de Alejandría. E igualmente con las de M. C. Chiriatti, A. Alba López o P. Maraval, dedicadas todas a la tormentosa relación entre Constantino y Atanasio en el contexto de la crisis arriana, la cual, a su vez, trae a colación las cuestiones de los sínodos, exilios y conflictos entre sedes episcopales en el periodo. Merece destacarse especialmente el ensayo de Maraval, un breve pero interesante artículo en el que este autor revisa el asunto del supuesto filo-arrianismo de Constantino al final de su vida, cuestionando la exactitud de los dos testimonios más importantes al respecto, los de Atanasio y Jerónimo. También aborda el conflicto arriano la contribución del editor del volumen, J. Vilella Masana, quien plantea una documentada revisión de la cronología de las *Unkunden* de la fase pre-nicena del mismo. Su ensayo, documentado y preciso, no sólo propone una nueva versión del decurso factual del conflicto, sino que también pone de relieve la vastísima prosopografía que de él deriva. Por último, J. Fernández Ubiña finaliza el bloque repasando las funciones del episcopado en época de Constantino.

Más allá de lo anterior, el quinto bloque está dedicado a las relaciones de Constantino con el paganismo. Titulado “Tradición pagano-imperial”, es el más extenso de la obra (pp. 271-374) y está formado por ocho contribuciones. Dos de ellas versan sobre la *Vita Constantini*, en la que tanto S. Guillen Arró como G. Bonamente encuentran argumentos para defender la imagen de un Constantino cristiano que, al menos, marcó durante su vida un cierto distanciamiento con los cultos tradicionales. Otra pareja de contribuciones se ocupa de la *aeternitas Romae*, a la que J. Andrés Pérez y S. Benoist dedican sus textos, observando respectivamente en la propaganda monumental y el formulismo epigráfico elementos de continuidad entre el periodo constantiniano y el pasado pagano precedente. Una comparación entre ambos periodos, personificados en las figuras de Augusto y Constantino, es también el objetivo de E. Galindo López. Por su parte, S. Montero Herrero aporta una curiosa contribución en la que los viajes de Constantino sirven de excusa para analizar el fenómeno de la sacralidad de los ríos en la Antigüedad tardía y sus implicaciones, mientras que D. Gorostidi Pi, O. Olesti Vila y R. Andreu Expósito, en un trabajo conjunto, buscan en las fórmulas de la propaganda epigráfica de Constantino en miliarios hispanos una posible reforma de la red viaria del nordeste de este territorio, quizás vinculada con la percepción de tributos annonarios. No poco relevante es la contribución de Th. D. Barnes, quien plantea que Constantino quiso restablecer para su sucesión el sistema tetrárquico, aunque luego las luchas entre sus hijos abortaron de forma póstuma su propósito. No obstante, más que la tesis en sí (un giro copernicano frente a la opinión más asentada, partidaria de interpretar la política sucesoria de Constantino como orientada claramente a la creación de una nueva dinastía<sup>6</sup>), es un aspecto colateral de la argumentación de Barnes lo más destacable, a mi juicio, de la contribución. En efecto, Barnes plantea que la tetrarquía, aunque pudiera parecer un sistema sucesorio electivo,

<sup>6</sup> Cf., a modo de ejemplo, R. Van Dam, *The Rome Revolution and Constantine* (Cambridge, Cambridge University Press, 2009 [2007]), pp. 130-148.

fue, en realidad, un sistema dinástico más, pues los sucesivos tetrarcas, antes de cooptar a cada nuevo miembro del colegio imperial –siempre un candidato ya familiar de otro tetrarca–, se aseguraban su lealtad enlazándolo matrimonialmente con su propia familia.

La sexta parte del volumen (pp. 377-461) está consagrada a la legislación. Es sin duda una de las más técnicas del volumen. Está compuesta por siete contribuciones, dos dedicadas a las leyes sobre la represión de las desviaciones dogmáticas, dos relativas a cuestiones relacionadas con los judíos y tres a las penas, en general bastante brutales, presentes en la legislación constantiniana. M. V. Escribano Paño inicia el apartado con un artículo técnico, sólido y bien fundamentado, en el que, a través de un análisis pormenorizado del edicto de Constantino contra los hereéticos del 326 d.C. y su trascendencia en la jurisprudencia posterior, reflexiona sobre la herejía como categoría legal en la legislación tardoantigua. Tras ella, E. Moreno Resano retoma un tema bien conocido: el uso del *crimen magiae* en la Antigüedad tardía para atacar a los rivales políticos y religiosos. Por su parte, en las contribuciones sobre judaísmo, tanto R. González Salinero como C. Lillo Botella llegan a la misma conclusión: la política de Constantino supuso una pérdida de privilegios para los judíos del Imperio, sobre todo en comparación con los líderes eclesiásticos, si bien Lillo dedica la mayor parte de su intervención a exponer la figura del *comes* José (José de Tiberiades). Finalmente, como se ha indicado, las tres últimas intervenciones del apartado versan sobre las penas de la legislación constantiniana. En la primera, J. A. Jiménez Sánchez trata de desmentir, mediante la reinterpretación de algunos documentos, la difundida opinión de que Constantino abolió los combates de gladiadores. En la segunda, M. Marcos Sánchez ve en las brutales penas sufridas por los cristianos durante la “gran persecución” el origen de la dureza de la legislación punitiva posterior. Por último, A. Di Berardino dedica la tercera a realizar un exhaustivo repaso de la simbología cristiana de la cruz, proponiendo los inicios del s. IV como fecha en la que ésta fue abolida como suplicio en el Imperio.

Finalmente, el séptimo y último bloque del volumen (pp. 465-548), con el significativo título de “*Fortleben*”, está dedicado a la trascendencia de la política de Constantino, de su imagen y su legado. Dentro del mismo merece destacarse la intervención de R. Teja Casuso, quien insiste en que buena parte de la idealización de Constantino en las fuentes cristianas antiguas se debió, en gran medida, a que los grandes autores nicenos lo exaltaron al tiempo que criticaban duramente a Constancio II, por sus afinidades pro-arrianas, contraponiendo así la figura del padre con la del hijo. También M. Di Marco y R. Franchi dedican sus textos a investigar la imagen de Constantino en las fuentes antiguas, el primero en la historiografía latina y la segunda en su contrapartida griega del periodo. Las contribuciones de M. Vallejo Girvés y P. Maymó Capdevila también aparecen enlazadas, explorando, en este caso, la recepción de la imagen de Constantino en ambas partes del Mediterráneo. La primera, aunque en inicio pretende matizar la imagen de Constantino en las obras de Juan de Lido, deja entrever más bien la dispar fortuna que tuvo la imagen del emperador entre las élites bizantinas del s. VI d.C. Por el contrario, Maymó deja claro que en la antigua *pars Occidentis* sucedió lo inverso, habiéndose convertido ya para esas fechas Constantino en el paradigma del soberano ideal para los autores eclesiásticos latinos –entre ellos el papa Gregorio Magno–, que no dudaron en proponérselo a sus respectivos monarcas germánicos como ejemplo a seguir. Más concretas son, por su parte, las contribuciones de R. Villegas Marín, que investiga cómo el “providencialismo histórico” llevó a Agustín de Hipona a minusvalorar el alcance del apoyo de Constantino a la



Iglesia, o L. Pietri, centrada, a su vez, en los arquetipos bíblicos asociados a dicho emperador. Por último, J. A. Molina Gómez finaliza el bloque utilizando las relaciones entre Roma y Persia para exponer la divergencia entre las proclamas de la propaganda eclesiástica y la mucho más comedida y pragmática *Realpolitik* que practicó el hijo de Constancio Cloro. Por último, el volumen termina incluyendo la larga lista de la bibliografía citada por los investigadores en sus ensayos (pp. 549-606).

Así pues, una vez resumido el volumen, a propósito de su valoración, es de justicia reconocer que se trata de una obra exhaustiva, cuyos artículos abordan, con gran calidad científica, un amplísimo espectro de contenidos constantinianos, actualizando las discusiones y abriendo líneas interesantes en algunos temas. Aparte de esto, merece destacarse igualmente la perspectiva multidisciplinar y multinacional que empapa un volumen en el que casi la mitad de las contribuciones están firmadas por investigadores extranjeros, lo que anticipa su indudable interés para la historiografía especializada, tanto española como internacional. Con todo, de cara a señalar algún demérito del volumen, quizás podría achacársele que adolece de un cierto tradicionalismo en cuanto a las fuentes, al estar sus contribuciones casi unánimemente centradas en temas y documentos greco-latinos, dejando inexplorados los espacios y fuentes coptos, siríacos y, muy especialmente, armenios, escenarios todos es cierto que periféricos, pero que podrían aportar también su propia luz sobre las cuestiones constantinianas (e. g. ¿cómo se percibió la progresiva conversión de Constantino desde la ya oficialmente cristiana Armenia de Tiridates III?).

En todo caso y por todo lo dicho, puede concluirse en definitiva que *Constantino, ¿el primer emperador cristiano?* reúne un conjunto de estudios actualizados que enriquecen nuestra comprensión de la figura y la época de este emperador, así como de los problemas historiográficos que todavía quedan por resolver al respecto, lo que hace de él una lectura inexcusable para investigadores y especialistas en Constantino y la Antigüedad tardía en general.

F. JAVIER FUERTES